KARADIMA EL SEÑOR DE LOS INFIERNOS



María Olivia Mönckeberg

DEBATE

MARÍA OLIVIA MÖNCKEBERG

KARADIMA
EL SEÑOR DE LOS INFIERNOS

DEBATE

Morir sería aún más difícil si supiéramos que subsistimos, pero obligados a guardar silencio.

ELIAS CANETTI, *LA PROVINCIA DEL HOMBRE*

ÍNDICE

Capítulo I

UN E-MAIL INESPERADO

Estimada María Olivia:

Sin duda debe ser una sorpresa el que le escriba pero en un ejercicio de asociación libre entre queridos recuerdos y derroteros de vida me he tomado esta libertad.

Me encantaría poder contactarla y conversar con usted acerca de vivencias que quisiera compartir.

Su búsqueda incesante de la verdad y la seriedad en su trabajo me dan la confianza para acudir a usted.

Muchos saludos y recuerdos,

James Hamilton Sanchez

No habría podido imaginar todo lo que vendría tras ese e-mail del 25 de marzo de 2010. El mensaje que llegó solo unas semanas después del terremoto, procedía de un pasado muy lejano, cargado de recuerdos. De amigos y gente cercana de épocas pretéritas. ¿Por qué me escribía?

Pensé que James quería saber algo de su propia historia o, mejor dicho, de la de sus padres, que yo tan bien conocía. De sus desencuentros y de la tragedia que afectó a su familia. Creí que podría preguntarme sobre los años jóvenes de su madre. De la separación de ellos… Casi medio siglo había pasado desde todo eso. Cuatro décadas hacía que no veía a ningún integrante de su familia. Les perdí la pista, inmersa en otros afanes. Solo sabía que este hijo mayor del abogado James Hamilton Donoso y de la

paisajista Consuelo Sánchez Roig era un destacado médico cirujano. En efecto, la casilla del correo electrónico dejaba esa huella: «Doctor James Hamilton Sánchez».

Con cierta curiosidad mezclada con un lejano afecto por el niño que conocí desde la cuna y que de chico iba a los primeros cumpleaños de mis hijos, le respondí amistosamente, aunque el encuentro se atrasó. Intercambiamos más correos y pactamos una conversación que al final se concretó tres semanas después.

El mismo lunes 12 de abril, horas antes de que yo le confirmara la reunión, me encontré en mi computador con un texto que no alcancé a procesar. No concluí entonces que el firmante de este nuevo correo electrónico era una de las principales víctimas de esta cruda historia de poder, sometimiento y abuso psicológico y sexual que estremecería a la Iglesia Católica chilena y al país entero:

Estimada María Olivia:

Quisiera darte algunos antecedentes previos. Durante veinte años participé en una parroquia de Santiago donde su cura párroco de manera sistemática abusó de muchas personas, de manera física y psicológica, las edades fluctúan entre los cincuenta y algo más y adolescentes actuales.

Ya al menos cuatro personas hemos hecho denuncias repetidas de los hechos ante la Iglesia y, como es costumbre, sin respuesta; sin embargo, a raíz de un proceso canónico de nulidad se inició una investigación paralela, que por motivos a detallar en nuestra conversación, siguió adelante. Son estos algunos de los motivos que han hecho que Bertone esté en Chile y que están generando una crisis de magnitudes al centro de la Iglesia.

En este momento existen decenas de personas afectadas y parte de la Conferencia Episcopal está involucrada en el círculo de protección.

Sé que es de no creer, pero ya hemos acumulado algunas pruebas y sobre todo los testimonios de personas honestas que necesitan que esto se detenga para sanar y liberar a otros.

Un abrazo y gracias,

Jimmy

James Hamilton Sánchez me esperaba en mi casa el lunes 12 de abril cuando llegué de la universidad. Afectuoso, se levantó a saludar apenas me vio entrar. Buenmozo, rubio, grandes ojos azules de mirada intensa, ese hombre alto y amable me recordó de inmediato al niño que conocí. En la actualidad, tiene cuarenta y cinco años, la misma edad de mi hijo mayor, con quien fue compañero de curso cuando entraron al colegio Saint George en 1971, el año siguiente al asesinato del general René Schneider y a la llegada de Salvador Allende al gobierno.

Su bisabuelo, Charles Hamilton, fue el fundador de ese colegio, que traspasó después a la Congregación de Santa Cruz, la Holy Cross. La misma de la que el sacerdote Fermín Donoso, quien en 2009 se hizo cargo de la investigación canónica de este caso, fue superior en Chile hasta hace pocos años.

Pero James Hamilton no continuó sus estudios en el Saint George. En medio de las tormentas familiares, él y su hermano Philip fueron trasladados a la Alianza Francesa, donde continuó la enseñanza básica y media. Ya egresado, estudió un año de Tecnología Médica y luego Medicina en la Universidad de Chile, donde se tituló en los ochenta.

«Yo fui abusado»

Esa tarde de abril, el doctor James Hamilton vestido de sport cargaba una mochila roja —en la que lleva su notebook— de la que no se suele desprender.

Desde el primer instante la conversación fue cordial. Me explicó por qué me había contactado. Era una mezcla —dijo— de esos recuerdos de su primera infancia, cuando me veía como amiga de sus padres, y de un aprecio profesional a la distancia. Le inspiraba confianza, me señaló. Puso su Blackberry en silencio, pero la miraba cada cierto rato. Cuatro pacientes operados entre ese día y el anterior podían requerir alguna consulta. Sin anestesia, el cirujano gástrico fue acercándose poco a poco a la confesión, motivo de su visita.

«Yo fui abusado… pertenecía a un movimiento religioso en una parroquia de Santiago y fui abusado por el cura», espetó. «De manera sistemática, abusó de muchas otras personas. Viví en ese infierno cerca de veinte años y no me atrevía a dejarlo.»

Quedé atónita. Mientras escuchaba sus primeras palabras de denuncia y la referencia al movimiento religioso en una parroquia de Santiago, una idea fugaz pasó por mi cabeza. Como un rayo, antes de que él lo pronunciara, se me cruzó el nombre del cura de El Bosque, del que tanto había escuchado hablar desde mi juventud. Tras recobrar el aliento, atiné a preguntar:

—¿Por qué no te atrevías a dejarlo?

—Por miedo…

—¿Quién es el abusador?

—Fernando Karadima.

Cuando Jimmy Hamilton lanzó el nombre, sentí una mezcla de estupor y coherencia. Desde el primer momento tuve una fuerte percepción de que la acusación tenía sentido.

Siendo estudiante de colegio, en varias ocasiones concurrí a la misa de las once o doce los domingos a esa iglesia colorada con su característico torreón. Otras tantas, pasé frente a su fachada o la divisé a lo lejos. Me tocó asistir después a matrimonios y ceremonias fúnebres, y desde hace décadas escuché versiones que con entusiasmo hablaban de la oratoria y el carisma del cura Karadima. Sobre todo entre la gente de derecha. Desde otra mirada, ya hacia fines de los sesenta se veía a esa iglesia como un enclave

conservador, en tiempos en que los aires progresistas posteriores al Concilio Vaticano II impregnaban a la Iglesia Católica chilena.

Interesada en los nexos entre los movimientos religiosos y el poder económico y político, observé más adelante el crecimiento de ese grupo que llegó a manifestarse en la existencia de medio centenar de sacerdotes y cinco obispos integrantes de la Pía Unión del Sagrado Corazón. Así es conocida la red sacerdotal constituida en torno a Fernando Karadima y la iglesia El Bosque, que tras el veredicto del Vaticano formulado por la Congregación para la Doctrina de la Fe el 16 de enero y conocido el 18 de febrero, sería sometida a «visita apostólica», lo que equivale a una investigación especial.

Todos los miembros de la Pía Unión integran al clero diocesano y pertenecían —y pertenecen— a diversas parroquias de la Región Metropolitana. Algunos incluso tienen altos cargos en la curia. Este movimiento no tenía réplica en otros países como las demás congregaciones.

Más de alguna vez conversé con sacerdotes conocidos sobre este curioso movimiento distinto de otros grupos conservadores como el Opus Dei o los Legionarios de Cristo, pero que se percibía cada vez más fuerte en la Iglesia chilena o, más precisamente, santiaguina. Sin duda, Karadima era un personaje influyente desde hace muchos años, que proyectaba un innegable poder en la sociedad local. Y su fama como «forjador de vocaciones» llegaba hasta el Vaticano, donde tuvo los suficientes contactos para que sus discípulos fueran consagrados obispos.

Círculo de protección

El rostro de Jimmy Hamilton refleja una mezcla de impotencia y fuerza. Asegura que son muchas las personas que han sufrido de abuso físico y psicológico en las últimas cuatro décadas. Y por miedo seguramente no lo confesarán. Las víctimas serían desde niños de doce o quince años hasta hombres de algo más de cincuenta,

reitera. «¡Y eso sigue ocurriendo hasta hoy!» Esto es posible, a su juicio, porque «un grupo influyente del episcopado está involucrado en el círculo de protección».

En esa primera oportunidad, Jimmy Hamilton me relató algunos escabrosos detalles de lo vivido mientras estaba «embrujado» por el cura, aunque en esa conversación surgieron solo algunos de los titulares de su dramática historia. Me habló del abuso experimentado, de su matrimomo dominado por el «director espiritual», que también absorbió bajo su influencia a su mujer, de su proceso de nulidad religiosa, de las denuncias y de sus inquietudes del presente.

Tras más de dos horas de conversación, quedé tan impactada que ni siquiera era capaz de hacer preguntas. Durante días y noches rondaban por mi cabeza todas las interrogantes que no formulé.

Los casi cuarenta años de experiencia periodística y los horrores conocidos en dictadura no fueron suficientes para atenuar la impresión que me provocó esta conversación. Era uno de los testimonios más brutales que me había tocado escuchar.

Aunque había leído sobre abusos sexuales de curas en diferentes países, era distinto saber que estas cosas ocurrían aquí en Chile, en Santiago, en la tradicional parroquia de El Bosque. Y que una persona que está sentada frente a ti, a quien conociste de niño, haya sido ¡durante veinte años! víctima de abusos por parte de un poderoso cura que dentro de los círculos católicos era admirado y entre sus amigos proclamado «santo», con cientos de seguidores... Que este personaje fuera a la vez el principal impulsor de «vocaciones religiosas» en el país, en tiempos en que estas habían menguado en forma considerable... Todo era inaudito.

El gran predicador, el carismático y convincente orador, el famosísimo sacerdote forjador de obispos y de medio centenar de curas, el que abogaba por una moral rígida, era un hombre de doble vida, un abusador.

¿Dudas? Debo reconocer que no las tuve. Desde aquel primer momento en que conversé con Jimmy Hamilton sentí que mi

interlocutor era veraz. Su tono de voz y su forma de mirar directo a los ojos. La expresión corporal, el movimiento de sus manos y los gestos que acompañan su hablar. La emoción y la firmeza, todo a la vez hacía verosímil el insólito relato. Las preguntas y las contrapreguntas que fui haciendo en las sucesivas conversaciones que tuvimos me llevaron a la convicción de que decía la verdad. ¿Con qué fin alguien podría aparecer con una historia de esta índole? El doctor James Hamilton, un médico prestigioso, padre de tres hijos, con una buena posición económica y respetado en su medio, solo podría tener mucho que perder y nada que ganar en lo personal con este brutal testimonio.

Después fui conociendo a los otros acusadores y a una serie de personas con las que he conversado directamente, con muchos de ellos más de una vez. Tras los chequeos y verificaciones de antecedentes, no he percibido ni detectado mentiras, contradicciones ni exageraciones. Solo las voces —cada vez menos y con menos fuerza— de los defensores más cercanos al ex cura párroco de El Bosque, sostienen que los hechos denunciados nunca ocurrieron. Y que todo sería una maquinación o una versión antojadiza motivada por extraños fundamentos.

Las semanas y los meses de investigación periodística, y el seguimiento de los pasos dados por el fiscal regional Xavier Armendáriz, así como las indagaciones canónicas, respaldaban esta percepción inicial después de conocer los testimonios de las víctimas.

Historia de mentiras y abusos

Ya antes de conocer el fallo del Vaticano, al leer, revisar, cruzar y analizar los testimonios entregados a la justicia civil y algunos documentos vinculados a la causa religiosa que han logrado traspasar las cortinas del silencio eclesial, mi conclusión era nítida: Karadima es un personaje perverso que hizo de su vida sacerdotal

una historia de mentiras y abusos. Las víctimas son muchas y los daños que les ha provocado, profundos. Todo apuntaba en la misma línea. Salvo, claro, cuestiones jurídicas que aparecían más bien formales, como la eventual prescripción de los hechos denunciados por haber sucedido en tiempo pasado. O el precipitado cierre del proceso por parte del juez suplente del Décimo Juzgado del Crimen, Leonardo Valdivieso, sin que siquiera aceptara carear a Karadima con los acusadores. O las tensiones internas, dudas y demoras que tuvo la jerarquía de la Iglesia Católica para investigar y dar a conocer el resultado de sus investigaciones.

Hubo signos elocuentes que fueron dando progresivamente más respaldo a las denuncias iniciales: el testimonio del canciller del Arzobispado, Hans Kast, ex integrante de la Pía Unión de El Bosque, que marcó un hito en la investigación del fiscal Xavier Armendáriz; las declaraciones de otros sacerdotes, como Eugenio de la Fuente, anterior vicario de la parroquia El Bosque, y los hermanos Andrés y Fernando Ferrada, integrantes de la Pía Unión; la división generada dentro de esa organización sacerdotal; la posterior intervención de la parroquia y de la asociación por parte del Arzobispado de Santiago, mientras el ex cardenal Francisco Javier Errázuriz —después de casi siete años— enviaba en 2010 los antecedentes sobre Karadima al Vaticano; el desenlace del juicio de nulidad matrimonial de James Hamilton que consideró atendible el argumento del «abuso por parte de su director espiritual». Todo eso formaba una cadena de hechos irrefutables. Un puzle donde todo encajaba.

Y cuando ya los querellantes parecían perder la paciencia y la esperanza ante la justicia antigua, tras el sobreseimiento decretado por parte del joven juez Leonardo Valdivieso en noviembre de 2010, apareció, en pleno febrero recién pasado, la voz de María Loreto Gutiérrez, la fiscal de la Corte de Apelaciones, que en la misma línea argumental de Xavier Armendáriz recomendaba a la Corte de Apelaciones proseguir la investigación en la justicia criminal.

El informe de la fiscal solicitaba todo lo que hasta ese momento se le había negado al fiscal regional cuando debió dejar sus indagaciones.

Tras un concienzudo análisis de la documentación, María Loreto Gutiérrez planteó a la Corte una amplia serie de catorce diligencias que incluyen acceso al proceso de la Iglesia, nuevos interrogatorios, careos, citaciones al tribunal para los obispos de la Pía Unión y al abogado del defensor Juan Pablo Bulnes, y hasta pedir a la brigada de delitos sexuales de la Policía de Investigaciones (PDI) que tome cartas en el asunto. En otras palabras, la rapidez del sobreseimiento dictaminado por Valdivieso, que parecía ser uno de los pocos signos contradictorios en un caso que cada vez tomaba más cuerpo, quedaba en entredicho dentro de la propia Corte.

Pero la gran sorpresa vino a la semana siguiente, cuando en conferencia de prensa el 18 de febrero de 2011, el nuevo arzobispo de Santiago, Ricardo Ezzati, con voz solemne y acento italiano, leyó el fallo del Vaticano: «Sobre la base de las pruebas adquiridas, el reverendo Fernando Karadima Fariña es culpable de los delitos mencionados en precedencia, y en modo particular, del delito de abuso de menor en contra de más victimas, del delito contra el sexto precepto del Decálogo cometido con violencia, y de abuso de ministerio a norma canon 1389 del CIC [Catecismo de la Iglesia Católica]».

Más adelante, Ezzati indicó que «en consideración a la edad y del estado de salud del reverendo Fernando Karadima Fariña se considera oportuno imponer al inculpado retirarse a una vida de oración y de penitencia, también en reparación a las víctimas de abusos». Puntualizó también que el arzobispo de Santiago evaluaría el lugar de residencia «dentro o fuera de la diócesis, de tal modo de evitar absolutamente el contacto con sus ex parroquianos o con miembros de la Unión Sacerdotal o con personas que se hayan dirigido espiritualmente por él».

El arzobispo Ezzati especificó, asimismo, que se imponía a Karadima «la pena expiatoria de prohibición perpetua del ejercicio público de cualquier acto de ministerio, en particular la confesión y la dirección espiritual de toda categoría de personas». Además se le impuso la «prohibición de asumir cualquier encargo en la Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón». Y advirtió el arzobispo que «en caso de no observar las medidas indicadas, el inculpado podría recibir penas más graves, no excluida la dimisión del estado clerical».

Aunque Karadima siga negando todo, pocos argumentos le quedan incluso a sus más fanáticos y fieles seguidores para continuar defendiendo su inocencia. La apelación que decidieron presentar parece poco más que un «saludo a la bandera» en esta hora de la verdad.

La visita de Bertone

Ese lunes de abril, cuando sostuve la primera de una larga serie de conversaciones con James Hamilton, estaba en Chile el secretario de Estado del Vaticano Tarcisio Bertone[1]. El día antes, Bertone había pronunciado las quemantes palabras que daban vuelta al mundo, al relacionar la pedofilia con la homosexualidad, en medio de las denuncias sobre abusos de curas en diferentes partes de Europa y Estados Unidos. «Han demostrado muchos psicólogos, muchos siquiatras, que no hay relación entre celibato y pedofilia, pero muchos otros han demostrado, y me han dicho recientemente, que hay relación entre homosexualidad y pedofilia. Esto es verdad, este es el problema», sentenció Bertone, el hombre más importante del Papado después de Benedicto XVI, en conferencia de prensa en Santiago[2].

---

[1] El secretario de Estado Vaticano, Tarcisio Bertone, estuvo en Chile entre el 6 y el 14 de abril de 2010, en una visita que según medios de prensa era la más significativa después de la venida del papa Juan Pablo II en 1986.

[2] *El Mercurio*, 26 de abril de 2010. «Cardenal Bertone afirma que pedofilia carece de vínculo con el celibato.»

Mientras sus afirmaciones eran rebatidas por amplios sectores tanto en Chile como en Europa, sus dichos eran relativizados incluso en diversos sectores de la Iglesia Católica que, sumida en la ola de denuncias en el mundo, tenía que admitir que la relación efectuada por el secretario de Estado había sido desafortunada.

Según James Hamilton, uno de los motivos principales de la visita de Bertone habrían sido las acusaciones que pesaban sobre Fernando Karadima. El médico había denunciado en 2009 el abuso por parte de su director espiritual como causal en el juicio de su nulidad de matrimonio religioso. Esto se sumaba a las denuncias efectuadas ante la Iglesia por su ex mujer Verónica Miranda, por el mismo Hamilton, por Juan Carlos Cruz y antes por José Andrés Murillo.

El caso Karadima explotó en Chile cuando el escenario internacional estaba cargado de acusaciones por abusos de sacerdotes católicos y cuando desde la cúpula romana se empezaban a pronunciar palabras de sentencia seguidas de algún *mea culpa* en un tono diferente al «histórico». Se anunciaban nuevas formas de encarar los abusos, con más preocupación por las víctimas.

Inquietud en el Vaticano

Los ánimos estaban sensibles. El caso del fundador de los Legionarios de Cristo, Marcial Maciel, y su escandalosa doble vida ocultada por años, había despertado interés en Chile, donde esa congregación mantiene colegios, una universidad y estrechas conexiones con el empresariado y sectores políticos de derecha. Al entonces arzobispo de Concepción y vicepresidente de la Conferencia Episcopal, el salesiano Ricardo Ezzati, le había caído la responsabilidad, encomendada por Roma, de ser uno de los investigadores del caso del cura mexicano.

Poco a poco —globalización mediante— se abrían las compuertas del secretismo de la Iglesia Católica y las experiencias

ocurridas en otros lugares eran conocidas en Chile. Acusaciones y reacciones corrían por el mundo en forma instantánea.

El año 2010 se había iniciado con la manifestación de una fuerte preocupación del Vaticano por los abusos de sacerdotes en distintos países. La ola de denuncias ocurrida en Estados Unidos y después en Irlanda, Alemania, España, Austria, Holanda y Bélgica, llevó al Vaticano a difundir por primera vez un documento en el que modificó sus directrices sobre el tratamiento de estas situaciones.

El 19 de marzo de 2010, el papa Benedicto XVI dirigió una carta a la Iglesia de Irlanda que fue leída en las misas de Dublín. Era el primer escrito pontificio dedicado en forma exclusiva a la pedofilia, la candente palabra que alude a los abusos sexuales contra menores. El texto incluyó una guía de «tolerancia cero» frente a estos casos, como ya se había instaurado años antes en Estados Unidos. La carta se orientó, además, a otros países europeos, donde durante los últimos años se han venido destapando situaciones de abuso que involucran incluso a obispos.

No obstante, mientras el Papa mostraba inéditos signos de preocupación, circuló también en los medios de todo el planeta una carta escrita en 1985 por el entonces cardenal Joseph Ratzinger, a quien se le responsabilizaba por haber defendido a un sacerdote acusado en la década de los ochenta en California. La Santa Sede reclamó al respecto, argumentando que la misiva había sido sacada de contexto, y precisó que la suspensión de un sacerdote cuestionado es competencia del obispo local y no de la Congregación para la Doctrina de la Fe, dirigida por Ratzinger antes de ser Papa.

Un mes después de la carta a los irlandeses, el 17 de abril, cuando cumplía cinco años como máximo jefe de la Iglesia Católica, Benedicto XVI lloró en un encuentro en la isla de Malta ante ocho personas que le relataron sus traumáticas experiencias. Aunque no usó el término «abuso», les dijo sentir «vergüenza y pena», y les prometió justicia[3].

[3] *La Tercera*, 19 de abril de 2010. «Papa tiene primera reunión con víctimas tras inicio de crisis por casos de abusos.» Se trata de huérfanos del orfanato San José quienes le relataron que en 2003 acusaron a los sacerdotes ante los tribunales y que, después

Palabras del Episcopado

El otro motivo que se le atribuye a la visita de Bertone es el análisis de la situación antes de designar al nuevo arzobispo de Santiago. Originalmente se preveía que ese nombramiento sería para junio, dado que el cardenal Francisco Javier Errázuriz ya había sobrepasado los setenta y cinco años. Sin embargo, pasó julio y agosto, y también septiembre, octubre y noviembre, hasta que solo en diciembre se anunció el nombre del nuevo arzobispo, el salesiano Ricardo Ezzati, quien poco antes había sido elegido por los obispos presidente de la Conferencia Episcopal.

Monseñor Ezzati nació en Italia y pertenece a la congregación salesiana, tal como el cardenal Raúl Silva Henríquez, quien fue uno de sus maestros, y como el propio Tarcisio Bertone. Tiene sesenta y dos años y es una de las figuras gravitantes de la jerarquía chilena. Hasta ese momento estaba a cargo de la Arquidiócesis de Concepción y asumió en Santiago el 15 de enero de 2011. Sobre sus manos cayó al día siguiente —según se supo después— el quemante fallo de la Congregación de la Doctrina de la Fe, basado en las investigaciones de los procuradores eclesiásticos Eliseo Escudero y Fermín Donoso.

La demora en la designación del nuevo titular, el reconocimiento eclesiástico a la causal de presentación del juicio de nulidad matrimonial de Hamilton, así como la investigación efectuada por el procurador eclesiástico Fermín Donoso que fue enviada finalmente por el cardenal Errázuriz al Vaticano, son muestras elocuentes de que Roma había puesto el foco en lo ocurrido en torno a Fernando Karadima. La importancia que el ex párroco de El Bosque tenía en la Iglesia chilena justifica tan alta preocupación.

Justo después de la visita del secretario de Estado Vaticano, Tarcisio Bertone, la Conferencia Episcopal chilena —que hasta ese momento nada había dicho sobre este asunto— preparó su propia declaración: «Reconstruir desde Cristo la mesa para todos».

---

de siete años, hasta ese momento no había veredicto. En Malta hay más de cuarenta sacerdotes acusados de abusos sexuales.

En el documento elaborado en la 99ª Asamblea Plenaria realizada la semana anterior en Punta de Tralca, en una casa de retiro junto al mar, los obispos señalaron que «existen cinco sacerdotes condenados, otros cinco son investigados y diez con denuncias». El entonces presidente de la Conferencia Episcopal Alejandro Goic, al dar a conocer el documento, llamó a la ciudadanía «a denunciar con responsabilidad los abusos frente al promotor de justicia». Y afirmó: «No hay lugar en el sacerdocio para quienes abusan de menores, y no hay pretexto alguno que pueda justificar este delito (...) Es total nuestro compromiso de velar incesantemente porque estos graves delitos no se repitan».

Agregaron los obispos: «Sobre el complejo y delicado tema de los abusos sexuales a menores por parte de sacerdotes, queremos adherir a las claras y firmes orientaciones del Papa, a quien expresamos nuestra adhesión ante las injustas y falsas acusaciones que ha recibido».

Más adelante, el texto expresa: «Los obispos hemos meditado acerca del modo en que hemos enfrentado, como pastores y como Iglesia, los casos que se han denunciado en nuestro país. También hemos analizado la forma en que estos delitos nos desafían a valorar aún más la fidelidad de los presbíteros y consagrados a su misión apostólica, los procesos de discernimiento vocacional y de acompañamiento espiritual a los sacerdotes. En esta reunión hemos actualizado nuestra manera de aplicar la normativa canónica, que nos obliga a actuar con rigor frente a eventuales denuncias, aplicación que ya habíamos establecido en mayo de 2003»[4].

Cinco de los obispos integrantes de la Conferencia Episcopal habían sido formados por Fernando Karadima. El texto no

[4] Los casos de sacerdotes condenados, de acuerdo a ese documento de los obispos, son: José Andrés Aguirre Ovalle: doce años por abusos a diez menores; Jorge Galaz Espinoza: quince años de cárcel por violación de dos menores; Víctor Hugo Carrera: quinientos cuarenta días de presidio remitido, por abuso de un niño; Jaime Low: ochocientos días de pena remitida por delitos contra un menor; Eduardo Olivares M.: cinco años con libertad vigilada, por estupro y abuso sexual a cuatro menores; dos curas tuvieron salidas alternativas, como suspensiones del proceso; cinco están bajo investigación; siete han sido absueltos, sobreseídos o sus causas fueron desestimadas. Fuente: *La Tercera* y *El Mercurio*, 21 de abril de 2010.

menciona al ex párroco de El Bosque, pero por esas extrañas coincidencias, justo el 21 de abril, cuando en los diarios apareció el documento episcopal, reventó en los medios el caso Karadima.

Antiguas acusaciones

Que la jerarquía de la Iglesia Católica chilena tomara cartas en el asunto no había sido un proceso fácil. Por lo que se ha podido establecer, las primeras señales de que algo extraño ocurría en El Bosque las dio en 1983 un grupo de jóvenes, entre los que estaba Francisco Javier Gómez Barroilhet, hoy publicista de cuarenta y ocho años. En una carta dirigida al entonces arzobispo de Santiago, Francisco Javier Fresno, los firmantes hablaban de anomalías en el trato del cura de El Bosque. Pero sus palabras fueron a dar al canasto de los papeles. Según supo años después Gómez, el hoy obispo castrense Juan Barros Madrid, integrante de la Pía Unión Sacerdotal, era el secretario de Fresno. Y él se habría encargado de hacer desaparecer la acusación.

Más de veinte años después —en 2005—, José Andrés Murillo, angustiado por lo que había vivido en la década del noventa, recurrió al arzobispo y cardenal Francisco Javier Errázuriz. Tampoco sus palabras tuvieron acogida. Incluso posteriormente visitó al actual arzobispo Ricardo Ezzati en 2005 y al obispo auxiliar de Santiago Andrés Arteaga Manieu. Las denuncias continuaron en años siguientes por parte de James Hamilton y su ex mujer Verónica Miranda. Más tarde, hizo lo propio Juan Carlos Cruz Chellew. Los oídos de la jerarquía seguían sordos. Al menos, no había ninguna señal que dijera lo contrario.

Tras esperar por un largo tiempo el resultado de la investigación eclesiástica y ante la falta de acción del ex arzobispo de Santiago, cardenal Francisco Javier Errázuriz, el médico James Hamilton, el periodista Juan Carlos Cruz, el filósofo José Andrés Murillo y el abogado Fernando Batlle se pusieron en contacto

con el abogado Juan Pablo Hermosilla para evaluar las posibilidades de iniciar algún tipo de acción legal.

Sorpresa gigantesca

En la primera conversación que sostuvimos, Jimmy Hamilton me habló de su escepticismo frente a la acción de la Iglesia y me contó de una primera reunión «de diagnóstico» con Hermosilla. También me anticipó que se estaba elaborando un reportaje para el programa *Informe Especial* de Televisión Nacional para la temporada que se iniciaría en junio. Pero él aún no había sido entrevistado. Antes de hacerlo, quería conversar con sus tres hijos —los dos mayores, ya adolescentes— para explicarles lo vivido y prepararlos para su aparición en la televisión. Tampoco había certeza de que el canal difundiera el reportaje.

Durante abril continuamos el contacto por e-mail y teléfono. Quedamos de vernos de nuevo la semana siguiente. El encuentro sería el miércoles 21. Pero ese día, una filtración, en apariencia de fuentes cercanas al propio Arzobispado, publicada a través del diario *La Tercera*, cambió de manera abrupta la agenda de los denunciantes. Los acontecimientos se anticiparon.

Esa mañana, *La Tercera* fue la primera en sacar al ruedo el caso Karadima: el sacerdote aparecía acusado por abusos, pero no se identificaba a las víctimas. Fue una gigantesca sorpresa para quienes nada sabían de esta historia. La información bajo el título «Iglesia investiga a ex párroco de El Bosque por abusos reiterados», venía al lado de la referida al documento episcopal: «Obispos piden perdón y llaman a denunciar abusos de sacerdotes». La noticia señalaba que en la visita de Tarcisio Bertone —entre el 6 y el 14 de abril— se había abordado la situación de Karadima y que el representante del Papa había conversado el asunto con algunos obispos.

En la tarde, *La Segunda* dedicó en su portada un titular en el que Juan Pablo Bulnes Cerda, abogado del cura, sostenía: «La denuncia no tiene fundamento». Una fotografía de Fernando

Karadima ilustraba el llamado. Y adentro un artículo a dos páginas donde, con nombre y apellido, se mostraba al doctor James Hamilton, también con foto a todo color. Y añadía una serie de descalificativos sin fuentes, intentando anular su denuncia. «Creo que detrás de esto hay un interés de esta persona en un lavado de su imagen, porque él ha tenido otros problemas, varios problemas», sostenía Bulnes Cerda.

En el interior, el vespertino sumaba voces de apoyo a Karadima. «En la misa de El Bosque algunos feligreses lo defendieron a viva voz», destacaba en otro titular. Mientras Juan Esteban Morales Mena, el párroco y discípulo del acusado, hacía una férrea defensa de su mentor: «Él es un hombre de Iglesia, conoció personalmente al padre Hurtado[5], toda su vida ha sido de trabajo y fidelidad a la voz del Papa; una vida muy transparente, todos sabemos quién es, dónde está y qué hace», alegaba. «Estoy con él absolutamente», concluía[6].

La Segunda recogió también la opinión del diputado de la Unión Demócrata Independiente (UDI), Alejandro García Huidobro, quien, según el diario, «se formó espiritualmente al lado del sacerdote» y lo conocía hace más de cuarenta años. «Simplemente no lo puedo creer… Es nuestro padre espiritual. Es una persona que lo único que nos inculcaba eran valores (…) Para mí es algo imposible de creer. Acá puede haber otro tipo de intenciones… desprestigiar a la Iglesia», comentó el atónito parlamentario.

Su testimonio se sumaba al del general del Ejército en retiro Eduardo Aldunate, quien también aseguró al vespertino de Agustín Edwards que conoció a Karadima hace cuarenta años, cuando estaba en la Escuela Militar. «Me casó a mí, conoce a mi familia, ha generado un movimiento de mucho cariño a la Iglesia.» Por lo mismo, reiteró Aldunate: «Me ha causado mucho dolor y extrañeza esta acusación. Es un sacerdote tremendamente dedicado a su vocación. Insisto, jamás vi en todos los años que lo conozco, nada».

---

[5] Se refiere al sacerdote jesuita Alberto Hurtado Cruchaga, el primer santo chileno, canonizado por el papa Benedicto XVI el 23 de octubre de 2005.

[6] *La Segunda*, miércoles 21 de abril de 2010.

En los medios

La reacción no se hizo esperar y el abogado Juan Pablo Hermosilla concurrió hasta la Fiscalía Oriente esa misma tarde para presentar ante la justicia civil las denuncias del doctor James Hamilton Sánchez, el periodista Juan Carlos Cruz Chellew, el filósofo José Andrés Murillo y el abogado Fernando Batlle. El caso quedó en manos del fiscal regional Xavier Armendáriz, quien asumió la investigación en persona.

Dos días después, el diario *The New York Times* impactaba desde Estados Unidos con un reportaje donde aparecían entrevistados Hamilton y Juan Carlos Cruz. Ambos acusaron al influyente sacerdote de abuso sexual y psicológico. Sus palabras recorrieron el mundo y rebotaron en Chile.

El martes siguiente, Televisión Nacional, tras un intenso trabajo de una semana para poner al día su investigación iniciada unos meses antes, difundió uno de los más impactantes programas periodísticos que se hayan visto en el país. El entonces director de prensa Jorge Cabezas y la editora Pilar Rodríguez apoyaron el reportaje realizado por la periodista Paulina de Allende Salazar y lograron difundirlo antes de que las presiones se hicieran sentir.

El abogado Luis Ortiz Quiroga, connotado penalista de la plaza, quien ese mismo día asumió la defensa del sacerdote, intentó evitar la transmisión del programa a través de un recurso de protección. Pero mientras el requerimiento legal cumplía su trámite, ya el programa estaba en el aire.

Es posible especular que si todo eso no hubiera sucedido, distinta sería la suerte que correría Fernando Miguel Salvador Karadima Fariña. La valentía y decisión de las víctimas fue acompañada del golpe del diario estadounidense que por cierto logró romper barreras que hasta ese momento parecían inexpugnables para los acusadores. La magnitud del impacto generado por el reportaje de TVN con sólidas entrevistas e impecables imágenes, provocó una fuerte reacción entre los

chilenos. La verosimilitud de los testimonios hizo posible ganar una batalla contra los muchos intentos por ocultar los hechos.

«Un gran actor»

Esa noche, la vida de los denunciantes empezó a cambiar. Al comienzo fue el desconcierto por encontrarse al desnudo ante miles y millones de personas. Fueron días tremendamente difíciles, aseguran, mientras algunos cercanos a Karadima los descalificaban bajo variados argumentos.

«Jimmy Hamilton es un gran actor, debería irse a Hollywood», fue la reacción ante las cámaras de Canal 13 de Pilar Capdevila, la señora de Eliodoro Matte, el dueño de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, uno de los principales benefactores del cuestionado cura de El Bosque.

A la salida de la misa de doce, al día siguiente del programa *Informe Especial*, el sucesor de Karadima en la parroquia El Bosque, Juan Esteban Morales, manifestó: «Estoy con él absolutamente. Esta es una cosa infundada, nosotros lo vamos a apoyar y creemos que esto va a esclarecerse con el favor de Dios, por mientras rezamos por él (...) Nunca recibí una presión de mi padre espiritual, nunca recibí una presión para que fuera sacerdote ni lo contrario, de manera que estoy con él».

La incondicionalidad de Morales se ha mantenido desde entonces tanto en los medios como en sus declaraciones en el proceso judicial. Cuando tras el fallo del Vaticano, Karadima fue confinado en el convento de las Siervas de Jesús de la Caridad, en la calle Bustamante, logró un permiso del arzobispo para visitarlo. Y de su boca no ha salido, al menos en términos públicos, ni una palabra de duda.

El empresario José Said, accionista principal de la Embotelladora Andina, del Parque Arauco y la Isapre Cruz Blanca, alegaba: «Me parece inconcebible que se desprestigie a un sacerdote que

ha hecho tanto por la Iglesia, sin haber concluido las investigaciones y sin un juicio justo»[7].

Más lejos llegó el alcalde de Puente Alto y vicepresidente de Renovación Nacional, Manuel José Ossandón, también asiduo feligrés de El Bosque, quien no trepidó en aseverar: «Acá hay manos negras que pretenden lavar la imagen de alguna parte de la Iglesia a costa de un hombre inocente, que más encima no puede defenderse».

Incluso en ese primer momento, Ossandón se mostró enojado con el cardenal arzobispo de Santiago Francisco Javier Errázuriz, por haber decidido al final efectuar una investigación canónica, pese a que para muchos —y desde luego para las víctimas— esto había sido demasiado tarde.

Dos meses después, cuando Errázuriz envió los antecedentes ante el Vaticano, el alcalde Ossandón se arrepintió de sus dichos. Y en esa oportunidad, tras respaldar al cardenal, admitió: «Si existiera alguna víctima y se sintió atacada o poco comprendida por mí, yo le pido disculpas, porque no era mi idea, yo dije y he dicho siempre que voy a ser el más duro si es culpable»[8].

Tras el fallo de Roma, Ossandón fue consecuente con sus palabras anteriores, y suspendió sus vacaciones en la carretera Austral para pronunciarse: «Estoy satisfecho, porque fue un juicio justo y que marcará un precedente para este caso y para el futuro de la investigación criminal. Lo único claro y lo que me tiene tranquilo es que Karadima empezará a pagar sus delitos», dijo a *La Tercera*[9]. Incluso agregó que debería dimitir de su cargo de sacerdote porque «él es una vergüenza para la Iglesia y para quienes confiaron en él. Y me refiero a toda la gente que fue engañada por una persona que mostraba una cara amable, pero que en el fondo estaba escondiendo uno de los peores delitos de la humanidad».

Y cuando le preguntaron si el caso debía verse en la justicia civil, su respuesta fue: «Por supuesto, una pena de delito sexual debe ser

[7] Agencia AFP, 25 de abril de 2010.

[8] *La Nación*, 19 de junio de 2010.

[9] *La Tercera*, 20 de febrero de 2011. «Fui uno de los engañados y eso me hizo cometer errores y pedí perdón.» Entrevista de María José Pavez.

pagada con cárcel. Por eso, digo que la justicia civil debe reabrir este caso con los elementos que la Iglesia ya recabó. Hablar de prescripción cuando hay menores involucrados es una falta de respeto».

«Toda mi confianza»

Las denuncias se conocieron públicamente menos de un mes después de que el cardenal Errázuriz afirmara que en Chile solo había «poquitos casos» de abuso sexual por parte de sacerdotes. No muchos se habrían imaginado que entre esos «poquitos» había uno de tal envergadura.

Pero la habitual cautela del cardenal Errázuriz se mantuvo durante 2010, exasperando los ánimos de quienes seguían el caso, pero muy en particular de las víctimas que no sentían ningún gesto de aproximación por parte de las autoridades eclesiásticas. Incluso, cuando el 21 de abril el entonces arzobispo admitió que había decidido iniciar una investigación eclesiástica, se preocupó de aclarar: «Muchas veces [las investigaciones] pueden tocar a un sacerdote que se le conoce como una persona muy meritoria, que ha formado a muchos. Entonces hay que proceder con cuidado. (...) Teniendo presente que una persona, desde su dolor, le parece necesario hacer una denuncia y teniendo el cuidado de no herir el buen nombre de otra persona de la cual nadie supone que podría haber sido causante de ese dolor»[10], señalaba el prelado.

Pero mientras el cardenal Errázuriz reconocía la existencia de una investigación, uno de sus lugartenientes, el obispo auxiliar de Santiago y vicegrancanciller de la Pontificia Universidad Católica, Andrés Arteaga, manifestó con hechos y palabras su total respaldo al cuestionado cura. Arteaga, desde 1989 director de la Pía Unión Sacerdotal, acompañó a Karadima junto al párroco de El Bosque Juan Esteban Morales en la misa de la tarde ese miércoles 21. Y ante el templo repleto de feligreses,

---

[10] *La Tercera*, 22 de abril de 2010. «Cardenal confirma indagación a sacerdote y caso llega a la fiscalía.» Portada, interior a dos páginas.

Arteaga expresó rotundo: «El padre Karadima tiene toda mi confianza».

El sacerdote jesuita Antonio Delfau, director de la revista *Mensaje*, manifestaba en alusión a las expresiones del obispo Arteaga: «Me parece de la máxima gravedad que el vicegran-canciller de la Universidad Católica, que de alguna manera representa al Papa, tome esta postura tan fuerte, antes de que el proceso siga su curso. El hecho de que un grupo de obispos blinde al padre Fernando Karadima, incluso si es inocente, a mí me parece de la máxima gravedad».

Algo más tenue en su apoyo, el obispo de Talca, Horacio Valenzuela, también integrante de la Pía Unión y discípulo de Karadima, declaraba: «Nunca he visto nada extraño. Espero que sea una gravísima equivocación»[11].

Otro de los integrantes de la Pía Unión, el ex rector del Seminario Mayor y actual vicedecano de la Facultad de Teología de la Universidad Católica (UC), Rodrigo Polanco, juzgó duramente a los denunciantes con palabras que dieron el título a una entrevista en *El Mercurio*: «Es una calumnia sin fundamento y grosera»[12].

Polanco, quien vivió con el sacerdote acusado en la parroquia El Bosque, y fue su vicario entre 1990 y 1994, argumentaba: «Conozco al padre Karadima hace treinta y cinco años. También mis padres, hermanos, primos y sobrinos, y jamás vi u oí algo siquiera sospechoso».

Según el vicedecano de Teología de la UC, «todo en su vida es transparente. La casa parroquial es abierta y a él le gusta que todos la sientan como su casa. No hay puertas con llave, es una comunidad, una fuente de mucha vida espiritual y oración». Con posterioridad al fallo del Vaticano, el incondicional Polanco guardó silencio.

---

[11] Ídem.

[12] *El Mercurio*, 22 de abril de 2010. «Es una calumnia sin fundamento y grosera.»

El mismo día aparecía en el matutino una carta firmada por el abogado Andrés Söchting Herrera, quien indicaba que fue contactado por uno de los denunciantes para incorporarse al grupo que acusaría a Karadima. Ex miembro de la Acción Católica y cercano al hoy castigado sacerdote, Söchting aparece mencionado en otros testimonios y fue citado a declarar en la indagatoria del fiscal Xavier Armendáriz, donde negó cualquier situación anómala.

Indica Söchting en su carta pública que hizo ver a los otros denunciantes «las graves consecuencias morales y jurídicas que una calumnia de esa naturaleza comportaba». Y en alusión a James Hamilton, escribió: «Por el conocimiento personal que tengo del denunciante principal, llego a la conclusión de que esta acusación persigue otros fines, como por ejemplo, lavar su imagen, ya que su alejamiento de la parroquia se debió a graves problemas personales»[13].

Agrega el hoy abogado del BBVA: «Soy testigo de cómo el padre Fernando vivió su vocación de manera ejemplar, de cara a Dios y a todos los jóvenes que lo acompañábamos. Fue siempre muy delicado en su trato, cuidándose de nunca estar solo, sino acompañado de dos o más personas (nunca niños)». Söchting tiene un hermano sacerdote ligado a la parroquia El Bosque, que vivía junto a Karadima, a Juan Esteban Morales y a Diego Ossa Errázuriz, cuando estalló el escándalo.

Con el correr de los días, más voces se sumaron a un debate que se daba en diferentes espacios privados y públicos. «Los sacerdotes autores de abusos sexuales deben ser de inmediato expulsados. Los procedimientos para juzgarlos al interior de la Iglesia deben ser rápidos y transparentes. El secreto pontificio dispuesto el 2001 constituye una evidente aberración», reclamaba en carta a *El Mercurio* el abogado y ex diputado Hernán Bosselin.

Y agregaba: «Las autoridades eclesiásticas deben actuar sin temor de ninguna especie, exponiendo los hechos a la opinión pública.

[13] *El Mercurio*, 22 de abril de 2010. Carta al director de Andrés Söchting Herrera.

Los católicos debemos ver que las autoridades eclesiásticas verdaderamente han dado un golpe de timón. Los infractores deben ser sancionados. Los laicos no podemos guardar silencio. Este, en materias de tanta trascendencia, se convierte en complicidad».

Las cartas a los diarios y los blogs se transformaron en una sutil vitrina de la inédita polémica que se suscitaba en el país. La Iglesia Católica, tan dura en sus juicios morales hacia los laicos en los denominados «temas valóricos», aparecía envuelta en un escándalo mayúsculo, donde el eje del conflicto detonaba en medio de la elite conservadora. Y el protagonista era uno de los sacerdotes más influyentes de ese sector.

El mismo cardenal Errázuriz, en la esperada carta que se leyó en las iglesias el fin de semana del 24 y 25 de abril, destacó la labor «fecunda y generosa» de Karadima en la parroquia El Bosque: «Dios se ha valido del padre Karadima para despertar numerosas vocaciones al sacerdocio, al episcopado y a la vida consagrada».

«Una acusación contra su persona tenía que remecer a la Iglesia», admitió Errázuriz, y justificando la demora del proceso eclesial, señaló: «Casos de esta naturaleza son tan excepcionales, que consideramos necesario consultar a peritos de la Santa Sede en este campo».

«Un prócer de la Iglesia, tentado por el demonio», como diría meses después la ex directora de la Junta de Jardines Infantiles (Junji), Ximena Ossandón. La frase, lanzada por el twitter de la supernumeraria del Opus Dei y hermana del alcalde de Puente Alto, fue una de las famosas creaciones verbales de quien debió dejar el gobierno de Sebastián Piñera en diciembre de 2010 tras calificar de «reguleque» su sueldo de más de tres millones setecientos mil pesos. Pero, en el fondo, Ximena Ossandón dijo lo que muchos de quienes seguían a Karadima sentían y quizás algunos sigan sintiendo: Karadima había sido una figura gravitante, un personaje central en las vidas de generaciones de católicos desde que se instaló en 1958 en El Bosque. Y, como el mismo cura les enseñó, «hay que cuidarse del demonio porque está siempre al acecho y mete su

cola en los lugares más insospechados». ¿Por qué no en la propia parroquia El Bosque?

Lo que no les dijo Karadima en ese entonces, es que si había que imaginar una representación viva del «señor de los infiernos», la mejor era él mismo.

Capítulo II

LA IGLESIA COLORADA

Después del remezón que implicaron las denuncias y las primeras conversaciones con los protagonistas principales, volví al escenario donde se originó gran parte de esta historia. Buscaba imaginar «en terreno» lo que pudo suceder en esa iglesia y sus dependencias. Percibida como un respetable templo, orgullosa y altanera, ahora estaba en el epicentro de una increíble historia.

La avenida Eliodoro Yáñez, conocida hasta hace unos años como Las Lilas, corta en dos una gran extensión de áreas verdes que lleva su antiguo nombre. Esta vía de la comuna de Providencia atraviesa uno de los barrios más tradicionales de Santiago, que se extiende entre cuatro avenidas principales: Carlos Antúnez por el norte, Pocuro por el sur, Tobalaba por el oriente y avenida El Bosque por el poniente. El paisaje se observa muy distinto al de aquellos años que saltaban a mi memoria.

Sus calles interiores —aunque con menos tránsito— mantienen el ajetreo propio de un día de semana. Dando la forma a un gran rectángulo verde, está el parque Las Lilas, comprendido entre las calles Las Hortensias, República de Cuba, Juan de Dios Vial y Carlos Silva Vildósola. Resulta un respiro entre tacos y bocinazos de los alrededores. Un pequeño letrero metálico negro, medio oculto por el follaje de los árboles, identifica el espacio que se extiende entre Eliodoro Yáñez y Las Hortensias: plaza Loreto Cousiño, se alcanza a leer.

En los cafés del sector se observa a mujeres con sus niños, jóvenes que podrían ser profesionales, uno que otro con aspecto de estudiante universitario y a señoras de la denominada «tercera edad» impecablemente vestidas. Lucen bien peinadas, algunas con

blancas melenas, otras mantienen el color castaño y no pocas ese clásico rubio ceniza que suele acompañar a muchas con los años. Fueron jóvenes de aquella década del cuarenta, cuando se construyó la iglesia El Bosque, y es probable que la conozcan desde entonces. O de los cincuenta, cuando Las Lilas era uno de los barrios preferidos de la aristocracia capitalina. Más de alguna debe haber sido antigua feligresa y quizá conoció de cerca al admirado monseñor. Es posible.

Al costado sur de la plaza están los juegos para los niños. Hay estructuras metálicas de color azul por donde trepan alegres. En sus alrededores, hombres y mujeres de entre treinta y cuarenta años trotan, pasean a sus perros, caminan por los senderos de maicillo y cuidado pasto, a la sombra de los árboles. Pocos adolescentes transitan por la plaza. Solo se divisan algunos alumnos del San Ignacio, el colegio jesuita ubicado a unas seis cuadras, en Pocuro con El Bosque.

La vida continúa en este espacio público a las espaldas de la iglesia colorada.

Un polémico edificio

La arquitectura del sector sin duda ha variado. Edificios modernos de poca altura, incluso algunos *loft*, colindan con unas casonas y casas de uno y dos pisos que van quedando aisladas entre las construcciones más nuevas.

El cambio más radical en el panorama se observa en el sitio que ocupaba el tradicional cine Las Lilas, al otro lado de Eliodoro Yáñez. Los residentes del sector se sintieron orgullosos durante años de pertenecer a uno de los pocos barrios que había logrado conservar los antiguos teatros con funciones de matiné, vermut y noche. Como antes. Pero al final, el signo del mercado se hizo presente, dejando algunas ganancias para los antiguos dueños con su venta y una secuela de nostalgias.

Hubo un hecho que determinó que las cosas no fueran más lejos. En 2004, la amenaza de un megaproyecto de la inmobiliaria Penta, controlada por uno de los más poderosos grupos económicos del país —de Carlos Alberto Délano y Carlos Eugenio Lavín—, movilizó a los vecinos. Se formó el movimiento ciudadano «Defendamos la plaza Las Lilas», que buscó por todos los medios impedir que se levantaran dos torres en la manzana comprendida entre Eliodoro Yáñez, Juan de Dios Vial, Marcel Duhaut y El Bosque.

Los residentes no pudieron evitar la demolición del teatro, pero el movimiento logró que se rediseñara el proyecto original. Con el apoyo de conocidos personajes del espectáculo que vivían en el barrio, captaron la atención de los medios de comunicación y consiguieron que se redujera en siete pisos la altura del edificio más elevado. La batalla ciudadana permitió dejar sin efecto, además, la construcción de un centro comercial y de un nuevo cine subterráneo. A pesar de eso, el resultado no luce una estética destacable ni guarda armonía con el entorno.

Dos torres —A y B, de dieciséis y nueve pisos respectivamente— conforman el proyecto inmobiliario Plaza Las Lilas que cumplió el trámite de recepción por la Municipalidad de Providencia en 2008. En el lugar exacto donde se encontraba el cine, hay una especie de plazoleta de pastelones con seis árboles, dispuestos en estricto orden en maceteros de cemento. Una pileta rectangular, algunas plantas en jardineras alrededor y unos bancos completan este acceso común a los edificios.

Comprando departamentos

El valor de los departamentos fluctúa entre las cuatro y siete mil Unidades de Fomento (UF), y tienen dos a tres dormitorios con servicios. Los de los pisos altos que miran hacia el norte tienen vista hacia la Parroquia El Bosque. Según cuenta una de las ejecutivas de venta de la inmobiliaria, gran parte de sus propietarios

son separados o incluso personas solas que viven en departamentos de hasta tres habitaciones, además de los matrimonios jóvenes.

Unos meses después de esa «visita a terreno», apareció en el sitio electrónico *Ciper* —que ha seguido la pista al caso desde poco después que aparecieran las denuncias públicas— que el 22 de agosto de 2009 el sacerdote Fernando Karadima llegó hasta el nuevo condominio en Eliodoro Yáñez 2831, esquina El Bosque. «Lo acompañaban cinco sacerdotes y un laico, que constituyen hoy su núcleo más íntimo», señaló.

En esa visita estaban —según *Ciper*— el párroco Juan Esteban Morales Mena, el vicario parroquial Diego Ossa Errázuriz, el obispo auxiliar de Santiago Andrés Arteaga Manieu, y otros sacerdotes hasta ese momento directivos de la Pía Unión Sacerdotal: José Tomás Salinas Errázuriz y Antonio Fuenzalida Besa. Además, en el grupo iba otro infaltable miembro del séquito de Karadima, el ingeniero y presidente de la denominada Acción Católica, Francisco Costabal González[1].

La información tenía sentido: todos los mencionados han sido hombres de confianza de Karadima en los últimos años.

Cuenta *Ciper* que el grupo visitó el departamento piloto, revisó los planos y, cuatro días después, consumó la compra del departamento 801 de la torre A, además de dos estacionamientos y una bodega. El precio, según la publicación, fue de casi siete mil quinientas Unidades de Fomento. «El departamento, sin embargo, no quedó a nombre de Karadima. Se inscribió a nombre de la Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón de Jesús.»

Pero ese no era el primer departamento que adquirió la Pía Unión en el condominio Plaza Las Lilas. Antes había comprado uno similar «en verde», el 801 de la Torre B. Tampoco fue el último. En septiembre de 2009, el grupo adquirió otros dos departamentos —el 701 y el 1201— en la Torre A del moderno conjunto habitacional, además de cuatro estacionamientos y otras

---

[1] *Ciper Chile*, reportaje «Los secretos del imperio financiero que controla el sacerdote Fernando Karadima», Mónica González, Juan Andrés Guzmán y Gustavo Villarrubia, 13 de agosto de 2010.

dos bodegas. «Los cancelaron con un vale vista por 15.158 UF», afirma *Ciper*. Pero quedaron a nombre del sacerdote Antonio Fuenzalida Besa, «consejero y pieza clave de la estructura financiera de la Unión Sacerdotal».

El reportaje sobre las propiedades controladas por Karadima consigna, asimismo, que la Pía Unión es dueña de dos departamentos en la comunidad Los Apóstoles, frente a la parroquia, y de otra casa en la calle Carlos Antúnez.

Bienes terrenales

Con posterioridad tuve acceso al informe[2] realizado por la Brigada Criminal de Providencia de la Policía de Investigaciones de Chile (PDI), el 18 de octubre de 2010. Entre las cerca de treinta personas que declararon en el procedimiento investigativo dispuesto por el fiscal regional Xavier Armendáriz —a propósito de los pagos a personal de la parroquia— figura la corredora de propiedades María Josefina Echaurren Meyerholz[3].

Ella había llegado a El Bosque en 1996, «cuando escuché desde mi departamento las campanas de esa iglesia Sagrado Corazón, por lo que decidí concurrir hasta dicho establecimiento a ver lo que sucedía». Ahí conoció al padre Juan Esteban Morales, «con quien compartí muchos temas espirituales, fue entonces que me fui integrando a las distintas instancias en la iglesia.

---

[2] Informe Policial Nº 2943.701099, Providencia, 18 de octubre de 2010. Policía de Investigaciones de Chile, Brigada de Investigación Criminal Providencia ACB. El informe lleva las firmas de la subcomisaria Analy Contreras Bello y del detective Sebastián Ríos Valenzuela, ambos «oficiales diligenciadores». En las instrucciones, el fiscal regional Xavier Armendáriz solicitó a la PDI «todas las diligencias que sean pertinentes y/o necesarias (...) a fin de determinar si en la causa que se siguió en esa Fiscalía Regional Metropolitana Oriente RUC Nº 100365310-8 por abuso sexual, existieron pagos o prestaciones económicas a presuntos testigos y/o víctimas, y en su caso, beneficiarios, montos de los dineros respectivos, motivo razón de efectuarlos, quién los habría efectuado, forma de realizarlos, y en general toda la información relativa a tales eventuales pagos o prestaciones económicas».

[3] Declaración de María Josefina Echaurren Meyerholz ante la Brigada Criminal de la Policía de Investigaciones (PDI), 1 de septiembre de 2010.

Posteriormente el padre Fernando Karadima me ofreció trabajo para hacerme cargo de los inmuebles de la parroquia». Desde hace cinco años ella se dedica al corretaje de propiedades, según declaró.

Josefina Echaurren advirtió a la PDI en agosto de 2010: «Debo señalar que en una reunión con el consejo de la parroquia hace dos meses, estando en presencia del señor Francisco Costabal, el abogado Juan Pablo Bulnes y el párroco y representante legal de la parroquia Juan Esteban Morales Mena, me señalaron que solamente exhibiera los documentos de arrendamiento, sin hacer entrega o dejar copia de ellos».

En la entrevista policial, Josefina Echaurren explicó que en ese momento tenía «cuatro propiedades con mi cliente la parroquia Sagrado Corazón de El Bosque». Todas están en arriendo. La primera, según declara, la tiene desde 2005 y está ubicada en avenida El Bosque N° 915, departamento 602. Figura como propietaria de este y los demás bienes inmuebles mencionados por la corredora, «la Unión Sacerdotal del Amor Misericordioso»; ese sería el nombre oficial de la conocida como Pía Unión Sacerdotal de El Sagrado Corazón, o Pía Unión de El Bosque.

Llama la atención que el Rut 82.415.700 es el mismo de la parroquia El Bosque y ambas tienen como representante legal al párroco Juan Esteban Morales Mena. La arrendataria de ese inmueble es María Josefina Bertolone Jara.

La segunda propiedad mencionada por la corredora es el departamento N° 702 del edificio de avenida El Bosque 957, cuyo contrato de arriendo data del 1 de enero de 2010. Está arrendado a Inversiones Rayen S.A. La misma Unión Sacerdotal del Amor Misericordioso figura como dueña del departamento 801 en la Torre A de Eliodoro Yánez 2831. Este, según Josefina Echaurren en su declaración a la PDI, está arrendado a César Augusto Gómez Viveros, quien pagaría por él 550 mil pesos mensuales.

El cuarto inmueble mencionado por la corredora es una casa ubicada en la calle Carlos Antúnez N° 2072, también en

la comuna de Providencia, a pocas cuadras de la parroquia. «Se celebró el contrato el 12 de abril de 2010, pero comenzó a regir el 1 de mayo de 2010, entre la Unión Sacerdotal del Amor Misericordioso Rut 82.415.700-6, representada por don Juan Esteban Morales [párroco], y se arrendó al señor Ricardo Esteban Pizarro Ramírez, cuyo canon de arrendamiento es de setecientos mil pesos».

Pero el valor de esos bienes —aunque se le sumen los que figuran a nombre de otros sacerdotes del movimiento, como es el caso de Antonio Fuenzalida— no da la medida del verdadero poder que alcanzó a tener Karadima y su Unión Sacerdotal. Aun si se considera que el terreno que ocupa la iglesia El Bosque y sus dependencias hoy podría tener un valor comercial del orden de los veinte millones de dólares, de acuerdo a estimaciones de mercado.

Su influencia trasciende los millones de pesos —o de dólares— de esas pertenencias. Su dominio va mucho más allá de las propiedades que figuran a nombre de la Pía Unión o de algunos de sus integrantes. Y sus redes de influencia y protección sobrepasan todo eso.

El regalo de doña Loreto

Más que el parque o el desaparecido teatro Las Lilas, lo que desde hace décadas marca una impronta del barrio es su iglesia colorada. Varios metros antes de llegar se divisa el imponente campanario de la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús.

El terreno en el que se instaló tiene cerca de quince mil metros cuadrados. Fue donado por Loreto Cousiño Goyenechea, viuda de Ricardo Lyon Pérez, al sacerdote Alejandro Huneeus, quien fue el brazo derecho del arzobispo de Santiago José María Caro, el primer cardenal chileno[4].

[4] El cardenal José María Caro Rodríguez, nacido en 1866, fue arzobispo de Santiago desde 1939 hasta 1958, cuando murió. Fue designado cardenal en mayo de 1946, por el papa Pío XII. Actualmente es «Siervo de Dios» de la Iglesia Católica y se encuentra en proceso de beatificación.

La iglesia, edificada en 1944 con planos del arquitecto Carlos Bresciani, ocupa solo un cuarto de esa superficie; el resto se reparte entre salas de reunión, edificios que incluyen habitaciones, oficinas, corredores, patios y jardines.

Prominente figura de la Iglesia Católica chilena de mitad del siglo XX, Alejandro Huneeus Cox nació en Santiago el 21 de enero de 1900, estudió en el colegio San Ignacio y Teología en Roma. Fue ordenado sacerdote en 1924. Fue párroco del Asilo del Carmen, en el sector Santiago Centro, y de la Asunción, en la plaza Pedro de Valdivia, una de las más concurridas parroquias de Providencia en aquella época. Huneeus fue también rector del Seminario, canónico de la Catedral y secretario general del Arzobispado entre 1959 y 1960. Posteriormente, fue fundador y primer párroco de El Bosque[5].

La Pía Unión Sacerdotal del Amor Misericordioso fue fundada por Huneeus y un grupo de destacados sacerdotes en 1928. Pero Loreto Cousiño Goyenechea, quien también donó los terrenos de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles en el Golf, en 1943, hizo posible la construcción de la iglesia El Bosque y su torreón. Y junto al templo, un recinto que diera alojamiento a sacerdotes diocesanos y en especial a curas mayores. En esa época, la parroquia como tal aún no existía. Fue creada el 13 de junio de 1945, por decreto del Arzobispado de Santiago, y los edificios se levantaron en 1946.

Loreto Cousiño era una de las hijas de Luis Cousiño e Isidora Goyenechea, dueños de las en ese entonces prósperas minas de carbón en Lota que había fundado Matías Cousiño. Se casó en París con Ricardo Lyon Pérez, quien llegó a ser uno de los personajes más poderosos de Chile a comienzos del siglo pasado.

Nacido en 1863, Ricardo Lyon «fue un hábil y próspero negociante que compró fundos y chacras en Providencia, y Las Condes —Lo Bravo, Los Leones y San Luis en Providencia y Lo

---

[5] Datos del *Diccionario Biográfico de Chile*. Edición de 1981. El presbítero Alejandro Huneeus Cox figura con residencia en avenida El Bosque 822.

Herrera en Las Condes—, con lo que llegó a ser el mayor y más poderoso propietario de tierras de Santiago, para luego venderlas en paños y parcelas», señala un artículo del Museo de Historia Natural de Valparaíso.[4] Lyon fue asimismo diputado y alcalde de Providencia. Murió en 1932; hoy, una de las principales avenidas de la comuna, precisamente donde estaba su fundo Los Leones, lleva su nombre, mientras que un salón del Club Providencia y la plaza en el parque Las Lilas recuerdan a Loreto Cousiño.

El reino de Karadima

En la avenida El Bosque Nº 822 se encuentra la entrada principal de la iglesia, que durante años destacó por ser una de las más concurridas de Santiago. Tres elevados arcos estilo neorrománico dan el marco a tres puertas —la central, elaborada en metal con relieves— que conforman la entrada principal del templo. Sobre los pórticos se extiende una gran pintura de Jesucristo rodeado por cuatro apóstoles, evocando su ascensión a los cielos después de la resurrección. «Padre nuestro que estás en los cielos», se lee sobre la imagen.

La estructura de la iglesia forma una cruz con su nave central, desde donde nacen dos laterales. En medio de ellas se ubica el altar, en el cual el ex párroco Fernando Karadima Fariña celebró miles de misas y predicó innumerables homilías durante medio siglo. El altar con sus gradas se eleva sobre el resto de la planta. Detrás se ubican unos bancos en forma de semicírculo, donde se sientan algunos feligreses y los jóvenes de la Acción Católica.

Sobre un crucifijo de madera y un mural con imágenes de santos se alza imponente y vigilante la imagen de Dios: podría ser un sabio de pelo blanco y larga barba del mismo color, con una túnica elevada por el aire. O quizás un Dios de cuentos infantiles, con semblante serio, algo severo. Un Dios al que hay que temer para no perder su gracia.

---

[4] Museo Historia Natural de Valparaíso, www.mhnv.cl

Delante de este escenario, más cerca de los feligreses, una Virgen se levanta sobre un gran arreglo floral de frescas rosas blancas, en el costado izquierdo de la nave central de la iglesia. Alumbra su rostro desde los pies una suave luz. Instalada en un lugar privilegiado, seguramente por instrucción del ex dueño y señor de El Bosque, que proclamaba su devoción a María, se ve algo misteriosa esta guardiana que observa a los feligreses con su mirada atenta.

En la parte alta del templo, frente al altar, se ubica un gran órgano. Confeccionado en madera y boquillas de viento metálicas que llegan hasta el techo, este instrumento medieval —en perfecto estado— marca los tiempos de la Eucaristía. Un joven dirigente de la Acción Católica, Francisco Márquez, oficia de cantor en la ceremonia, acompañado de las armónicas notas del órgano. En su tiempo cumplió ese rol Juan Barros Madrid, el actual obispo castrense, uno de los más cercanos de Karadima, como recuerdan antiguos feligreses.

Los grupos juveniles con guitarras y alegres cantos populares que se instalaron en las iglesias católicas desde los años sesenta no caben en la solemnidad que inunda la iglesia del Sagrado Corazón. Lo sacro pareciera estar en el alma de El Bosque, dentro de una estética un tanto lúgubre que se extiende a los pasillos y corredores que unen el templo con la residencia parroquial.

La iglesia es oscura, con sus altos muros de un rojizo terracota —como su exterior—, tapizados con pinturas de distintos pasajes de la Biblia del chileno fray Benjamín Subercaseaux. Las ventanas, pequeñas y orientadas hacia el cielo, dejan apenas pasar unos tenues rayos de sol en las mañanas.

La tumba y la sacristía

En el ala sur de la iglesia se han reunido por años los jóvenes de la Acción Católica, además de los más cercanos y devotos feligreses.

A Karadima —cuentan— le gustaba la denominación «Acción Católica» porque evoca a la agrupación homónima que a

principios de la década del cuarenta impulsó con fuerza en todo el país Alberto Hurtado Cruchaga, el santo chileno, en calidad de asesor nacional de ese movimiento. No obstante, poco o nada parece tener el sentido de la Acción Católica, en cuanto orientación al trabajo social que dio el padre Hurtado, con este conjunto de jóvenes formados décadas después bajo la guía espiritual y los designios de Karadima.

Dos espacios integran este sector de la parroquia: el sagrario y, más atrás, la sacristía. Casi una hora antes de empezar la misa, comienzan a instalarse en los bancos del altar que guarda las hostias, personas de diferentes edades. A las misas de ocho de la mañana y de mediodía asisten más ancianos y adultos. En la de las ocho de la tarde son los jóvenes quienes se toman el lugar.

Pinturas de encendidos colores que recrean el nacimiento de Jesús cubren los muros de esta pequeña capilla. Aquí llegan también algunos feligreses que buscan pasar más inadvertidos, como el presidente de Renovación Nacional y actual senador, Carlos Larraín, supernumerario del Opus Dei, quien frecuentaba durante 2010 al mediodía la misa de El Bosque. Pero el abogado evitaba cualquier contacto con sus visitantes.

Justo al lado del sagrario, a mano derecha de la nave central, está la tumba de la benefactora Loreto Cousiño y su marido Ricardo Lyon. Resulta impactante la sepultura de mármol blanco con las fechas de nacimiento y muerte de ambos en números romanos, evocando las antiguas tumbas de señores del medioevo europeo. El reservado lugar está resguardado por una reja negra, siempre cerrada. Es un sitio de oración constante. Cada vez que los jóvenes de El Bosque pasan ante este sitio, bajan sus cabezas y se persignan. Es el trayecto obligado desde el templo para llegar a la sacristía.

Un pasillo lateral lleva al sector donde ellos y los sacerdotes se preparan antes de empezar cada liturgia. Sus paredes están cubiertas de madera color caoba, al igual que un gran mesón y las sillas.

Esta sacristía, antes y después de cada misa, era el lugar de encuentro entre el cura y los fieles. Ahí Karadima, instalado en un

gran confesionario dispuesto en la esquina, los atendía, confesaba a unos, impartía «dirección espiritual» a otros y sostenía conversaciones con algunos feligreses.

A un costado de la sacristía, un ventanal la conecta con un hall interior rodeado de ventanales arqueados con pequeños cuadrados, donde hay otra Virgen con alfombra de flores iluminada desde sus pies.

Recorrido por la manzana

En la cuadra de avenida El Bosque, entre Eliodoro Yáñez y Las Hortensias, hay otras dos puertas que dan al interior del amplio recinto. Una lleva al estacionamiento del Centro Médico El Bosque, que tiene su acceso por Eliodoro Yáñez 2530. Sus dependencias ocupan casi todo el lado sur del terreno. La parroquia lo arrienda a un grupo de médicos de distintas especialidades y constituye un importante ingreso para sus arcas.

Por El Bosque, pasado Eliodoro Yáñez hacia Las Hortensias, se llega a la numeración 888, un pequeño portón negro anunciado con el mismo distintivo que las demás puertas de la parroquia: un cuadrito de mosaico con la imagen de San José. Mirada desde la calle, esta sólida construcción de tres pisos pareciera estar deshabitada. No se advierte movimiento. Cuatro altos pilares y una puerta color celeste componen la entrada visible, lo que le da un aspecto de mausoleo. Su destino original era para hospedar a religiosas.

Una reja negra con latones impide la vista hacia el interior de ese antejardín, pero se advierte que hay un conjunto de olivos. Otra reja y un cerco verde separan este lugar del patio de acceso a la iglesia. Hacia el frontis, entre árboles y arbustos de diversos tipos, se aprecia uno que —al finalizar el invierno— destaca por sobre los demás: un magnolio de flores blancas con púrpura.

Una puerta con rejas lleva a uno de los sectores más frecuentados de la iglesia. Un patio de piedrecillas con bancos de plaza funciona como una especie de sala de espera abierta para quienes

van a la parroquia o requieren alguna información. Mientras en la semana son señoras mayores quienes deambulan por este espacio, los domingos se convierte en sitio de reunión de niños y jóvenes. El corredor que lo circunda, al que dan las oficinas parroquiales ubicadas a la entrada, continúa su camino hasta las puertas de la iglesia. Las oficinas parroquiales se conectan a su vez con la sacristía.

Hacia el otro lado, un extenso jardín con pequeños arbustos plantados uno al lado de otro, bordea, por Las Hortensias, el costado norte del recinto. En medio de ellos hay una estatua de San José con el niño Jesús en los brazos. Unos metros más allá está otra de las entradas a la iglesia, que lleva a una pequeña nave, a un lado del altar.

Después de conocerse el fallo del Vaticano, fui un día de marzo a dar una vuelta por la manzana de la iglesia El Bosque. Luis Riquelme Sepúlveda es uno de los jardineros encargados de mantener en orden los prados y arbustos. Estaba trabajando junto a la estatua de San José. Hace tres años desempeña esas labores junto a su hermano Hugo Hernán para una empresa contratista que le presta el servicio de mantención del jardín a la parroquia. Tuvo que ir a declarar a la Policía de Investigaciones por el asunto de los pagos a los empleados.

Aparte de su sueldo de 250 mil pesos que le cancela la firma, «la parroquia nos da aportes de dinero en las fiestas del Sagrado Corazón, Fiestas Patrias y Navidad, que ascienden a la suma de entre treinta a cincuenta mil pesos», declaró a la PDI. Indicó también que habló con Francisco Costabal —el presidente de la Acción Católica y asesor de la gestión económica de El Bosque— para pedirle un préstamo, porque su mujer había sido operada de hernia, lo que le significó más de cuatrocientos cincuenta mil pesos. Por esa razón —dice—, «el señor Costabal me entregó esa suma en efectivo, en el sector de las piezas de los empleados»[7].

---

[7] Declaración de Luis Humberto Riquelme Sepúlveda ante la Brigada Criminal de la Policía de Investigaciones, el 17 de agosto de 2010.

Luis Riquelme siente que lo ocurrido en los últimos meses ha sido muy duro, pero se mantiene leal a Karadima, a quien considera que le debe mucho. Es más, «el padre —dice— tenía como costumbre saludarlo todos los días —no como otros curas— y darles esas gratificaciones extra de vez en cuando». Se le llenan los ojos de lágrimas cuando recuerda que «el padre mandó pagar la cuenta cuando su mujer fue operada». Y, por eso, manifiesta que es capaz de pelear con quien se le cruce en el camino que hable en contra de Karadima. No cree en su culpabilidad ni en el fallo del Vaticano, e incluso dice que no le gusta el papa Benedicto XVI.

Por esos mismos patios transitan jóvenes altos, impecablemente vestidos un jueves por la mañana, antes y después de la misa diaria del mediodía. Y lo hacen rodeados de mujeres que sobrepasan los sesenta años y hombres que se escapan de sus horarios de oficina para rezar. Todos se van rápido, porque la iglesia cierra. Solo permanece abierta poco antes de cada misa.

El jardinero dice que «ya nada es como antes; esto ha cambiado mucho desde que pasó lo que pasó».

Piezas y pasillos

Por la calle Juan de Dios Vial se puede ver la parte trasera de la parroquia. Al lado de la iglesia, hacia Las Hortensias, un elevado muro blanco impide la vista hacia el interior. En ese sector se encuentra la casona sacerdotal. En el segundo piso está el pabellón que alberga las habitaciones de los curas y jóvenes que residen ahí. Muchas de ellas están vacías. Hacia el final del largo pasillo, con una pequeña ventana hacia la calle, está la pieza de Fernando Karadima Fariña. Un lugar donde durante años el ex párroco recibía por las noches a los jóvenes de la Acción Católica, que solían quedarse hasta altas horas de la madrugada. Un sitio donde protagonizó muchas de las escenas de abuso sexual que lo llevaron a ser condenado por el Vaticano.

En el primer piso de esa construcción están el comedor, otra de las salas donde transcurría parte importante de esta vida oculta de la parroquia, y la cocina. Los jóvenes elegidos por el sacerdote solían quedarse a comer después de participar en la misa vespertina. En especial los miércoles, Karadima congregaba a sus discípulos en torno a su mesa. Por esas salas y pasillos semioscuros, tras la caída de la tarde se vivía el extraño ambiente que hoy describen las víctimas y que en esos tiempos les parecía tan natural.

El edificio está conectado por dentro con el resto de las dependencias parroquiales. Si se llega por la parroquia, se accede al salón principal. Y hacia el fondo, al amplio comedor y a la cocina, caminando desde el templo por el gran pasillo que colinda con el jardín interior. Todo un laberinto de salas, corredores, patios y jardines. Quienes frecuentan El Bosque saben hasta dónde pueden pasar. Incluso los jardineros tienen prohibido entrar al «patio de la Virgen», en el interior del recinto, salvo el día que tienen que hacer sus labores, cuando les abren las puertas para después cerrarlas con llave de nuevo.

Otra vez en la calle Juan de Dios Vial, llegando a Eliodoro Yáñez, se ven unas casas de color blanco que tienen dos numeraciones, 955 y 959, además de una entrada y salida de vehículos que da al estacionamiento del recinto parroquial, con el número 957.

En Juan de Dios Vial 959 vivió la madre del cura, Elena Fariña, hasta su muerte en 1997. Ahí también residió su hermano Jorge Karadima. La otra, más hacia Eliodoro Yáñez, es la casa que el ex párroco le cedía a su hermana Patricia hasta que fue desalojada en enero por orden del Arzobispado.

Un hombre anciano riega el pasto de la orilla que da a la calle. Contesta con monosílabos cuando le intento hacer alguna pregunta. Y solo responde que lleva muchos años trabajando en la parroquia y que las casas están deshabitadas. En la esquina se elevan dos altísimos pinos con anchos troncos que muestran su longevidad. Mudos testigos de lo que ocurría en este reino de Karadima.

La orquesta azul

Durante el invierno y la primavera de 2010, los procesos ante la justicia civil y eclesiástica que involucran al ex párroco estaban en marcha. No obstante, el ritual de sus jóvenes discípulos se mantenía riguroso. Es lo que se podía observar durante ese tiempo al visitar la iglesia. El párroco Juan Esteban Morales y el entonces vicario Diego Ossa Errázuriz oficiaban las misas. En algunas oportunidades aparecía Rodrigo Polanco, el vicedecano de la Facultad de Teología, en las eucaristías de la tarde. Ya Karadima había sido alejado de las celebraciones en público, aunque todavía no caían sobre él las estrictas prohibiciones que llegaron después del fallo del Vaticano.

El siguiente es el relato de lo que pudimos ver en ese período, con la colaboración de la periodista Andrea Domedel, quien se transformó para los efectos de este libro en una asidua feligresa.

Quienes están acostumbrados a las iglesias de barrio tradicionales, a las capillas de colegio o a las catedrales de ciudad de diversa importancia, todo el movimiento y la estructura que se observaba en El Bosque llaman la atención. Pero quizá lo más notable era observar en acción a sus «acólitos»: no son esos típicos niños —uno o dos— vestidos con túnica blanca que acompañan al sacerdote que uno vio desde siempre ayudando en las misas. Acá son jóvenes y algunos adultos vestidos todos con chaquetas de color azul marino, corbata azul o color burdeos y pantalones beige.

Aunque dependiendo del horario y del día de la misa, se podría ver a hasta treinta jóvenes ubicados detrás del cura para la celebración del mes del Sagrado Corazón de Jesús en junio. Se mantiene el «perfil ABC1» entre los miembros de la Acción Católica, aunque no son todos de ojos claros y tan «pintosos» y altos, como recuerdan quienes conocen la parroquia desde hace años.

La infaltable chaqueta azul, como la formalidad en sus vestimentas, movimientos y gestos, son sus características comunes. Nadie se sale del estricto protocolo establecido. Todos muestran saber al dedillo lo que deben hacer, cuándo y cómo ejecutarlo.

Las conversaciones de pasillo antes de cada misa son escasas. Prima el recogimiento. La naturalidad es algo que se guarda para los espacios fuera del templo, como las reuniones con los jóvenes en los patios interiores. Se ve a algunas mujeres que también participan del movimiento parroquial, pero tienen mucho menos protagonismo, y no se ciñen al ritual que se les exige a los hombres. Ellas tienen solo la misión de pedir la colecta en la misa del domingo, cuando la concurrencia aumenta considerablemente, llegando a unas quinientas personas.

Las edades de los integrantes de esta «orquesta azul» van entre los quince y hasta más allá de los treinta años. Quien parece actuar de maestro de ceremonias es uno de los que más destaca dentro del grupo. De ojos azules y pelo castaño casi rubio, Francisco Márquez es el encargado de abrir la misa con un cántico, después de iniciada la melodía del órgano.

El lugar establecido en el altar para este personaje de alrededor de treinta años es a un costado de la tarima donde se lee el Evangelio, junto a un pilar. Desde allí está atento a cada uno de los movimientos del resto.

Un joven muy alto, robusto, moreno y de anteojos, de entre veinte y veinticinco años, tiene la misión de sostener y mover el incensario cuando se trata de misas solemnes.

Llama la atención también un hombre de alrededor de cuarenta años, que luce en su cabeza algunas canas. Pese a que no tiene una labor tan específica, es, junto con los anteriores, uno de los responsables de retirar las hostias del sagrario y entregar la comunión. No todos los jóvenes pueden hacer esto, ya que algunos permanecen tras el altar.

La lectura del Evangelio no recae en uno solo, pero hay jóvenes que cumplen esa misión con mayor frecuencia que el resto. Es el caso de un integrante de esta «orquesta azul» que bordea los dieciocho o veinte años y sobresale por su gran formalidad. Tiene un frondoso cabello castaño oscuro peinado hacia un lado y su postura es siempre de recogimiento; camina con las piernas

bien juntas con pasos muy cortos. Sus ojos claros miran siempre hacia arriba en cada oración del sacerdote. Él también es uno de los que debe llevar las hostias y el cáliz con el vino al celebrante, así como el paño que utiliza para secar sus manos.

Dos jóvenes se sitúan a cada lado del cura, en las sillas especialmente dispuestas para ese momento de la misa durante la lectura del Evangelio. Los mayores son quienes en general ocupan ese lugar.

Los menores casi siempre deben repiquetear las campanillas durante la consagración, mientras el sacerdote levanta el pan y el vino.

Cada cierto rato, y en distintas partes de la misa, todos se deslizan en perfecto orden como piezas en un ajedrez. Cambian sus posiciones hacia delante y atrás, entre grupos de a tres. Se mueven alrededor del altar según los tiempos definidos.

A veces la formalidad de la vestimenta del grupo se ve alterada por algunos jóvenes que suben al altar con ropa corriente. Pero los más antiguos o claves dentro del grupo muy rara vez dejan la chaqueta azul. Son los que tienen las tareas de mayor responsabilidad.

Las miradas de cada uno de los miembros de Acción Católica presentes en la Eucaristía son casi exclusivas para el sacerdote, y casi nunca giran para observar a un compañero o menos para hablar con el del lado. Se sienten protagonistas del rito en estricto silencio.

Cuando se aproxima el momento de la Eucaristía, los encargados de dar la comunión enfilan hacia el sagrario y regresan con varios copones llenos de hostias consagradas.

Durante toda la ceremonia sus rostros se ven siempre muy serios: no hay sonrisas, solo concentración absoluta. Es difícil imaginarlos en otras actividades con más interacción dentro de la parroquia. Más bien parecen buscar la contemplación y la espiritualidad.

Al observar a estos jóvenes, la imaginación vuela en el tiempo hacia el pasado, cuando Jimmy Hamilton, Juan Carlos Cruz, José Andrés Murillo, Fernando Batlle, Luis Lira y tantos otros que aún

no han contado sus vivencias, estuvieron en ese lugar. Cuando vestían esas chaquetas. Cuando con ese recogimiento en busca de su vocación seguían religiosamente los consejos e instrucciones de Fernando Karadima Fariña. Cuando él, en nombre de Dios, guiaba y dominaba sus vidas.

La «orquesta azul» permaneció en El Bosque durante todo el invierno de 2010. Allí estuvo presente en junio para el día del Sagrado Corazón, principal festividad de la parroquia, aunque habían pasado dos meses desde que sobrevinieran las denuncias públicas que afectan al ex párroco Fernando Karadima.

Después de la intervención de la Pía Unión y de que —en septiembre— el cuestionado sacerdote se viera obligado a abandonar El Bosque, el panorama era algo distinto. En muchas misas ya no abundaban los jóvenes ayudantes. Aunque no había aún veredicto final de la justicia ni del tribunal eclesiástico, algo había cambiado.

Al día siguiente de conocerse el veredicto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, la «orquesta azul» estuvo ausente.

Capítulo III

EN AMBIENTE DICTATORIAL

Cuando surgen los primeros recuerdos de Luis Lira Campino en torno a la parroquia El Bosque, Fernando Batlle Lathrop, el más joven de los denunciantes de Fernando Karadima, no había nacido. Tampoco había llegado al mundo José Andrés Murillo, el filósofo y ex seminarista jesuita, que nació en 1975. Y James Hamilton y Juan Carlos Cruz apenas entraban al colegio Saint George, a principios de los setenta.

Aunque Luis Lira no presentó denuncia, concurrió voluntariamente a declarar como testigo ante el fiscal Xavier Armendáriz, cuando supo que Hamilton y Cruz habían planteado sus acusaciones. Por la misma razón, con el objetivo de aportar antecedentes sobre lo que él vio y vivió años antes, accedió a figurar en el programa *Informe Especial* de Televisión Nacional. Fue a partir de eso que conoció a los demás.

Simpático, abierto y con sentido del humor, pelo largo y canoso, Lucho Lira —como le dicen sus amigos—, hoy de cincuenta y tres años, evoca más la figura de un hippie de los años sesenta que de un ex seminarista formado en El Bosque. Él sabía de la existencia de Fernando Karadima «desde siempre».

Su abuela paterna, María Montt, vivía en el barrio, en la misma calle La Brabanzón, a una cuadra de la manzana que ocupa la iglesia colorada y su torreón. Los Lira Campino iban a almorzar todos los domingos donde la abuela y escuchaban hablar de Karadima, quien por ese entonces era vicario de la parroquia.

Cuenta que el fundador de El Bosque, monseñor Alejandro Huneeus, había sido «compañero de curso del padre Alberto Hurtado y de mi abuelo».

Hasta séptima preparatoria, Lucho estudió en el colegio San Ignacio, en la avenida El Bosque con Pocuro. Después, sus padres lo trasladaron al Tabancura, adonde entró a séptimo año. Perteneció así a la segunda generación de ese «liceo» —como se le llamó originalmente— ligado al Opus Dei, que partió con enseñanza media en 1970.

El país experimentaba en esa época cambios fundamentales: era el último año de la Presidencia de Eduardo Frei Montalva y en septiembre fue elegido el socialista Salvador Allende, quien asumió en noviembre. En los colegios particulares se vivían fuertes tensiones, debido a la posición progresista, comprometida con los cambios sociales adoptada por los obispos y la mayor parte de los movimientos católicos.

Aunque la familia de Luis Lira no pertenecía al Opus Dei, tampoco miraba con simpatía a las congregaciones más conocidas de aquellos tiempos. «A mi papá no le gustó la mezcla que hacían los jesuitas de traer alumnos de escasos recursos, ni el estilo "Machuca"[1] que también instauró el Saint George», comenta Lira.

Llegó así al Tabancura, que se nutrió de alumnos que provenían precisamente del Saint George —donde se generó una división entre los padres de familia—, del San Ignacio, del Verbo Divino y de los Sagrados Corazones de Manquehue.

Su padre, Luis Lira Montt, es abogado y corredor de Bolsa, socio principal de la firma Luis Lira y Compañía, fundada por el abuelo Luis Lira Vergara. Y «mi madre, cuando le iba mal a mi papá en la Bolsa, hacía bufetes de matrimonios», cuenta el hijo. Él es el cuarto de seis hermanos. La mayor, María Josefina, ingeniera comercial, es hoy la gerenta de la corredora de Bolsa.

---

[1] Se refiere a la película *Machuca*, dirigida por el cineasta Andrés Wood, que da cuenta del sistema de integración de estudiantes de sectores populares en el colegio. Andrés Wood era vecino de James Hamilton en Vitacura, entraron juntos al colegio Saint George y son amigos hasta hoy.

«Yo quería ser monje»

Según Lucho Lira, su papá y su familia «son muy momios. Para ellos Pinochet era estupendo. A mi casa llegaba solo *El Mercurio* y antes, *El Diario Ilustrado*, hasta que desapareció. Mis fuentes de información eran absolutamente sesgadas». Pero él no tenía conflicto con sus padres. Sí una profunda inquietud religiosa que lo hacía soñar con ser monje, quizás en algún lejano país.

En 1974, cuando cursaba tercero medio, se comenzó a acercar a El Bosque. Tenía dieciséis años. Iba solo, sin nadie de su curso. «No era un asunto de amigos ni invitaba yo a alguien a la parroquia, sino que me acerqué por mi cuenta. Otros iban del San Ignacio, del Verbo Divino y algunos del Saint George.»

Cuando egresó del Tabancura en 1975, «era una persona muy ignorante de lo que pasaba en el mundo, muy inmaduro, diría. Aunque afectivamente siempre he sido bastante independiente, muy autónomo», confiesa Lira hoy. En ese tiempo se acercó más a El Bosque. El párroco de la iglesia de El Sagrado Corazón era el padre Daniel Iglesias Beaumont, un cura «muy tradicional, muy callado, no se metía mucho». Fernando Karadima, como vicario parroquial, ya era un hombre fuerte en El Bosque.

Lucho Lira se entusiasmaba con las charlas de Karadima, «con el ambiente de oración que había en la parroquia, con las chiquillas que eran bien bonitas. Y todo eso me atraía».

En paralelo, entró a estudiar Ingeniería en la Universidad de Chile. Estuvo dos años en la facultad de la calle Beauchef, pero no le gustó y se cambió a Diseño, en la misma universidad. Recuerda con cierta opresión el ambiente de fines de los setenta con la universidad intervenida. «Todo el mundo estudiaba, todos calladitos y nadie levantaba un lápiz, nada. Esa presencia intimidatoria era una cosa espantosa.»

Continuaban las dudas sobre lo que quería hacer de su vida. «Me daba cuenta de que no era mi vocación ni la ingeniería ni el diseño. Yo en primera instancia quería ser monje. Me atraía la

espiritualidad, soy creyente hasta el día de hoy y confundí una religiosidad muy fuerte con una vocación sacerdotal.»

Fernando Karadima era su confesor y director espiritual desde 1977. «Yo me decía: a lo mejor tengo vocación de monje, más que de cura. Y se lo dije a Karadima.» Pero él le indicó: «No, ándate al Seminario mejor», cuenta Lira.

En esos tiempos en que las vocaciones sacerdotales habían disminuido en forma crítica, para Karadima era importante contribuir a su «producción». Dentro de su lógica, que lo llevó décadas después a la notable cifra de «cincuenta sacerdotes y cinco obispos», de los que se enorgullecía y con los que ostentaba poder, le interesaba más un cura que un monje. Por eso, no suenan extrañas las palabras que recuerda Lira. «Me respondió sin indagar ni reflexionar, sino que era como un hecho de la causa que no me podía ir a otro lugar sino al Seminario», comenta Lira, quien en ese momento aceptó sin chistar el veredicto de su director espiritual.

Dejó la carrera de Diseño y partió al Seminario Pontificio Mayor, cuyo rector era el sacerdote de Schoenstatt Benjamín Pereira.

Los compañeros obispos

Por esos años, Fernando Karadima mandaba a otros jóvenes al Seminario. Entre sus compañeros había varios de los que décadas después llegaron a ser «los obispos de El Bosque»: Andrés Arteaga, el obispo auxiliar de Santiago, estaba en su curso; lo mismo que el hoy párroco de Lo Barnechea, Cristóbal Lira. Y entre los mayores, unos cursos más arriba, estaban Juan Barros Madrid, el obispo castrense; Horacio Valenzuela, obispo de Talca; y Juan Debesa, actual párroco de la iglesia María Madre de la Misericordia, en La Dehesa. «Él era discriminado por Karadima, porque era gordito, con anteojos», afirma Lira.

Describe al cura como «una persona muy dominante». Insistía en «la obediencia como una virtud del alma, pero se trata de una obediencia hacia él, pues no toleraba que se le cuestionara,

menos que se le contradijera».Y reitera lo que dejó escrito en su declaración ante el fiscal Armendáriz: «Solo se debía hacer lo que él disponía para no incurrir en su cólera»[2].

—¿Cuándo empezaste a captar cosas raras?

—Es que yo era muy ingenuo. Hay cosas que pasaba por alto, que no las ponderaba, así es que no me daba cuenta de nada especial. De manera que cuando empecé a tener problemas con mi vocación, comenzaron las dificultades con el cura. Porque yo le decía que tenía dudas, que había cosas que para mí eran importantes y que yo no podía asumir, como era el tema del celibato.

Explica Lucho Lira que según el modo de pensar de Karadima, «yo no podía predicar la pureza sexual si es que no me la podía. Y eso me causaba un conflicto tremendo. ¿Cómo iba a estar predicando algo que ni siquiera yo era capaz de hacer? Y ese fue mi conflicto siempre».

—Te atraían sus prédicas. ¿De qué hablaba?

—Tiene mucha labia. Hablaba de acercarse a Dios, del padre Hurtado, de la nación, ese tipo de cosas. Pero, visto hoy, no tenía un compromiso social ni mucho menos.

—¿Nunca mostró nada en esa línea?

—No, nunca, jamás. Ni compromiso con los pobres, como ha dicho después. Cero. Yo creo que el padre Hurtado era su tarjeta de presentación, pero no debe haber tenido mayor vinculación con él.

El amigo Sergio Rillón

Pero si hay dudas sobre los verdaderos alcances de la amistad de Fernando Karadima con el padre Hurtado, no las hay con otros personajes del escenario político-religioso chileno de los años setenta y ochenta. Entre los conspicuos feligreses y amigos de Karadima, destaca uno que desde el golpe militar tuvo un papel

---

[2] Declaración de Luis Antonio Lira Campino, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz. Santiago, 2 de mayo de 2010.

privilegiado como consejero civil del general Augusto Pinochet y que fue durante un largo periodo el encargado de las relaciones del gobierno militar con la Iglesia Católica: el abogado Sergio Rillón Romani, hermano gemelo del que fuera actor, Andrés Rillón.

El 28 de junio de 2010, dos meses después de que estallaran las denuncias contra Fernando Karadima, y cuando ya avanzaban las investigaciones eclesiásticas y civiles, Sergio Rillón escribió una carta al director de *El Mercurio* que finaliza con una manifestación de incondicionalidad a toda prueba: «Soy parroquiano de la iglesia del Sagrado Corazón del Bosque desde 1976 y siempre he tenido gran admiración y afecto por el sacerdote hoy "en capilla"; siempre lo he tenido por un profundo varón de Dios e incondicional devoto de la Purísima Virgen. Esta convicción no la cambiaré, cualesquiera sean las resultas de los enjuiciamientos en marcha»[3].

La adhesión que Rillón —marino y abogado— expresa hacia Karadima puede ser comparable a la que manifestó por el ex dictador, a quien conoció pocas horas después del golpe militar y acompañó hasta su muerte como consejero cercano.

«El 12 de septiembre de 1973, el almirante José Toribio Merino decidió hacer una pausa y almorzar en uno de los comedores del Ministerio de Defensa. Junto a Merino estaban el almirante Federico Vio Valdivieso, auditor general de la Armada, y otros seis oficiales. Entre ellos se encontraba Sergio Rillón, un abogado de cuarenta y tres años que por esos días ocupaba, con el grado de capitán de navío, el cargo de auditor de la Subsecretaría de Marina», relata un reportaje especial de *La Tercera* publicado en agosto de 2003, bajo el título «Diez episodios desconocidos del golpe»[4].

En esa oportunidad, Rillón acometió la primera misión importante en el nuevo régimen. A lo largo del tiempo «se convertiría en el principal y más discreto consejero civil de Pinochet», señala el reportaje.

---

[3] *El Mercurio*, lunes 28 de junio de 2010.

[4] *La Tercera*, 3 de agosto de 2003: «Diez episodios desconocidos del golpe.» Disponible en internet: Archivos Salvador Allende. www.salvador-allende.cl

Ya años antes, en el libro *La historia oculta del régimen militar*, los periodistas Ascanio Cavallo, Óscar Sepúlveda y Manuel Salazar aludieron a esa reunión en la cual surgió la idea de levantar un acta de instalación del nuevo gobierno, y el almirante José Toribio Merino le encargó al auditor de la Armada, Rodolfo Vio, que redactara el borrador. El auditor a su vez «traspasó sobre la marcha el encargo al capitán de navío Sergio Rillón».

El texto de una carilla, elaborado directamente en una máquina de escribir por Rillón, incluía los considerandos y un artículo único por el cual «los comandantes en jefe se constituían como Junta para asumir el Mando Supremo de la Nación ("el poder total" fue la instrucción que recibió Rillón), con el compromiso de "restaurar la chilenidad, la justicia y la institucionalidad quebrantada"», como se lee en *La historia oculta...*[3].

Pero esa tarea del abogado fue solo la primera de una larga lista. Tras el asesinato de Orlando Letelier en Washington en 1976, Sergio Rillón prestó su asesoría al Ministerio de Relaciones Exteriores ante la aguda polémica internacional por los atropellados derechos humanos en Chile.

En la salita del nuncio

Por ese entonces, Sergio Rillón frecuentaba ya la iglesia El Bosque. Poco tiempo después se convirtió en una pieza fundamental en las relaciones entre la dictadura chilena y el Vaticano. En 1977 llegó a Santiago el nuncio Angelo Sodano, quien estuvo en el país como embajador de la Santa Sede hasta 1987. Fueron diez años clave para generar un cambio en los altos mandos de la jerarquía católica chilena, como lo buscaba el gobierno militar.

Durante ese tiempo, las relaciones entre la Iglesia chilena y el gobierno eran tensas; sin embargo, las que sostenía Sergio Rillón

---

[3] Ascanio Cavallo, Óscar Sepúlveda, Manuel Salazar, *La historia oculta del régimen militar*, Editorial Sudamericana 1998. La primera versión de este libro fue entregada durante 1989, en el diario *La Época*, a través de reportajes especiales semanales. Los tres autores eran editor general, editor político y editor nacional, respectivamente.

con el nuncio Sodano eran cada vez más estrechas. Un gran logro para el abogado marino en momentos en que la Iglesia Católica, encabezada por el cardenal Raúl Silva Henriquez, era «la voz de los sin voz» y defendía con energía los pisoteados derechos humanos.

Entre las iniciativas que emprendió Rillón estuvo el intento de instaurar el sistema de «patronato» para la designación de los obispos, esto significaba que las autoridades eclesiásticas contaran con el beneplácito del gobierno. Para ello, montó una operación que incluyó un *dossier* de cada uno de los obispos que llevó al Vaticano, como relatan Cavallo, Sepúlveda y Salazar en su libro. Aunque esa «moción» no fructificó, y poco a poco las designaciones episcopales fueron cambiando el perfil de la jerarquía chilena.

Angelo Sodano y Sergio Rillón solían reunirse con Fernando Karadima en la parroquia de El Bosque. Con el correr de los años, la presencia de Sodano fue tan constante, que sacerdotes y jóvenes de la Acción Católica conocían una de las habitaciones del lugar como «la salita del nuncio», precisamente porque allí recibía Karadima al representante del Papa.

James Hamilton, quien había llegado a El Bosque en 1980 y fue uno de los más cercanos a Karadima durante veinte años, fue testigo directo de esos encuentros. En más de una conversación, cuando hablamos del ambiente que se vivía y de figuras públicas que tenían nexos con el cuestionado sacerdote, el médico recordó a Rillón y al nuncio.

«Karadima era ultrapinochetista. Era amigo de Sergio Rillón, de Rodrigo Serrano, que había sido de Fiducia. Rillón se juntaba con Karadima y con el nuncio Angelo Sodano e iban definiendo qué obispos iban a ser los nuevos obispos de la Iglesia chilena. Ese nivel de influencia tenía», sostiene el médico.

—¿Te consta eso?

—Me consta, y de hecho había una salita dentro de la parroquia, que la llamábamos la «salita del nuncio». Hasta ahí llegaba Angelo Sodano a conversar con Karadima, quien le iba diciendo

los «pecadillos» de ciertos sacerdotes para que no fueran nombrados obispos. Lo principal que hacía él era vetar personas.

Según Hamilton, durante todo el tiempo que Sodano fue nuncio existieron esas reuniones. «Por algo llamábamos así a la salita. Es la que está al lado de la capilla de adentro, en la casa parroquial. En ese mismo lugar Andrés Arteaga y todo el resto de los curas nos agarraban a nosotros para decirnos que estábamos con "la maña" y con el demonio, porque el padre alegaba que ya no rezábamos, que estábamos alejados», agrega.

Cuentos de reyes

En 1980 apareció por la parroquia de El Bosque Juan Carlos Cruz Chellew, un joven de dieciséis años, cuyo padre acababa de morir. Era el mayor de los tres hijos del economista Roberto Cruz Serrano, quien se casó con Lorraine Chellew Vergara, ambos de veintiún años. Tuvieron tres hijos: Juan Carlos, Felipe y Roberto. Y en tiempos de la Unidad Popular se fueron a vivir a España.

Desde España, los Cruz Chellew viajaron por toda Europa y después, ya en el régimen de Augusto Pinochet, el padre se vino de representante de lo que era en ese momento el Banco de Vizcaya —antecesor del actual Banco Bilbao Vizcaya Argentaria, BBVA—, a abrir el banco en Argentina y Chile, «ayudado un poco por el gobierno de la época, en tiempos del boom económico, en 1978».

Los tres hijos volvieron al colegio Saint George, donde Juan Carlos había cursado kínder y primero básico. Al regreso, en el establecimiento particular intervenido —«aunque ya estaba Hugo Montes de rector, no el capitán de la FACH»— recuerda que «teníamos que hacer los actos cívicos a cada rato. Pero en ese tiempo, por influencia de mi casa, creía que Pinochet era la salvación de Chile. Mi familia es muy conservadora, muy de derecha», cuenta Juan Carlos. «Después, por mis propios medios me di cuenta de que no era así y fui antiPinochet y todo lo que representa», señala.

Periodista y hoy director de comunicaciones de la empresa Manpower, Juan Carlos Cruz vive en Milwaukee, sede de la compañía, pero ha estado viniendo a Chile periódicamente en los últimos meses. En estas visitas tuvimos varias oportunidades para conversar en profundidad sobre lo vivido por él en la parroquia de El Bosque y sobre ese submundo del que formó parte. Recuerda también haber visto a esas influyentes amistades de Karadima. «Cuando iban a cambiar al cardenal Raúl Silva Henríquez, estaba toda la pelea porque Pinochet quería un arzobispo momio. Por esos días, vi mucho a Rillón por El Bosque y se rumoreaba también que Rodrigo Serrano quería ser el embajador en el Vaticano», señala Cruz. «Por esa época, tenían mucho contacto con Sodano. El nuncio se confesaba con el padre Daniel Iglesias, que era el párroco anterior a Karadima.»

Juan Carlos Cruz recuerda a Rodrigo Serrano Bombal como visitante frecuente. «Era jefe de gabinete del entonces ministro de Justicia, Jaime del Valle, quien había sido vicerrector de la Universidad Católica, y después fue ministro de Relaciones Exteriores de Pinochet.»

A Serrano —cuenta— le decían «el rey pequeño, porque a Karadima le decían el santo o el rey. Tommy Koljatic, el actual obispo de Linares, le decía rey». Y, según Cruz, «se comentaba que "el rey pequeño" tenía unos contactos increíbles en el gobierno, y Karadima gozaba con eso, porque se encerraban a elucubrar tácticas».

Sistema controlador

De profesión psicólogo y licenciado en filosofía, Rodrigo Juan Serrano Bombal tiene sesenta y un años y es secretario general de la Bolsa de Comercio de Santiago. Conoce al padre Fernando Karadima «aproximadamente desde 1980, cuando participaba activamente en la Acción Católica de la parroquia, lo que hice durante unos veinte años», ratificó ante el fiscal Xavier Armendáriz cuando

lo llamó a declarar en junio de 2010. Durante ese período iba varios días de la semana a misa y los miércoles a las reuniones de la Acción Católica, «en las cuales participaban unas ciento veinte personas», agregó[9].

En muchas oportunidades —dice Serrano en su declaración—, después de la misa, «participaba de una cena que tenía lugar con un grupo más reducido del círculo más cercano al padre (unas diez personas). También asistían a estas cenas seminaristas de la misma parroquia. Los temas tratados variaban, ya que se trataba de reuniones de camaradería».

Confirma Rodrigo Serrano que «parte importante del discurso del padre se enfoca en la finalidad de obtener vocaciones». Aunque él se alejó de El Bosque —según expresa—, porque «mi intención era conocer otros enfoques pastorales». Afirma que «durante todo el período en que fui cercano al padre, jamás escuché, vi, y ni siquiera sospeché sobre alguna conducta indebida de él. Más aún, mi experiencia fue muy satisfactoria y enriquecedora en lo espiritual».

Admite sí que «el padre tenía un gran ascendiente en su comunidad religiosa, cosa que se reflejaba en su grupo más cercano, ya que gustaba de tener un control sobre ellos». Y agrega: «Quiero decir, que aun cuando yo no estaba de acuerdo con su sistema controlador, me parece que es un método legítimo para sus fines de conducir a sus dirigidos a Dios».

Por último —indica Serrano—, «debo decir que todo esto resulta para mí un gran misterio, ya que conozco a los señores Hamilton, Lira y al padre Kast, los cuales me parecen personas razonables, equilibradas y, por cierto, normales, y no puedo explicarme por qué actuarían injusta y arbitrariamente en un tema tan delicado como este».

---

[9] Declaración de Rodrigo Juan Serrano Bombal, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, Santiago, 2 de junio de 2010.

Ballerino y González Errázuriz

En 1987, el mismo año de la visita de Juan Pablo II a Chile, el nuncio Angelo Sodano dejó el país para asumir en Roma como secretario de Estado Vaticano, el más alto cargo después del Papa.

La amistad de Karadima con Sodano y la proliferación de «vocaciones» fueron factores determinantes para afianzar la posición de Fernando Karadima en la parroquia de El Bosque y para explicar los nombramientos de obispos de la confianza del hoy acusado párroco. Cuando Sodano se fue de Chile, pasó a ser el hombre de máxima confianza de Juan Pablo II durante el resto su mandato. Diferentes testimonios de víctimas en diversos países del mundo católico lo señalan hoy como un personaje decisivo en la política de secretismo de Roma frente a los abusos sexuales de sacerdotes. Sin ir más lejos, el ex secretario del Vaticano aparece mencionado en el caso de Marcial Maciel en México[7], como consigna la periodista mexicana Carmen Aristegui en su reciente libro *Marcial Maciel. Historia de un criminal.*

El trato especial que recibía Karadima de la jerarquía católica se manifestaba en diversas situaciones. El solo hecho de que nunca haya salido de El Bosque desde que se ordenó sacerdote en 1958, marca una diferencia notable con el resto de los diocesanos que constantemente son cambiados de destino.

La influencia de Rillón fue paralelamente en aumento en La Moneda durante la dictadura. En 1984, Pinochet le ofreció ser ministro secretario general de Gobierno, pero ante su negativa nombró en el cargo a un joven abogado considerado discípulo del marino: Francisco Javier Cuadra, quien después de dejar el gabinete fue enviado como embajador al Vaticano y estuvo en Roma hasta el término del régimen militar, entre noviembre de 1987 hasta marzo de 1990.

---

[7] *Marcial Maciel. Historia de un criminal,* Carmen Aristegui, Debate, febrero de 2011, Chile.

La oficina de Asuntos Especiales, encargada de las relaciones con la Iglesia que dirigía Sergio Rillón, funcionaba a mediados de los ochenta en La Moneda, al alero del Ministerio de la Presidencia, cuyo titular era el general Jorge Ballerino.

Otro de los grandes amigos de Sergio Rillón es Ricardo García Rodríguez, ministro del Interior de Pinochet entre 1985 y 1990, quien desde el inicio de la transición a la democracia en 1990 hasta hoy tiene uno de sus centros de operación en la presidencia de la privada Universidad Mayor.

Después de asumir Patricio Aylwin la Presidencia del país, Augusto Pinochet permaneció como comandante en jefe del Ejército y Sergio Rillón continuó como colaborador del comité asesor de la Comandancia en Jefe, que encabezaba Ballerino.

En agosto de 2000, *La Tercera* señalaba, refiriéndose a Rillón: «Es uno de los consejeros y amigos más cercanos al general (R) Pinochet, quien se ha caracterizado por el trabajo constante de mantener al tanto de la contingencia al senador vitalicio. Cuando este recién se encontraba detenido en Londres, Rillón asistía a las sesiones del Congreso y tomaba apuntes sobre la actividad parlamentaria para después enviárselos a Inglaterra. Tiene acceso "estratégico" a las oficinas de calle Málaga, lugar donde se toman algunas de las importantes decisiones del Ejército»[8].

Muy cercano a Rillón, en la oficina de Asuntos Especiales, era el hoy obispo de San Bernardo Juan Ignacio González Errázuriz, en ese entonces abogado y numerario del Opus Dei, quien llegó en comisión de servicios desde la oficina de personal de Carabineros. Esa vinculación fue revisada en los últimos meses en El Vaticano, tras las críticas de sacerdotes y obispos chilenos que advirtieron lo que podría significar haber nombrado arzobispo de Santiago a alguien que colaboró tan estrechamente con el régimen militar y que parecía un candidato firme para suceder al cardenal Francisco Javier Errázuriz.

---

[8] *La Tercera*, 9 de agosto de 2000.

No obstante, tras estallar el escándalo en torno a Fernando Karadima, González Errázuriz fue una de las primeras figuras eclesiales que quiso separar aguas, a través de una declaración aparecida en el diario *La Segunda*: «No sé… no sé. Es re fuerte. Los testimonios eran verosímiles, creíbles»[9], dijo aludiendo a las acusaciones de James Hamilton, Juan Carlos Cruz, Fernando Batlle y José Andrés Murillo, difundidas en el reportaje de *Informe Especial* de TVN. Algo muy diferente a la actitud de su antiguo jefe Sergio Rillón, quien ha defendido privada y públicamente a Karadima.

«Nadie está exento de pecar»

En la citada carta al director de *El Mercurio*, de junio de 2010, titulada «Dos evangelios», Sergio Rillón escribía al iniciar la defensa del cura acusado: «En los momentos en que la comunidad cristiana está afectada por desconciertos y múltiples reacciones frente al caso del padre Karadima, en la liturgia de la misa de estos mismos días se contienen dos Evangelios, que en lo pertinente, siento necesidad de resaltar como apoyo a una acertada meditación».

Recordó en su misiva diferentes citas de los apóstoles, haciendo gala de su amplio conocimiento del Nuevo Testamento: «No juzguéis y no os juzgarán; porque os van a juzgar como juzguéis vosotros, y la medida que uséis, la usarán con vosotros». «¿Por qué te fijas en el punto que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo?» Tras una larga lista de citas bíblicas, incluye el versículo de San Mateo que señala: «Por sus frutos los conoceréis»… «Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos…».

Inspirado en esas sentencias, Sergio Rillón argumentó: «La obra apostólica del padre Karadima ha sido inmensa y muy admirable, especialmente en su capacidad para inspirar vocaciones sacerdotales, de las que se cuentan decenas y de cuyas filas ocupan hoy a lo menos cinco solios episcopales».

---

[9] *La Segunda*, 27 de abril de 2010.

Sin embargo, al tenor de sus palabras, alguna duda debe haber pasado por la cabeza del marino-abogado mientras escribía: «Sea lo que fuere, nadie está exento de pecar. Recuérdese que a San Pedro, Jesús lo increpó: "Apártate de mí, Satanás", por pretender modificar la voluntad de Dios; y que San Pablo, el arquetipo de Apóstol, sufrió fuertes embates de tentaciones en la carne».

Escondite en el torreón

Ya antes del 11 de septiembre de 1973, Fernando Karadima tenía en su registro algunas hazañas que él consideraba legendarias. «Protegió a Juan Luis Bulnes, uno de los involucrados en el asesinato del general Schneider, lo metió en la iglesia, lo escondió en el torreón…», afirma James Hamilton.

Juan Luis Bulnes Cerda, hermano de Juan Pablo, actual abogado y consejero de Karadima por décadas, efectivamente perteneció al grupo ultraderechista que, con el apoyo del gobierno de Richard Nixon y la CIA, en octubre de 1970 asesinó al entonces comandante en jefe del Ejército, René Schneider Chereau.

Dos días después del atentado que costó la vida al general, el fiscal militar Fernando Lyon inició un proceso que culminó con sentencia del juez militar general Orlando Urbina, el 16 de junio de 1972. Urbina condenó a cuarenta y dos personas, entre militares y civiles, encabezadas por el general de Ejército Roberto Viaux Marambio. Viaux había sido el cabecilla de la sublevación militar contra el gobierno de Eduardo Frei Montalva en el movimiento conocido como El Tacnazo.

Algunas de las órdenes de detención por el asesinato de Schneider no pudieron hacerse efectivas porque los reos ni siquiera concurrieron a declarar en el proceso y se fugaron del país. Fue el caso de Juan Luis Bulnes Cerda, condenado a diez años. Pero Bulnes volvió a Chile en 1974 y se le redujo la pena a siete, y al final no la cumplió gracias a la Ley de Amnistía dictada por Pinochet. Junto a él fueron prófugos de la justicia los hermanos Diego

y Julio Izquierdo Menéndez —quien murió después en Perú—, integrantes del mismo grupo.

El diario electrónico *El Mostrador* recoge en un reportaje de abril de 2010 el testimonio del periodista René Schneider Aedo, hijo del general asesinado, quien en aquellos años escuchó comentarios sobre el ocultamiento. Recuerda que, tras el crimen de su padre, «los principales culpables desaparecen y se van de Chile». Y que oyó que en esa etapa fueron ocultados, «concretamente Bulnes, por el cura Karadima»[16].

—Había escuchado lo del escondite y creía que sería un rumor —le comento a James Hamilton.

—No, no es ningún rumor. Schneider fue asesinado por un grupo vinculado a Patria y Libertad en el cual participó Juan Luis Bulnes. El grupo fue el que atentó. Quizá no deseaban la muerte de Schneider, pero lo mataron. ¿Qué ocurrió? Que Juan Luis se arrancó y se escondió en la iglesia El Bosque y lo protegió Karadima. Y después el cura se encargó de sacarlo al extranjero y lo ocultó en Paraguay. Tanto es así que Karadima lo iba a ver a Paraguay. Por eso hizo una serie de viajes por Latinoamérica, pasando por diferentes puntos y llegando allá.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Porque me lo contó él personalmente.

—¿Lo contaba como gracia?

—Como gracia, obvio. «Mira cómo yo cuidé a Juan Lusito», decía. Lo impresionante es que una cosa tan delicada la contaba en ese tono dentro de su círculo privado.

—Además de Juan Pablo, también Karadima es muy amigo de los otros Bulnes Cerda… —le digo a James.

—Sí, claro, de Manuel, que es abogado, y era compañero de mi papá en la Universidad Católica; de Juan Carlos Dörr, casado con María Elena Bulnes, que lo invitaban a su fundo en Requínoa y han sido grandes benefactores.

---

[16] *El Mostrador*, «Los nexos del caso Karadima con el asesinato de Schneider», de los periodistas Jorge Molina Sanhueza y Claudia Urquieta, 28 de abril de 2010.

Juan Carlos Cruz también recuerda haber escuchado la historia del «asilo» de Juan Luis Bulnes. «Karadima siempre decía que había escondido a Juan Luis Bulnes. Y que los Bulnes lo querían mucho, porque le debían mucho.»

Militares, médicos y empresarios

Jimmy Hamilton confirma la estrecha relación existente entre Karadima y altos oficiales del Ejército que se veían frecuentemente en El Bosque. «Al que tenía como protector y contacto en la parte militar era a Eduardo Aldunate», dice refiriéndose al general retirado, que fue jefe de la misión en Haití, quien lo defendió en los primeros días después de las denuncias. «Desde sus tiempos de teniente y capitán, estuvo muy vinculado a Karadima. Y es íntimo amigo de Juan Pablo Bulnes, el abogado.»

«A su vez, Aldunate y Bulnes —prosigue Hamilton— son muy cercanos a Domingo Jiménez, el gerente de la empresa Coloso, quien también salió con declaraciones de apoyo irrestricto.» Jiménez está casado con la hermana de Francisco Javier Manterola Covarrubias, sacerdote de la Pía Unión, «que fue quien tramó toda esta cuestión de los doctores que firmaron esa carta en la que decían que yo era mayor cuando entré a El Bosque», señala Hamilton.

El error de los firmantes de la carta estuvo quizás en no recordar que Jimmy Hamilton —a los diecisiete años— estuvo en Tecnología Médica un año antes de entrar a Medicina, donde estaban ellos. La suscribieron «bajo juramento» los médicos Guillermo Eduardo Fabres Biggs, Antonio Becker Rencoret, Juan Carlos Márquez Nielsen, María del Pilar Covarrubias Ferreiro, José Fernando Matta Naranjo y Julio Marín Valenzuela.

Asegura Hamilton que uno de sus colegas habló posteriormente con él, «avergonzado por lo que había hecho. Y me mostró los e-mails en que Francisco Javier Manterola le pedía disculpas por haberlo engañado, por haber hecho toda esta artimaña, después que él lo increpó».

Desde hace años, Manterola ha tenido importantes responsabilidades en la Arquidiócesis de Santiago: fue secretario del cardenal Errázuriz y era el vicario de la zona centro cuando estalló el caso.

Otro militar amigo de toda la vida de Karadima era Santiago Sinclair, quien fue ministro vicecomandante en jefe del Ejército y secretario general de la Presidencia de Pinochet en dictadura y después senador designado al comienzo de los noventa. «Lo invitaba a comer e iban para acá o para allá», indica Hamilton.

—¿Ustedes lo veían?

—Sí. Todos los domingos que iba a misa a El Bosque, Santiago Sinclair iba a saludar a la sacristía a Karadima.

—¿Era el tiempo en que tenía cargo en el Ejército o en el gobierno de Pinochet?

—Siempre… durante todos esos períodos era íntimo amigo de Karadima.

Enviado de Dios

En un reportaje de la revista *El Periodista*, publicado en junio de 2003, bajo el título «Lo que la Dina escribió sobre Jaime Guzmán», Francisco Martorell revela un informe de la Brigada Purén de la temida Dirección de Inteligencia Nacional, en que alude a Juan Luis Bulnes y a la iglesia El Bosque.

Señala Martorell que el director de la Dina, Manuel Contreras —hoy preso en Puntapeuco—, «consciente del peso de Jaime Guzmán en la derecha chilena, no escatimó esfuerzos para vigilar sus pasos, intervenir su teléfono, investigar a sus amistades y crear un perfil político de su principal adversario».

Aparecen en ese contexto Juan Luis Bulnes, Allan Leslie Cooper, y los hermanos Izquierdo Menéndez, citados en el informe de la Brigada Purén. Primero se refieren a Jaime Guzmán, en el tiempo en que militaba en Patria y Libertad, durante la Unidad Popular: «Si bien es cierto que no estuvo cerca del general Viaux

(por su repulsa al nacionalismo), sí participó activamente con sus grupos de fanáticos religiosos que estaban en el gremialismo de FEUC, y se reúnen en el departamento de Guzmán, en la iglesia de El Bosque o en las sedes del Opus Dei: Juan Luis Bulnes Cerda, Allan Leslie Cooper, los Izquierdo Menéndez, todos estos eran del grupo de Jaime Guzmán»[11].

Durante años, el líder del gremialismo vivió en un departamento en la plaza Las Lilas, a dos cuadras de la iglesia colorada, adonde acudía a misa de doce con frecuencia. Esa costumbre la mantuvo hasta su muerte en 1991.

En El Bosque, Fernando Karadima impuso un discurso conservador en lo religioso, en lo valórico y en lo político. Un espacio a la medida de los sectores conservadores que se sintieron «huérfanos» cuando la Iglesia posconciliar salía a las poblaciones y practicaba el compromiso con los pobres y con las víctimas de los derechos humanos.

Según James Hamilton, «era un discurso hecho por Karadima sobre la base de su nueva moralidad. Y esa nueva moralidad señalaba que Pinochet era un hombre enviado de Dios, porque la autoridad estaba puesta por Dios».

—¿Decía eso?

—Obvio, permanentemente. Y, además, indicaba claramente que todo lo que había pasado después del golpe y la gente que había muerto eran «bajas necesarias». Que el orden establecido era algo más importante, y que si Pinochet era la autoridad establecida por Dios, citaba la frase de Cristo de que «Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Y decía, por lo tanto, que había que respetar la autoridad y esa era una buena autoridad.

—¿Eran todos pinochetistas en El Bosque?

—Sí, claro. Éramos de derecha.

—¿Tú venías con esa mentalidad desde tu casa?

---

[11] *El Periodista*, «Lo que la Dina escribió sobre Jaime Guzmán», Francisco Martorell, 22 de junio de 2003.

—Todos en mi casa estuvieron de acuerdo con el golpe. Después fueron cambiando un poco las cosas, pero había un manejo de información tal, que nosotros entre los jóvenes en el ambiente en que circulábamos nadie creía que estuvieran torturando ni asesinando personas. Se decía que todo era una maquinación del comunismo y del periodismo de izquierda.

Similar recuerdo tiene Juan Carlos Cruz, quien señala que él ha tenido una «evolución total». Como Jimmy Hamilton, en El Bosque era pinochetista. «Yo vengo de una familia de derecha. Mi mamá se ha puesto más conservadora con los años. Pero mis hermanos han evolucionado. Somos producto de la dictadura. Llegué a El Bosque y obviamente fui momio recalcitrante en términos de espiritualidad y de política», dice Cruz. Su cambio empezó en el Seminario y continuó en Estados Unidos.

—¿Y tú, en qué momento te divorciaste de esa manera de pensar pro Pinochet? —le pregunté a Jimmy Hamilton.

—En la onda política mi evolución se empezó a dar esencialmente cuando ganó el No, y después cuando se inició el gobierno de Aylwin. Descubrí que los de la Concertación no eran el lobo feroz, sino que actuaban en una protodemocracia con un respeto por la gente que no me había tocado ver. Internamente yo siempre fui un demócrata y hasta una especie de socialista educado en la Alianza Francesa; tenía una formación muy universal, muy tolerante. Pero el ambiente social de la época del círculo en que vivía era favorable a Pinochet y en El Bosque se me confirmó que Pinochet era la autoridad. ¡Si en las prédicas Karadima lo alababa!

Capítulo IV

EL DEMONIO Y EL SEMINARIO

Cada vez que el seminarista Luis Lira Campino manifestaba sus dudas sobre el celibato y la incertidumbre respecto de su vocación a su director espiritual Fernando Karadima, el cura le increpaba: «¡Son cosas del demonio!».

El joven quedaba aterrado.

Plantearse las dudas significaba que «el demonio me estaba tentando y confundiendo». Hoy, le parece una afirmación sin pies ni cabeza, pero en ese tiempo lo angustiaba y lo sumía en la confusión: «Uno quiere hacer luz en su vida personal y se entrega sin condiciones a una persona para que lo oriente y no entendía cómo podía haber una manifestación demoniaca tan espantosa».

La inquietud sin respuesta continuaba para el joven. Sus sueños de ser monje habían quedado atrás, por consejo de Karadima, pero en el Seminario no se sentía convencido de su vocación sacerdotal.

Estaba ya en tercer año, en 1981, cuando hubo un retiro. «Terminaba la fase de filosofía, que son tres años, y pasábamos a la etapa de estudios de teología. Y como Dios es grande conmigo, resulta que hizo el retiro un padre jesuita», dice Luis Lira.

Ese sacerdote era Fernando Montes, el actual rector de la Universidad Alberto Hurtado. Los seminaristas efectuaron los ejercicios de San Ignacio en la sede de los jesuitas, en Calera de Tango. «Una casa antigua colonial preciosa, en un ambiente muy grato, muy campesino, muy agradable. Al empezar el retiro, estaba sumamente preocupado porque no podía concentrarme en lo que nos decía el padre Montes para que meditáramos. Fui a hablar con él y le expliqué lo que me ocurría.»

—¿Qué te pasa, tienes algún problema? —le preguntó el jesuita.

—En realidad sí, padre, tengo dudas sobre mi vocación —le respondió Luis Lira, un tanto complicado.

—Mira, lo único que tienes que hacer es concentrarte en eso, y a la luz de lo que yo vaya diciendo, tú vas a ir discerniendo —le indicó el sacerdote.

Esas palabras aportaron una cuota de optimismo al confundido seminarista. «¡Imagínate lo distinto y lo alentador que fue para mí eso!», comenta.

Lira siguió el consejo del padre Montes. «En una primera instancia discerní que no tenía vocación.» Pero todavía estaba un tanto dudoso. «Por eso, le hice caso a San Ignacio que dice que en tiempos de confusión no hay que hacer mudanzas. Y seguí en el Seminario un año más para hacer la prueba y ver mi formación, mi dirección espiritual y todo desde este punto de vista.»

Escarmiento público

El seminarista siguió yendo a El Bosque dos veces a la semana, los miércoles y los domingos, como otros de sus compañeros. Pero cuando le contó a Karadima que había hablado con el padre Montes «le bajó el berrinche más espantoso. Nos tenía prohibido hablar con otros sacerdotes. Me dijo que cómo se me ocurría "ir a contarle mis cosas personales a otro cura cuando él era mi director espiritual y solo tenía que hacerle caso a él". "Yo soy el que decide las cosas, y si no me haces caso a mí, estás endemoniado", me reiteró. Y me hizo un escarmiento».

—¿En qué consistió?

—Llamó a una reunión a los seminaristas de El Bosque y puso mi caso de ejemplo: manifestó que cómo se me ocurría hacer esto, desobedecerlo e ir a contarle cosas personales a otro cura que no tenía nada que meterse.

—¿Ante quiénes hizo ese «escarmiento»?

—Ante todos los seminaristas de El Bosque, compañeros míos: estaban Andrés Arteaga, Cristóbal Lira, Juan Barros, Horacio Valenzuela, Tommy Koljatic, Jaime Tocornal y Rodrigo Polanco. Algunos estaban un poco más abajo en el Seminario.

—¿Dónde ocurrió, en la misma parroquia?

—Sí, en esa sala grande de El Bosque. Fue espantoso.

—¿Lo sentiste como un juicio?

—Sí... Yo me quebré ahí, me puse a llorar, fue una cosa terrible. Y después me invitó a almorzar a su casa con su mamá. Y mientras yo sollozaba frente a un plato de no sé qué cosa, ellos dos comían como heliogábalos.

—¿Tu llanto era de vergüenza por haber sido expuesto ante los demás?

—De impotencia. Me preguntaba angustiado cómo resolver mi problema si el camino que me estaba indicando mi director espiritual y el que yo había optado se contraponían. ¿Qué hacer? Entonces era un callejón sin salida. No tenía opción de discernir si no era bajo su dirección espiritual.

—¿Qué sentías tú frente a él en ese momento?

—Mucho respeto, desde luego.

—¿Todavía mucho respeto?

—Sí, mucho respeto.

—¿Y la mamá, cómo era, además de comer como heliogábalo?

—Era una señora espantosa. Muy dominante, muy arribista. Nunca me cayó bien, la encontré siempre muy cínica, de mucha sonrisita, y bien feucona la pobre.

—¿Se metía en la vida de ustedes?

—Sí, claro. Y había que hacerle reverencias. Era una cosa horrible.

Toqueteo revelador

Un año después, cuando estaba en cuarto año del Seminario —en total son siete más el diaconado—, Luis Lira vivió una experiencia

que marcó su punto de quiebre definitivo —aunque no instantáneo— con Karadima. «Me pasó algo bastante extraño que me da vergüenza contártelo, pero ya se lo conté al fiscal y al tribunal eclesiástico. Y fue a partir de eso que se me cayó Karadima.»

Pese a su pudor, relata el episodio: «El asunto es que un día se me ocurrió, por alguna razón que no me explico bien, afeitarme los vellos púbicos. Debe haber sido por el ambiente muy erotizado en general que se percibía. Y quedé muy confundido; fui donde el padre Karadima y me confesé con él por eso. De una cosa que ni siquiera es pecado. Imagínate, afeitarse... Pero no me dijo nada, absolutamente nada. Solo me indicó que rezara un Ave María».

Eso —recuerda con nitidez Luis Lira— fue a las siete de la tarde en un confesionario de la sacristía de la parroquia. En la noche, el joven se fue a despedir del cura a su pieza, como acostumbraba hacerlo, antes de volver al Seminario. «Deben haber sido las diez u once de la noche de un día miércoles o domingo, que era los días que iba.»

Lo que ocurrió al entrar en la habitación de Karadima lo tomó totalmente desprevenido: «Resulta que sin decir "agua va", él me metió la mano por el pantalón para adentro, debajo del calzoncillo, y me tocó la zona púbica, queriendo corroborar seguramente lo que yo le había contado en confesión. Quizá se habría excitado con eso. Yo no tenía idea de que él fuera homosexual, ni me "cayó la teja" en ese momento. No sé por qué razón no me di cuenta altiro. Pero salté como con un elástico para atrás, me despedí y me fui».

Señala que «en ese instante el respeto que tenía por él empezó a decaer. Me preguntaba ¿para qué vengo para acá, para discernir mi vocación o para que me manosee el cura?».

Para Lucho Lira ese episodio fue decisivo. «El poder que tenía sobre mí empezó a desaparecer. Fue revelador. El 82 yo me alejé de Karadima... pero estuve un año de chicle entre dimes y diretes hasta salirme de El Bosque en 1983».

—¿Antes del episodio que viviste, no te habías percatado de toqueteos por parte de Karadima?

—No, nunca me tocó el traste ni nada. Lo que sí me llamaba la atención es que había gente que se quedaba con él en la pieza por largas horas en la noche.

—¿Quiénes se quedaban más?

—Jorge Álvarez, el médico, es uno de ellos.

—¿El que apareció defendiendo a Karadima al comienzo?

—Sí, el médico que apareció «sacándose el pillo». Y otra gente que pensaba yo que estaban en dirección espiritual… Algunos de mis otros compañeros y gente del redil.

—¿Hasta el momento que estuviste, alcanzaste a percibir si tenía algún preferido?

—Sí, claro que tenía preferidos, por supuesto. El presidente de la Acción Católica de entonces, Gonzalo Tocornal, era uno de sus preferidos sin ningún disimulo. Pero no recuerdo haber visto cosas raras de besuqueos o toqueteos, aparte de lo que me tocó vivir.

—¿Quiénes otros constituían su séquito más cercano en esos años?

—Entre los superpoderosos, en su séquito de *yes men* en ese tiempo, estaban Sergio Morales Mena, ingeniero, hermano de Juan Esteban, el actual párroco de El Bosque… Sergio es un año mayor que yo, es casado y tiene una bonita familia. Juan Esteban es mucho menor, debe tener cuarenta y cinco o cuarenta y seis, como la edad de Juan Carlos Cruz y de Jimmy Hamilton. Eran puros hombres, siempre.

Luis Lira menciona también a los Bulnes Cerda. «Este abogado que lo defiende ahora, y el otro, Juan Luis, que estuvo vinculado al caso Schneider. Tiene bastante asidero esa versión que dice que Karadima lo escondió en el campanario. La deuda que tiene la familia Bulnes con él es de por vida.»

Golpecitos y besos «cuneteados»

Francisco Javier Gómez Barroilhet, publicista, de cuarenta y ocho años, tenía dieciocho en 1980. Su padre sufría una grave enfermedad y se acercó a la parroquia de El Bosque, «pues sentía la necesidad de rezar por él», explicó al fiscal Xavier Armendáriz. No se alcanzó a topar en la parroquia con Jimmy Hamilton ni con Juan Carlos Cruz. «Sí conocí a Luis Lira, una muy buena persona, pero lo dejé de ver al salir de El Bosque y nunca más hasta hoy hemos hablado»[1].

A Gómez nadie lo invitó ni lo presentó en la parroquia. Asistió a una reunión un día miércoles, en la que había unos ciento cincuenta jóvenes. Fernando Karadima presidía el encuentro. «Recuerdo que estando yo al final del recinto, de pie, el padre Karadima me hizo un gesto para que lo esperara después de la reunión. Al terminar nos juntamos y me preguntó quién era y quién me había invitado. Le respondí y me señaló que quería que yo fuera de su grupo y que empezara a venir a la parroquia», relata en el documento firmado ante el fiscal.

Incluso le dijo que volviera el sábado. «Al poco tiempo —continúa Gómez en su testimonio—, me pidió que yo fuera su secretario, lo que acepté, aunque lo cierto es que nunca tuve tareas concretas en esa calidad, fue solo como darme un cargo o un título.»

Señala Francisco Javier Gómez en su declaración que como al mes y medio de estar asistiendo a la parroquia se empezó a dar cuenta de que «había algo como inconsistente en el padre Karadima». Él lo ilustra así: «Por una parte, se mostraba en las reuniones públicas como un fiel seguidor de Dios y, ya más en privado, en su grupo más cercano, hacía burlas de alguno de los jóvenes o personas que asistían al recinto». Decía cosas hirientes —cuenta— y «además tenía una franca competencia con el párroco de la época, el padre Daniel Iglesias y con los demás sacerdotes».

[1] Declaración de Francisco Javier Gómez Barroilhet, nacido el 6 de junio de 1962, chileno, publicista, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, Santiago, 12 de mayo de 2010.

Define a Karadima como «carismático», «muy influyente en las personas» y señala que «trataba de que la gente lo siguiera solo a él». Confirma que el sacerdote «trataba de controlar todos los aspectos de la vida de las personas y siempre estaba enterado de lo que hacía cada cual». Y que de los ajenos al grupo o de quienes estaban en contradicción con «él decía que estaban con el diablo o que tenían el diablo en el cuerpo».

Su labor sacerdotal, según Francisco Javier Gómez, «no era ni muy organizada ni profunda» y recuerda que cuando le comentó que quería explorar su vocación lo integró con otras tres personas que estaban con la misma inquietud, pero que «no hacían nada especial».

De todo lo visto y vivido en El Bosque, «lo que más me desconcertaba era su actitud física», anota. «Tenía la costumbre habitual de dar golpecitos en la zona genital, como a la pasada, pero solo en esa zona; eso lo vi muchas veces, era corriente y también lo hacía conmigo. No recuerdo que me haya tocado el hombro, se iba a esa parte del cuerpo y también daba besos en la cara muy cerca de la boca, había que corrérsela, y a veces los besos quedaban "cuneteados"».

«Algunos de los jóvenes —relata Gómez— eran como expertos en esquivar la situación, como Horacio Valenzuela, el obispo de Talca, que era maestro. Sin embargo, de esto no se hablaba formalmente, aunque, obvio, todos los veíamos», agrega.

Debilidad por un ombligo

En una entrevista en *El Mercurio* que apareció dos días después de que el arzobispo Ezzati diera a conocer el fallo del Vaticano, Francisco Javier Gómez amplió su relato[2]. Cuenta que, poco después de estar en El Bosque, se dio cuenta de que «los cariños de él no eran de padre ni tampoco de cura. Si te daba un beso no era en

[2] *El Mercurio*, 19 de febrero de 2011. «El protagonista de la primera denuncia contra Karadima cuenta su historia.» Entrevista efectuada por Paula Coddou y Cristián Rodríguez.

la mano o aquí [muestra la mejilla], sino por aquí [muestra la comisura de la boca]. Y había que correrse, porque si no te plantaba un beso en la boca».

—¿Y estando todos presentes? —le preguntaron los periodistas Paula Coddou y Cristián Rodríguez.

—Sí… sí. Cuando se despedía siempre se acercaba mucho. Empezaba a hablarte en secreto. «Ya m'hijito, cuídese, rece» y ahí empezaba a correr la cara. Esto iba acompañado con que metía los dedos en el cinturón, por dentro del pantalón y muchas veces los metía bien abajo. Y corregía cuando le quedaban los dedos por fuera del calzoncillo, los sacaba un poco y los volvía a meter.

Contó también Gómez en esa entrevista que le llamaba la atención que ese tipo de cosas no causaran extrañeza en los otros jóvenes. «Ya pasados los cuatro meses, tenía claro que había un tema de desviaciones de él y me seguí preguntando, hasta el día en que me fui, por qué los demás no hacían nada, por qué nadie miraba raro.»

—¿Nunca lo comentó? —le preguntaron los periodistas.

—Nunca. Dentro de la gente que había, los que eran regalones permanentes de Karadima, había uno de una familia muy importante, cuyo hermano era seminarista. Karadima tenía una debilidad por el ombligo de él y ¡era una cosa vergonzosa! Le pedía que le mostrara el ombligo y el cura se lo tocaba. Los demás se reían. Pero esto no era de repente. Era siempre. Si no, agarraba un palo o una antena y le abría con eso la camisa, y todos muertos de la risa.

«Pero lo que definitivamente me colmó» —dice Francisco Javier Gómez en su declaración en la Fiscalía— ocurrió un fin de semana, en marzo de 1982, después de que fue a la casa de una niña de El Bosque y se estuvieron bañando en la piscina. «Algo totalmente inocente, e incluso rezamos el rosario. Cuando Karadima se enteró, tuvo una actitud muy brusca, me tomó del brazo y me dijo que me tenía que alejar de esa niña, que ella tenía al diablo adentro.» Ante esa situación, «le dije que esto tomaba un

rumbo que no me gustaba y me fui del recinto. Lo dejé hablando solo. Ya no volví».

Cuenta Francisco Javier Gómez que la gente que había conocido en El Bosque lo dejó de saludar. Pero la cosa no terminó ahí. Un par de semanas después, Karadima fue a la Cepal[3], donde trabajaba su mamá, y habló con ella. «Le dijo que se me había metido el demonio.»

«Pantalla humana»

En octubre de 1979, poco antes de que Francisco Javier Gómez llegara a la parroquia El Bosque, se acercó también Juan Luis Edwards Velasco, en ese entonces un joven de dieciséis años.

Ingeniero y músico, Edwards compareció también ante el fiscal Armendáriz, a quien explicó: «Empecé a acercarme, porque fui a una charla dada por Karadima y me gustó su discurso espiritual, como que me deslumbró»[4].

Juan Luis Edwards fue a la parroquia durante cinco años, aunque asegura que nunca fue del círculo más íntimo. Sin embargo, el cura le detectó vocación: «Karadima es muy posesivo y muy persuasivo en su discurso; al poco tiempo me dijo que yo debía ser sacerdote, lo cual me trajo grandes conflictos personales, pues (...) en ese entonces la religión católica era para mí muy importante; pero al mismo tiempo, no me sentía para nada capaz de asumir el sacerdocio, no sentía vocación de celibato, por lo que me sentía no obedeciendo o no siguiendo a Dios», dijo ante el fiscal.

Ante la consulta sobre «actitudes impropias», señaló que no era mucho lo que podía decir, pero recordó que «unas tres veces, conversando con él, como a la pasada, me tocó el trasero, lo que me hacía reaccionar de inmediato con rechazo, lo cual pasó dentro del claustro de los sacerdotes».

---

[3] Cepal es la sigla de la Comisión Económica para América Latina de Naciones Unidas, con sede en Santiago.

[4] Declaración de Juan Luis Edwards Velasco, nacido el 24 de mayo de 1984, ingeniero civil, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 24 de mayo de 2010.

Edwards agrega en su declaración: «Lo que sí tengo memoria es que alrededor de 1982 le bajó la costumbre de dar golpecitos en la zona genital a los jóvenes de su entorno más cercano; no recuerdo que me lo haya hecho a mí, además, como dije, yo jamás fui de los que tenía más cercanía, pero sí lo hacía y ello sucedía con frecuencia con Guillermo Ovalle».

Y relata un hecho curioso: «Incluso esto era tan frecuente que recuerdo haberme puesto de pantalla entre Karadima y señoras que pasaban por la sacristía, para que estas no se percataran y escandalizaran de los gestos de Karadima hacia los jóvenes».

Juan Luis Edwards se alejó de El Bosque en 1984, según consta en su declaración, pese a las insistencias de Karadima sobre su supuesta vocación sacerdotal.

Una carta a la basura

Después de dejar la parroquia, Francisco Javier Gómez Barroilhet se sentía muy confundido. En ese estado, llamó al sacerdote José Miguel Ibáñez Langlois, el primer sacerdote chileno del Opus Dei, que según indicó Gómez en *El Mercurio*, es primo de su madre. «Le conté todo lo que había vivido» y le pidió consejo.

—¿Le planteó denunciarlo? —preguntaron los periodistas.

—Me dijo que no volviera. Me preguntó si tenía cercanía con algún otro cura que tuviera parroquia, le nombré uno, y me dijo «haz el apostolado ligado a esa parroquia».

Poco tiempo después de dejar de participar en El Bosque, a fines de 1982, Francisco Javier Gómez se trasladó a vivir a Concepción. Y en 1984, en un viaje a Santiago, supo por una hermana que un grupo de personas, entre los que estaba Juan Luis Edwards, quería advertir lo que estaba sucediendo con Karadima al entonces cardenal arzobispo de Santiago, Francisco Fresno. Lo invitaron a firmar y aceptó.

«Era un reclamo muy genérico que decía que había una conducta impropia, pero sin nombres ni detalles», señala Gómez. «La

firmé y lo curioso es que supe su destino, pues un amigo mío de Concepción, periodista, que se fue al poco tiempo a trabajar con Fresno, averiguó, a pedido mío, que Fresno rompió la carta y la tiró a la basura[5].»

El secretario del arzobispo Fresno era, desde 1983, el actual obispo castrense Juan Barros Madrid, uno de los más cercanos pupilos de Fernando Karadima. Él se había preocupado personalmente de situar a Barros Madrid en esa posición desde el comienzo del mandato de Fresno, incluso antes de que fuera ordenado sacerdote. El obispo Barros, que ha dicho en todos los tonos que jamás vio nada extraño en El Bosque y nada tiene que ocultar, podría tener una explicación sobre el destino de esa carta.

«Oye, anda al Bosque»

Luis Lira alcanzó a conocer en El Bosque a Juan Carlos Cruz. La muerte del padre de Cruz había sido un impacto brutal para él y toda su familia. «A mi papá le vino un cáncer, un melanoma, y se murió a los treinta y nueve años, en 1980.» Juan Carlos recuerda esa etapa con profundo dolor. «Cuando murió mi papá me sentía muy, muy solo», dice bajando el tono de la voz. «Mi mamá se quedó tremendamente desvalida incluso físicamente. Ella fue criada como una princesa, para ser una buena dueña de casa, y se quedó con estos tres niños, sin mucha plata, porque fue justo en la época de la recesión de los ochenta.»

Roberto Cruz tenía negocios en España, «pero como se murió muy rápido no tuvo ningún minuto para dejar las cosas armadas», relata su hijo. «Mi mamá estaba profundamente triste, muy deprimida, y yo buscaba a alguien que me pudiera apoyar.»

Como muchos de los jóvenes que llegaron hasta El Bosque, Juan Carlos Cruz desde niño había pensado en ser sacerdote. «Pasaba metido ayudando a los pobres y cuando mis hermanos iban

[5] En la entrevista de *El Mercurio*, del 19 de febrero de 2011, identifica al periodista Juan Hebell, quien trabajó en el Arzobispado de Santiago en ese periodo.

a jugar fútbol los sábados, yo visitaba las poblaciones para ayudar y eso me llenaba el alma.»

Los Cruz Chellew vivían en la calle La Pastora, en el barrio El Golf, detrás de la Municipalidad de Las Condes. «Ahora es un banco, creo. Me fascinaba todo eso, y el Saint George, adonde volví, a pesar de que hubiera estado intervenido, mantuvo un sentido de solidaridad social que para mí era fundamental.»

Juan Carlos Cruz «probó» con todos los movimientos religiosos que captaban a los estudiantes de su círculo. «Fui al Opus Dei, pero no le di una oportunidad. Tenía amigos del colegio Tabancura que me invitaron a alguna reunión, pero después les dije que no. Iba a retiros a Schoenstatt con el colegio, porque nos prestaban el santuario de La Florida. Me gustaba mucho esa espiritualidad, pero tampoco funcionó. No sabía por dónde buscar, porque todo esto lo hacía solo y me sentía muy desvalido.»

Hasta que en estas búsquedas solitarias, cuando tenía dieciséis años, alguien le dijo un día: «Oye, anda a El Bosque». Me contaron que «estaba llena de jóvenes, y que había un cura súper "choro" que hablaba muy bien y que era santo. Y fui».

Un miércoles, a las siete de la tarde, llegó a la parroquia de El Bosque.

—¿Qué pasó allá?

—Me «conejearon» altiro. «Conejear» significa que te hablan y te engrupen para que uno se meta.

—¿Le dicen así?

—Sí, claro. «Conejéate a este o a este otro.» En El Bosque está lleno de denominaciones.

—¿Eso ocurría dentro de la parroquia?

—Sí, adentro. Yo llegué a la reunión de los seminaristas y de otros jóvenes de la Acción Católica cercanos al padre. Me «conejearon» y yo me dejé, porque me hablaban de este «santo» que me iba a encantar.

Ese día lo recibió un joven, ahora sacerdote, Antonio Fuenzalida. «Era del Tabancura, pero renegaba de su colegio y me decía

que hasta que llegó a El Bosque no había sido feliz. Me "conejeó" y me habló maravillas del santo padre Fernando.»

A su vez, Juan Carlos Cruz llevó a tres amigos del colegio Saint George: Jaime de la Barra, Germán Donoso y Alejandro Foxley Tapia, el hijo del ex ministro de Hacienda. Ellos fueron dos veces y dijeron «nunca más», cuenta Cruz. Al final, él se quedó solo «y mis amigos salieron corriendo, así es que hasta hoy los felicito por la suerte que tuvieron».

«No le digas a nadie»

Después de un tiempo, Juan Carlos Cruz se atrevió a acercarse a Karadima:

—Oiga, padre, me gustaría hablar con usted, siento que tengo vocación —le dijo con timidez el joven.

—Pssh, no le digas a nadie, quédate callado —respondió el sacerdote, haciendo un gesto con el dedo sobre los labios.

Pasó un tiempo, en que Juan Carlos sentía que el cura no lo pescaba. «Me iba del colegio con mi corbata azul con amarillo del Saint George y me paraba a esperarlo. Él me decía "puedes venir tal día a las cuatro". Yo iba y no me atendía. Y volví varias veces hasta que un día me recibió.»

En esa primera conversación, el joven le explicó a Karadima que había muerto su papá, que siempre había tenido vocación y que quería ser sacerdote. «Estaba ilusionado con que este santo me hablara», cuenta.

—Me han dicho que usted como que se encarga de eso —le señaló Cruz con ingenuidad.

—Sí, tú tienes vocación, pero quédate muy calladito, y no le digas a nadie y menos a los curas de tu colegio —respondió Karadima.

Por esos días, no eran muchos «los curas del colegio» a los que Juan Carlos Cruz podía contar su historia, porque el Saint George había sido el único establecimiento particular intervenido

tras el golpe militar. Y recién en ese tiempo el gobierno lo había devuelto al Arzobispado de Santiago, pero solo habían regresado uno o dos sacerdotes de la Congregación Santa Cruz (Holy Cross). Quizás esa ausencia de religiosos en su propio colegio lo hizo ir a buscar en otros lados el apoyo que necesitaba.

Siguiendo su manual, Fernando Karadima fue categórico con Juan Carlos, como lo había sido unos años antes con Lucho Lira:

—De ahora en adelante, te confiesas nada más que conmigo. Yo soy tu director espiritual, tú tienes que ser obediente, porque la obediencia es clave y si el diablo se mete, lo primero que rompe es la obediencia. Si yo veo algo blanco, tiene que ser blanco, aunque tú lo veas negro —sentenció el cura, según recuerda Cruz.

—Sí, padre —respondió sumiso el muchacho.

Hoy, treinta años después del inicio de la pesadilla que lo acompañó durante su vida, Juan Carlos Cruz levanta la vista. Mira de frente con sus ojos claros y comenta: «Y eso lo ha dicho públicamente, cuando habla de la obediencia al director espiritual. A veces esto se lo ha achacado al padre Hurtado. Yo dudo de que el padre Hurtado tuviera el mismo concepto de obediencia. Pero en ese momento le respondí, "bueno padre, sí, no se preocupe". Salí casi bailando. Que este padre santo quisiera ser mi director espiritual, no podía ser mejor. Y me invitó para ir a las reuniones desde el día siguiente».

De puro contento, Juan Carlos no se aguantó y «le conté a algunos amigos más cercanos que el Señor me llamaba para ser sacerdote. Me dediqué a esparcir por el colegio todo lo que aprendía en El Bosque. Lo que decía el padre Fernando era la verdad absoluta y en mi mente se forjó lo que todos los demás «secretarios» me habían dicho: El Bosque y la fidelidad al padre Fernando eran la única y mejor ruta para encontrar la santidad y que los movimientos y demás comunidades estaban llenos de problemas, y no entendían la forma tan simple de ser santo».

Recuerda que a Karadima no le gustaba que le dijeran de qué colegio eran ni que participaran en actividades organizadas por

los sacerdotes de los respectivos establecimientos. «Yo, sin embargo, me llevaba muy bien con los sacerdotes de la Holy Cross y los diocesanos de mi colegio, así es que siempre seguí siendo amigo de ellos. Muchas veces, claro, no estaba para nada de acuerdo en cómo ellos hacían las cosas, pero lo dejaba pasar aunque en mi interior los juzgaba y me daba pena que "el diablo los hiciese hacer tantas cosas equivocadas", como me aseguraba Karadima», señala Juan Carlos Cruz.

Sus amigos del San Ignacio —dice— «no podían darle ningún crédito a los jesuitas; mis amigos del Tabancura, ningún crédito al Opus Dei; mis amigos del Verbo Divino, ningún crédito a los padres del Verbo Divino». Según Karadima, agrega, «había que temer a los Legionarios, que estaban organizando su movimiento en Chile. Los Legionarios de Cristo habían abierto su casa cerca de la parroquia y eso le molestó mucho».

El grupo de «los zapatitos»

Fernando Karadima tenía en ese tiempo cincuenta años. Cruz lo recuerda como «muy dinámico, carismático, rodeado de tipos buena pinta, altos y bien vestidos».

Empezó a ser su director espiritual y el joven trataba de confesarse una vez a la semana con él. «Nos metió a un grupo secreto que se llamaba "los zapatitos"». Es otro de los tantos términos de la jerga interna que usaban en El Bosque. Venía del dicho popular «donde te aprieta el zapato».

Karadima decía: «Te aprieta el zapato o algo así y significaba que tenías vocación. El nombre clave era entonces "el grupo de los zapatitos"; éramos los que podríamos entrar al Seminario, pero que estábamos como en barbecho», recuerda Juan Carlos.

—¿Qué hacían?

—Nos juntábamos con él y decía «a ver el grupo zapatitos», y entrábamos a una reunión privada. Hablábamos de espiritualidad, no necesariamente con él, sino entre nosotros. Leíamos algún libro,

algún texto, parte del Evangelio. Y todo en relación con que había que entregarse y ser fiel al director espiritual.

Hoy Juan Carlos Cruz ve esas conversaciones como «un constante lavado de cerebro; se trataba de endiosarlo a él, de reconocer que era el dueño de nuestra voluntad, porque Dios así lo quería y que Karadima tenía absoluto poder sobre nosotros, porque si no éramos desobedientes. Y eso era signo de que el diablo se te había metido».

—¿El diablo era un personaje siempre presente?

—Totalmente. Karadima se agarraba mucho de ese pasaje que creo es de una carta de San Pedro que dice que el diablo como león rugiente ronda buscando a quién devorar.

—¡Qué horror!...

—Sí, yo veía a Satanás, como sentado en mi cama. Entonces, ante cualquier mal pensamiento o cualquier falta que uno como adolescente cometiera, sentía que me iba a condenar.

Besos para Carlitos

No pasó mucho tiempo y Juan Carlos Cruz empezó a recibir los primeros «toqueteos» por parte de Karadima. «Tenía como diecisiete años y me hacía así: "Hola, m'hijito" [dice mostrando el gesto de tocar la zona de los genitales]. O te pegaba ahí y todos se reían».

—¿Ese era un saludo público dentro del círculo restringido?

—Sí. Y después empezaban también los besos. Me pedía «despídete de mí». Y cuando le iba a dar un beso en la cara, porque él me decía que él era mi papá, me corría la cara. Como se acababa de morir mi padre, él me decía «no te preocupes, tú ya tienes papá. Yo soy tu papá». Me llamaba «Carlitos», lo que a mí me daba una rabia tremenda. El cura me cambió el nombre. Me dijo siempre «Carlitos». Y delante de todos me llamaba: «Carlitos ven, ¿quién es tu papá?». Yo le respondía: «Usted, padre», y todos se reían. «Qué amoroso», comentaban. Era atroz.

Juan Carlos recuerda haber sido objeto de un trato especial por parte de Fernando Karadima desde fines de 1980 o principios de 1981. «La primera vez que me toqueteó era tal vez para ver cómo reaccionaba, como prueba.»

—¿A ti solo o a varios?

—A varios y públicamente. Así como «hola m'hijito» o «adiós m'hijito». De repente, te dabas vuelta y te pegaba como para que uno reaccionara y uno quedaba sorprendido, pero como los demás se reían, te envolvía el ambiente.

Un rito especial donde podía ocurrir de todo era la confesión. No solo les administraba este «sacramento» en el confesionario. En El Bosque, Karadima confesaba a sus seguidores en cualquier parte que él definiera. «En la pieza si estabas solo con él o en algún otro lugar. Por ejemplo, si estaban todos comiendo y te ibas a un rincón con él, te confesaba ahí, a vista y paciencia de los otros. Pero, normalmente, cuando estaba solo era cuando te toqueteaba. Él se acostaba en la cama, uno se arrodillaba al lado y él te ponía la cabeza en su pecho y tú hablabas con él.»

—¿Acostado él en la cama y con la cabeza tuya sobre su pecho?

—Sí. Y de repente te toqueteaba y te decía «párate». A mí no me manoseó como manoseó a Jimmy Hamilton, por lo que él me ha contado. Nunca me bajó el cierre. Me toqueteaba por fuera para que yo me excitara. Y me daba una vergüenza horrible, pero ahora sé que a los diecisiete, dieciocho o diecinueve años los chiquillos son unos toritos y cualquier cosa los excita. Y me decía: «¿Qué tienes ahí, Carlitos, pero qué es eso?», como riéndose. Después me invitaba: «Acércate». Y me tomaba la cara para que le diera un beso. Yo trataba de darle un beso en la mejilla para que fuera menos desagradable y me decía: «No, acércate, saca la lengüita». Y yo tenía que sacar la lengua y él la tocaba... Yo quedaba paralizado.

Señala Juan Carlos Cruz que sentía horror y una culpa espantosa. «Pero no sé cómo explicar que, por otro lado, lo consideraba un santo. Entonces yo mismo me mentía y decía "esto no pasó". Era una cosa tan rara, tan espantosa, que me cuesta hasta explicarlo.

Y me da rabia conmigo mismo. Porque en el primer momento debí haberle pegado una patada en los *cocos* y salir corriendo, pero no lo hacía. Me paralizaba. Y reaccionaba a sus toqueteos. Eso era lo más horrible.»

Tensión familiar

Juan Carlos Cruz vivió una tensa relación con su madre, como consecuencia de los «consejos» de su director espiritual. Karadima inducía el distanciamiento de los jóvenes con sus familias. «Yo me rebelaba en contra de todo lo que me dijese mi mamá o mi familia y me alejaba cada vez más de ellos. Karadima me hacía mentir, decirle adúltera a mi mamá y nos recibía como héroes si los papás nos castigaban o no nos hablaban. Si te echaban de la casa, era el triunfo máximo. Era como que a propósito me hacía pelear con mi familia para quedarse conmigo.»

Admite que era «una situación muy extraña, porque adoro a mi familia, sin embargo me peleaba más que nunca con mi mamá y mis hermanos. Ahora miro hacia atrás y no entiendo cómo me aguantaban. Era como que de verdad quería que me echaran de la casa. El asco que sentía hacia mí por permitir todo esta situación con Karadima me hacía inconscientemente encontrar formas para que ellos me odiaran y finalmente se deshiciesen de mí».

Tan angustiada estaba Lorraine Chellew, la madre de Juan Carlos, con El Bosque y Karadima, que llamó al cura por teléfono y le pidió hora para hablar con él. «Él me dijo, "Juan Carlos, tu mamá va a venir a hablar conmigo mañana". Me quedé helado, porque mi mamá nunca hacía ese tipo de cosas sin decirme. Sin embargo, ella estaba tan preocupada, que lo llamó, y acordaron verse al dia siguiente.»

Por sugerencia del cura, Juan Carlos no fue ese día a clases y llegó a la parroquia temprano. «Me pidió que me mantuviese escondido por si mi mamá llegaba antes de tiempo.»

Estaba asustado y «quería gritarle a ella por venir a meterse en algo mío. Karadima me decía que le dijera que era una adúltera porque salía con un hombre separado, y que si seguía así me iba a ir de la casa. Creo que fue demasiado para ella. Además, el ambiente en la casa se había vuelto una guerra constante y absolutamente insoportable, porque yo le daba la pelea todo el tiempo y cuando le contaba a Karadima, me decía: "Bien m'hijo, sigue así. Dile que es una adúltera". Él me decía que él era mi papá y que no me tenía que preocupar. Me daba un beso, y yo seguía pensando que él era la voluntad de Dios para mí».

Juan Carlos Cruz se sentía «héroe de las cruzadas», porque estaba «cumpliendo la voluntad de Dios» al pelear con su mamá. Admite que sus hermanos no lo soportaban «y mi pobre mamá ya no sabía qué hacer conmigo, porque yo siempre estaba llamándoles la atención porque consideraba que no eran buenos cristianos. Toda mi vida giraba en torno a Karadima y su voluntad».

—¿Cómo era la relación de los otros jóvenes con sus padres?

—Jaime y Gonzalo Tocornal cayeron en El Bosque y se apegaron mucho al cura. Su papá pasaba en el campo. Jaime entró al Seminario y Gonzalo tenía un conflicto en el sentido de que sus padres no querían que él fuera a El Bosque. Otro de los más cercanos, Jorge Álvarez, terminó viviendo en la parroquia. Jimmy y yo teníamos las situaciones que tú conoces. Diego Ossa pertenecía a una familia muy controladora, de acuerdo a la versión de El Bosque. Claro que —visto ahora—, igual que mi mamá, verían que le estaban llevando a sus hijos y los papás obviamente quieren protegerlos.

«El *modus operandi* de él era distanciarnos de la familia. Y nos dirigía nuestro comportamiento. Yo lo veía adoctrinando a alguno —"aleonando" en el lenguaje de El Bosque— sobre cómo tenía que hablar con su familia. Nos mandaba a "hacer teatrito" a la casa —así decía— y después volver», cuenta Juan Carlos Cruz.

Retiro en los benedictinos

Las imágenes del demonio se repiten en los recuerdos de quienes pasaron por El Bosque y han estado bajo el influjo de Karadima. De generación en generación.

Así también se observa en muchos de los testimonios que las salidas se han producido en «cámara lenta». A pesar de los abusos, de las imposiciones sobre obediencia y de las humillaciones que experimentaron. Retirarse y conquistar su libertad, para la mayoría, ha sido un proceso difícil, doloroso y largo. A veces muy largo.

Luis Lira dejó pasar doce meses desde el incidente en el dormitorio de Karadima, y el cura siguió siendo su director espiritual en ese tiempo. «Seguí pegado como un año», reconoce con su tono amistoso el diseñador que bajo la tutela de Karadima experimentó una crisis vocacional de proporciones que abarcó todos los aspectos de su vida.

Un día, en el verano de 1982, decidió ir a un retiro de tres días al monasterio de los benedictinos en San Carlos de Apoquindo, con el objeto de meditar sobre su situación y «a ver si cambiaba de dirección espiritual». Conocía al padre Gabriel Guarda, el superior de los monjes, porque era amigo de su padre. «Fue muy agradable la estadía allá arriba y me ayudó a reflexionar».

Tras mucho darle vuelta, tomó la decisión de dejar el Seminario y no seguir bajo la dirección de Karadima. Fue «muerto de susto» a conversar con él. «Me volvió a retar, me dijo que cómo se me ocurría, y me sacó a colación al demonio de nuevo. Insistió en que mi director espiritual era él y que tenía que hacerle caso solo a él». Pero, en esa ocasión, Lira le comunicó que no seguiría siendo su dirigido.

«Le dije "chao". Por supuesto se enojó. Para él era muy escandaloso que yo me saliera del redil», comenta.

—Recapitulando, ¿cómo ocurrieron las cosas que te llevaron a tomar la decisión de irte?

—Primero fue el manoseo. Después de eso seguí como dirigido espiritual durante el 82, que era mi cuarto año de Seminario.

En ese tiempo me puse a fumar de nuevo, ya no iba todos los miércoles a El Bosque, y me llegaban retos. Mi rendimiento académico no era el que tenía antes. Había una serie de cosas que me decían que eso hacía agua y no daba para más.

Pero su despedida final demoró todavía un tiempo. Antes optó por hacer de nuevo los ejercicios de San Ignacio «para confirmar que mi decisión había sido bien tomada y que no tenía vocación ni para cura ni para monje ni para nada». Los efectuó con el sacerdote Juan Díaz, «quien se quedó sin vacaciones en el verano para atenderme a mí. Me hizo los ejercicios a mí solo en la casa de los novicios jesuitas que tenían en Hannover, en Ñuñoa. No recuerdo haberle contado esto del manoseo. No sé por qué razón. Tal vez porque yo no le hacía mucho caso a esto».

Entretanto, confiesa que le había tomado distancia a Karadima. «Me daba susto estar solo con él en su pieza.»

—¿Habías ido a su pieza con frecuencia antes?

—Sí, muchas veces. No me acuerdo si estábamos solos o no.

—¿Qué recuerdas tú de esa pieza?

—Era una habitación bastante cómoda, con su baño privado y tenía siempre muchas cosas nuevas, como equipos de música, cantidades interminables de casetes. Recuerdo que él no hacía nada. Todo el día empataba el tiempo. Nunca lo vi preparando una charla, tomando apuntes de algo o leyendo un libro.

—¿No les comentaba lecturas?

—No… Mi impresión es que era un gran burgués este cura. Le gustaba tener todo tipo de comodidades. Vivir en un buen barrio, tener su buen auto, estar bien contactado.

—¿Qué autos recuerdas que tenía?

—Un Volkswagen que según él era regalado por una fundación alemana, la Fundación Misereor, que se lo cambiaban cada tres años. Eso, a fines de los años setenta[6].

---

[6] La Fundación Misereor es una fundación de la Iglesia Católica alemana orientada a apoyar el desarrollo y luchar contra la pobreza y la inequidad social.

Sin saludos

Luis Lira se sintió liberado cuando dejó atrás El Bosque y el Seminario. Volvió a la universidad, está vez a Arquitectura en la Católica. Pero tampoco terminó. Dejó finalmente los estudios en 1985, el año del terremoto. «Tengo el síndrome de los cuatro años, duro cuatro años donde me meto», dice riendo.

Algunos de sus ex compañeros de la Pía Unión llegaron a obispos. Otros son párrocos de importantes parroquias de Santiago y se mantenían en el entorno más cercano a Karadima. Para ellos, el demonio se había apoderado de Luis Lira y no quisieron saber más de él.

—¿Qué recuerdas de tus ex compañeros? ¿Fuiste amigo de Andrés Arteaga en esos primeros tiempos de Seminario?

—No mucho. Conversábamos cuando nos íbamos en la micro para allá, de ida o vuelta, pero nunca estudié con él ni le pedí sus apuntes. Eran todos muy *yes man*. Cuando me salí, fui el primero de esa generación en descolgarme. Y fue un escándalo. Karadima les dijo a todos que yo estaba endemoniado, que no quería saber de nadie más que se saliera. Y después de mí se salió Sebastián Prado, hijo de la Paulina Ruiz-Tagle, que es Opus, una mujer encantadora. Y Sebastián, un siete también. Estaba un año más abajo que yo y se salió del Seminario seis meses después. Nos hicimos muy yunta los dos. Nos compramos unas motos y nos pusimos a estudiar en la universidad. Empezamos a hacer vida normal.

—¿Y de los otros compañeros qué puedes decir? ¿Cómo era Cristóbal Lira, el párroco actual de Lo Barnechea?

—Gente muy *yes man* de Karadima, muy piadoso, de rezar mucho. Hacía a pies juntillas todo lo que dijera Karadima, siempre lo defendía... Una persona como triste y cuando podía te echaba una talla pesada. No irradiaba ni felicidad ni paz; era muy cumplidor, muy machaca, muy moralista.

—¿Es pariente tuyo?

—Sí, pero no muy cercano. Él es hijo de Samuel Lira, el que fue ministro de Minería de Pinochet, y de Magdalena Salinas.

—¿A qué otros recuerdas?

—A Rodrigo Polanco, que llegó a ser rector del Seminario y ahora es vicedecano de la Facultad de Teología. Era buen alumno, pero muy neurótico, muy perfeccionista. En el Seminario, como rector echó a la mitad de los profesores y a la mitad de los seminaristas. Juan Debesa, que es disidente de El Bosque, me contó que cuando llegó Polanco lo echó después de hacer clases durante veinticinco años en el Seminario. Ese sí tenía vocación. Y está feliz y radiante, es muy buen amigo, muy divertido.

«Uno de mis compañeros, Jaime Tocornal Vial, el anterior cura párroco de Barnechea» —dice Luis Lira—, «no me saluda. Hace un tiempo nos encontramos en un funeral de la mamá de un amigo mío, Sergio della Maggiora, que era cura de El Bosque. Y cuando estábamos esperando que llegara el féretro, vi a Tocornal conversando con Antonio Fuenzalida, también de la Pía Unión. Y me acerqué a saludarlo. Aun en el contexto de un funeral, donde se supone que hay un cierto respeto, cuando vio que yo me venía acercando, se corrió».

Con Karadima, Luis Lira se encontró una vez a la salida de un edificio en Providencia, después de quince años. Iba solo y Lira también. No se hablaron.

Lo vivido en la parroquia había quedado para él como un terrible recuerdo. Hasta que un día supo que vendría una denuncia. Aceptó ser entrevistado en TVN. Y solicitó voluntariamente comparecer ante el fiscal Xavier Armendáriz, «pues quizá mi testimonio puede ayudar a esclarecer los hechos que se investigan», dijo en el tribunal de la nueva justicia. Por la misma razón aceptó gustoso entregarme para este libro sus vivencias de esos tiempos en que frecuentaba la iglesia colorada. «Mis motivaciones son el prevenir que no haya más víctimas de abuso sexual y psicológico, al menos de parte de Karadima», indica con firmeza.

Capítulo V

JUAN CARLOS Y EL TEJADO DE VIDRIO

El periodista Juan Carlos Cruz Chellew, director corporativo de Manpower Internacional, no trepida en calificar la historia de Fernando Karadima como «la mayor red de poder y abuso que hemos visto en la Iglesia Católica chilena». Por eso, cuando ya no esperaba mucho de su Iglesia —de la que sigue sintiéndose parte— se emocionó al conocer el fallo del Vaticano, el 18 de febrero. Su voz se quebró a través del teléfono cuando Canal 13 lo entrevistó ese día. Y no era para menos.

El solo hecho de que lo contactaran desde el canal que hasta mediados del año pasado controlaba la Pontificia Universidad y que apenas daba informaciones sobre este caso, marcaba una diferencia. Era su amiga de toda la vida, Pilar Rodríguez, la editora que se trasladó de Televisión Nacional al Trece después de la compra del grupo Luksic, junto al director de Prensa, Jorge Cabezas, quienes trataron de tomar el primer contacto con él, y lo lograron. Ya el peso de Andrés Arteaga, su antiguo conocido, que además de obispo auxiliar fue hasta el 7 de marzo vicegran-canciller de la Pontificia Universidad Católica, había disminuido. Esta vez no habría lugar para la censura en el denominado «canal católico», donde la universidad mantiene un 30 por ciento de las acciones. La voz de Roma era clara.

Su entereza y la necesidad de terminar con los abusos llevó un año antes a Juan Carlos Cruz a contactarse en Estados Unidos con organizaciones que ayudan a las víctimas en este tipo de situaciones y a aceptar entregar su testimonio en el *New York Times*, la CNN y a Televisión Nacional de Chile. Sus amistades

y contactos fueron decisivos para que su caso y el de los otros acusadores de Karadima salieran a la luz pública.

«El abuso sexual que se ha dado en mayor o menor grado en las distintas personas es espantoso y no tiene nombre. Pero también hay otro asunto que puede no advertirse, porque uno se queda impactado por el abuso, los toqueteos y toda esa cosa, pero la red de poder que se ha establecido es astronómica», me decía Juan Carlos Cruz hace unos meses.

Contra todo eso ha batallado este ejecutivo de la importante transnacional que, tras la abrumadora pesadilla vivida en Chile, decidió tomar otros rumbos y se fue a vivir a Estados Unidos. Pero debieron pasar años antes de que se decidiera a dar los pasos que lo han llevado a ser la persona que es hoy, tanto en lo humano como en lo profesional.

Las regalías del «santo»

Juan Carlos Cruz calcula que Jimmy Hamilton llegó a El Bosque un año y medio o dos después que él, al comenzar los ochenta. En la parroquia se toparon y «nos caímos súper bien desde el principio. Jimmy, con sus estudios de Medicina, estaba muy ocupado durante el día y lo veía en las noches y los fines de semana. Él tenía más cercanía con el cura», cuenta.

—¿De todos ustedes era el más cercano?

—De los cuatro que presentamos las denuncias, sí, claro, porque fue presidente de la Acción Católica, porque estuvo tantos años y porque yo me fui al Seminario. Los otros estuvieron por periodos más cortos.

—¿Qué captabas tú en ese tiempo?

—Yo captaba bastante. Cachaba lo que me pasaba a mí y que a ellos algo les pasaba, porque los golpecitos en los genitales eran públicos y nos ocurrían a todos; los besos más «cuneteados», como los definió el fiscal —porque tú le dabas un beso y corría la cara—, y los más privados, como cuando decía «saca la lengüita»,

se daban cuando uno se quedaba solo en la pieza con él. Yo veía las cosas que veíamos todos, pero a Jimmy lo veía quedarse solo con él en la pieza.

Según Juan Carlos Cruz había otros predilectos que han estado entre los incondicionales de Karadima. «Pasaba mucho con Gonzalo Tocornal, que se quedaba solo con él, o con Juan Esteban Morales, el actual párroco de El Bosque, para qué decir…»

—¿Morales estaba entre los favoritos desde ese tiempo?

—Absolutamente. Él estudiaba Medicina y le tomaba la presión a cada rato. Siempre le han gustado mucho los médicos.

—¿Y cómo era esto de que le decían «santo» a Karadima?

—Uno a él le decía «santo» o «santito». No solo se hablaba de él como «el santo dijo» o «el santo quiere», sino que muchos le decían «oiga, santo, lo llaman por teléfono». Y, como te he contado, algunos le decían «rey». Y él nos decía a nosotros «ustedes son mis regalías».

—¿Mis «regalías»?

—Sí, «mis regalías». Nos decía: «¿Cómo están mis regalías?». O «ven, regalía». Ese tipo de cosas. Y él tenía sus «regalías máximas».

—¿Quiénes eran?

—La máxima «regalía» a nuestros ojos en esa época era Juan Esteban Morales. Antes había sido Jorge Álvarez, médico pediatra, pero fue menos, aunque retomaba su sitio cuando llegaba. El cura lo endiosaba absolutamente y él lo sabía. También era un tipo buenmozo, rubio, de ojos azules.

—Era bastante usual ese perfil entre sus «regalías»…

—Sí, a él le gustan los rubios con ojos azules. Es su *target*, pero también había entre los preferidos algunos morenos, como Diego Ossa o Juan Esteban. Si llegaba Juan Esteban, su regalía máxima, nos teníamos que ir todos de la pieza. El mismo cura nos echaba y se quedaba solo con él.

—¿Decía que tenía que conversar con él?

—Es que era tan normal ya, que no necesitaba decir nada.

—¿Morales era su regalía máxima incluso cuando estaba Jimmy?

—Jimmy también era de las regalías máximas, lo mismo que Gonzalo Tocornal y Jorge Álvarez.

Recuerda Juan Carlos Cruz que «dentro de los más encumbrados y más cercanos miembros de la Acción Católica» había todo tipo de rangos: «Los que entraban a la pieza, los que salían con él por el fin de semana o los que viajaban con él».

Ensayos y agradecimientos

Y en esa «organización» cada uno sabía dónde estaba ubicado y lo que le correspondía hacer en el día a día. No todo era rezar ni ayudar misas.

Dentro del séquito que siempre rodeaba a Fernando Karadima, sus jóvenes discípulos realizaban diferentes funciones, según el rango que les asignaba. «Estaban los que se iban después de la reunión, los que llegaban a tomar té, los que se quedaban a comer, los que entraban a la casa de su mamá —que vivía en una casa pegada a la parroquia—, los que entraban a su pieza, los que le hacían su cama, los que le daban los remedios, los que se iban un poco más temprano, los que se quedaban hasta que se dormía y los que llegaban al día siguiente temprano, y empezaba todo de nuevo», describe Juan Carlos Cruz.

Karadima salía de su pieza tipo nueve y media de la mañana y lo tenían que estar esperando a la salida de su habitación, cuenta. «Normalmente éramos desde uno hasta tres. Corríamos con él por los pasillos de la parte interior de la parroquia hasta llegar a la puerta trasera de la casa de su mamá», señala. El cura acostumbraba tomar desayuno con su madre y los jóvenes debían esperarlo de nuevo para «volver a su pieza corriendo tras él», y decidía «quién lo acompañaría a hacer las compras de música, al doctor, a ver a algún sacerdote o a esperarlo mientras iba a la reunión de decanato. Los de más confianza íbamos con él o nos

quedábamos haciéndole la pieza, ordenando, haciendo la cama, barriendo, limpiando».

Juan Carlos Cruz indica que entre las costumbres de la parroquia era fundamental el reconocimiento explícito que debían dar los discípulos a su director espiritual.

Cada vez que iba un sacerdote de la diócesis a dar una charla a El Bosque, «había que hacer un ensayo general y se determinaba quién hablaba». Era habitual que Karadima invitara a sacerdotes «que criticaban a la parroquia para que escucharan de primera mano las maravillas contadas por los mismos jóvenes. ¡Para qué decir cuando venía un obispo o el propio arzobispo! Los ensayos generales eran brutales y pobre del que dijese algo estúpido o se le olvidase mencionar al padre», cuenta Cruz.

Recuerda que «siempre había que decir que el padre se quedaba hasta altas horas de la noche confesando y dirigiendo espiritualmente. Que estaba solo y que, sin embargo, lo hacía sin ninguna queja y un sinfín de maravillas más».

Con la mirada de hoy, Juan Carlos anota: «Yo no sé por qué no me chocó tanta mentira. El padre no se quedaba nunca confesando hasta tarde, después de las reuniones se iba a comer a la casa de alguien o comía con todos en el comedor gigante de la parroquia, y después él y solo los elegidos subían a su pieza a ver televisión».

Afirma el periodista que vio caer en desgracia a mucha gente por no cumplir los designios del cura. «En muchos casos esto era para siempre, y en El Bosque decían que "estaba con el demonio". Si se trataba de uno de los preferidos, se te aplicaba la ley del hielo por unos días para que te sintieras muy mal. Las palabras que todos temíamos del padre Karadima, eran: "Te quiero mucho m'hijito, pero te he perdido la confianza". Eso era peor que la condena al Infierno».

«Uno luchaba por mantener la cercanía con el padre y cosas como esa te hacían descender en el escalafón», indica Juan Carlos Cruz. «Además, como estabas en desgracia, todos tus amigos te

trataban como tal. Era verdaderamente terrorífico vivir algo así, porque todo lo que uno buscaba lograr se destruía. Sin embargo, después de salir de ese estado, se te decía que esto ayudaba a la humildad».

Un romance que no fue

El extraño ambiente que se vivía en El Bosque producía inquietantes sensaciones. Para Juan Carlos Cruz, después de los toqueteos y los besos «cuneteados» que empezaron en 1981, las cosas fueron de mal en peor.

Confundido entre su afán por ser sacerdote, sus dudas sobre su sexualidad y el amor que creyó sentir por una niña que frecuentaba la parroquia, el joven confiaba sus problemas a Karadima en busca de orientación.

«María Angélica Errázuriz Gubbins era preciosa, un año menor que yo. Ella estaba en tercero medio en Las Ursulinas y yo en cuarto medio en el Saint George. A mí me encantaba, me moría por ella. De ahí mi confusión», cuenta Juan Carlos Cruz.

«Era obvio que los dos nos queríamos, pasábamos juntos. Yo le pregunté al padre, mi director espiritual, su opinión, porque yo quería pololear con la Angélica y estaba seguro que ella me iba a decir que sí.» Pero —dice— «era tan increíble la manipulación que ejercía Karadima que me respondió que no era la voluntad de Dios, que yo tenía que conservar mi vocación sacerdotal». Por su parte, María Angélica le dijo al cura que ella quería pololear con Juan Carlos. «Pero él, a su vez, le señaló que no era la voluntad de Dios para mí ni para ella. Y le propuso que pololeara con Diego Ossa, mi mejor amigo en ese momento.»

—¿Manejaba a ese nivel las relaciones de ustedes?

—Todo, absolutamente. Dentro del grupo íntimo comentaba, por ejemplo, «la Angélica creo que quiere a Diego...» y para mí era un dolor grande, porque a mí me gustaba y él sabía que a ella yo le gustaba, pero insistía en que «no era la voluntad de Dios».

Pero como a María Angélica tampoco le gustaba Diego, no pololeó con él. «Después se la presentaron a Enrique Uribe, un abogado, amigo de Roberto Ossandón, de Juan Pablo Bulnes, como doce años mayor. Y a los diecinueve años se casó. Estuvo veinte años casada y tiene unos hijos maravillosos. Después se separó y se anuló», relata Juan Carlos.

Dice el periodista que Karadima lo confundía, lo dominaba y le ponía trabas a su relación con Angélica, pero a la vez lo amenazaba con el tejado de vidrio por su posible homosexualidad. «Para mí habría sido bien sano pololear y experimentar como cualquier adolescente, pero él no me autorizaba. Y después, confesándome en su pieza, seguía con sus prácticas...»

Hoy Angélica Errázuriz es una de las mejores amigas de Juan Carlos. La ve cuando viene a Chile y ella, que conoció El Bosque por dentro en sus años adolescentes, le dio todo su respaldo en la denuncia contra el ex párroco.

—¿En qué momento te diste cuenta de que eras homosexual?

—Hasta el momento de mi amor por la Angélica no había hecho nada gay, pero tenía pensamientos en ese sentido. Vine a salir del clóset el año 1995. Era un conflicto espantoso para mí. Fue de las cosas más difíciles de mi vida. Desde la época de Karadima tenía algunas dudas y profundos conflictos. Estaba asustado y eso me sobrepasaba. Le conté a él cosas que las usaba en contra mía. Y me decía que tenía «tejado de vidrio». Él siempre usaba eso, pero cuando se puso peor el asunto fue después de una situación que ocurrió cuando yo tenía unos dieciocho años.

Bajo amenaza

No recuerda si había terminado el colegio o estaba por salir, cuando una noche en 1981 estaba con otro joven —de nombre Guillermo—, quien «tenía por lo menos doce años más que yo. Era muy cercano al cura, un tipo de buena pinta, alto, de buena familia, y el cura se fue a comer con tres integrantes de la Acción

Católica, como hacía siempre. Y como yo ya estaba en el círculo interno, me dijo: "Tú y el Guille me van a buscar a la comida". Él siempre hacía eso; llegaban dos o tres a comer y cuatro o cinco a buscarlo. Entonces las dueñas de casa sabían que debían tener algo para darle al séquito que llegaba después».

—¿Siempre eran jóvenes los del séquito?

—Sí, en su tiempo lo formaban Andrés Arteaga, Juan Barros, todos ellos actualmente obispos o curas, y en mi época, Juan Esteban Morales, Diego Ossa, Gonzalo Tocornal y yo, entre otros.

Karadima había arreglado dentro de la casa parroquial una de las piezas que usaban los curas, con un baño, para que dispusieran de ella los jóvenes. «Me quedé con Guillermo en esa pieza. Creo que no había televisión, pero estábamos echados conversando. Yo era trece años menor que él, lleno de dudas, y él me empezó como a hacer cariño, a manosear... Nunca me había pasado nada parecido y se me vinieron las culpas más horribles. Para mí esto significaba las penas del Infierno. Y le pedí que nunca le contara a nadie.»

A los pocos días, sin embargo, el joven se sintió traicionado cuando Guillermo le dijo: «Le conté todo al padre y él ya me dio la absolución, pero quiere que tú te confieses con él». Juan Carlos no paraba de llorar. Angustiado, se fue a confesar con el cura. «Me preguntó: "¿Pero Carlitos, qué pasó?". Yo seguía llorando, con hipo. Y le decía: "Espero que esto no afecte mi vocación". Él me respondía: "Cuéntame cómo lo hicieron", y me hacía preguntas para averiguar detalles: "¿Y derramaste tú? ¿Y Guillermo derramó?". Yo quedé para adentro. Después de decirme que lo que habíamos hecho era una "falta a la pureza", me dio la absolución. Pero yo me quería morir.»

—¿No siguió la historia con Guillermo?

—No, yo me alejé totalmente. Él se casó, ya más viejo.

Después de ese episodio, «la vida siguió normal, pero muchas veces me ocurrió que mientras estaba yo conversando con alguien, Karadima con Guillermo me miraban y se reían

burlonamente. Incluso el cura gritaba en voz alta de un lado a otro del comedor, "¿Carlitos, qué pasó?", y Guillermo lo celebraba», cuenta Juan Carlos Cruz, quien con esa alusión se sentía humillado y muy extrañado de que su secreto de confesión fuera ventilado de esa forma.

«Se me tiró al dulce»

En su declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz, Guillermo Ovalle Chadwick, agricultor de 56 años, afirma que frecuentó la parroquia El Bosque entre 1976 y 1993, cuando se fue a vivir fuera de Santiago, «pero hasta hoy asisto esporádicamente y tengo buenos amigos allá»[1].

Defensor acérrimo del «padre Fernando», a quien caracteriza como «una persona muy correcta, que ejerce en una buena forma su ministerio sacerdotal», asegura que no puede creer las acusaciones «que se han levantado en su contra». Su experiencia con Karadima ha sido totalmente distinta, según manifestó al fiscal. Lo percibe —asegura— como «un hombre de bien y que ha despertado muchas vocaciones debido a la intensidad con que se ha entregado todos estos años a su labor sacerdotal».

Niega que el ambiente de El Bosque haya sido de «gente sometida o privada de voluntad». Y, por el contrario —señala en su declaración—, «toda persona que va allá puede ejercer su libertad y seguir los caminos que libremente elija».

Indica Guillermo Ovalle que conoce a James Hamilton, y no entiende su comportamiento. «Ha tenido problemas en su vida y eso puede explicar su actitud de levantar las acusaciones que ha hecho», mencionó. No obstante, ante la pregunta del fiscal respecto de si lo consideraba una persona mentirosa cuando lo conoció, respondió que no.

---

[1] Declaración de Guillermo Ramón Ovalle Chadwick, nacido el 3 de marzo de 1953, casado, agricultor, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz.

En su declaración, Guillermo Ovalle admite haber conocido a Juan Carlos Cruz, y a continuación intenta una explicación que parece poco sostenible, considerando la diferencia de edad entre los protagonistas del episodio vivido en El Bosque: «Una vez se me "tiró al dulce", lo que le conté al padre Karadima». Lo curioso es que agrega: «Tampoco, aparte de esto, tenía de él una imagen de una persona mentirosa».

Más complicaciones

Un tiempo después, a fines de 1982 y comienzos de 1983, Cruz vivió en El Bosque otra historia que contribuyó a hacer más frágil «el tejado de vidrio» aludido por Karadima.

Juan Carlos Cruz se hizo muy amigo de Gonzalo Tocornal Vial, el presidente de la Acción Católica de entonces. «Como Gonzalo tenía problemas en su casa, porque lo fregaban porque pasaba todo el día en la parroquia, Karadima lo mandaba a "hacer el teatrito". Gonzalo y yo nos empezamos a acercar, me pedía que lo acompañara a Buin, a su campo, y yo lo acompañaba», cuenta Juan Carlos.

Y confiesa que «me empecé a dar cuenta de que nos gustaba estar juntos. Yo lo esperaba que saliera de la pieza del cura a las dos de la mañana y él me llevaba a mi casa, porque vivíamos al lado. Hasta que el padre me convidó a ir a Europa con él».

El asunto continuó durante unos meses, pero «nos provocaba conflicto lo que nos estaba pasando. Y, a la vez, pensábamos ser curas. Tenía una tremenda confusión y Karadima me confundía aún más. Hasta que un día Gonzalo me dijo: "Me confesé y le conté todo al padre Fernando". Si lo de Guillermo había sido horrible, para mí esto lo superaba aún más. Sentía que se acababa mi vida. Fui donde el cura otra vez angustiado. Y me empezó a preguntar de nuevo las mismas cosas y qué hacíamos. Después me señaló: "Esto es muy grave, Carlitos, pero continúa siendo humilde y obediente, y creo que por ahí a lo mejor se solucionará", y me dio la absolución».

Juan Carlos se sentía desesperado. Yo dije: «Ah, aquí me echaron de la parroquia, que era mi vida y mi razón de ser en esa época». Karadima no lo echó, pero cada vez que podía le recordaba que tenía «tejado de vidrio». Pasó a ser este secreto de confesión el arma de chantaje para someter al joven de diecinueve años que aún soñaba con ser sacerdote.

Negaciones y careos

Nieto del connotado empresario Carlos Vial Espantoso, Gonzalo Tocornal era uno de los preferidos de Karadima. Presidió durante varios años la Acción Católica y hasta hoy se mantiene cercano a la parroquia. Su hermano Jaime —sacerdote de la Pía Unión— estaba en esa época en el Seminario. Gonzalo Tocornal, Juan Esteban Morales y Jorge Álvarez eran considerados «rango número uno» en el entorno de Karadima al comenzar los ochenta.

Ingeniero agrónomo, casado y domiciliado en Vitacura, Gonzalo Alejandro Tocornal Vial, hoy de 49 años, declaró el 5 de mayo de 2010 ante el fiscal Xavier Armendáriz. En la oportunidad afirmó que desde que tenía diecisiete, a fines de los setenta, está vinculado a la parroquia El Bosque y «hasta el día de hoy voy a misa allá y a otras actividades como reuniones de matrimonios»[2].

En su declaración fue tajante: «Definitivamente no creo que sean ciertas las acusaciones que se hacen en contra del padre Karadima, dado que en todos estos años no he visto ni oído de nadie ningún comentario o circunstancia que me pueda llevar a pensar en interacciones sexuales del padre con nadie». Además, argumentó, «a la parroquia va mucha gente, él constantemente anda con varias personas y no es de encerrarse en privado con nadie». Y agrega que «cuando participaba más, iba a su pieza sin avisar y nunca vi nada inapropiado o que se pueda relacionar con lo que se investiga».

---

[2] Declaración de Gonzalo Alejandro Tocornal Vial, nacido el 26 de febrero de 1962, casado, ingeniero agrónomo y empresario, 5 de mayo de 2010, ante el fiscal regional Xavier Armendáriz.

Declaró que a quien más conocía de los denunciantes «es a James Hamilton, que le decimos Jimmy. Yo fui presidente de la Acción Católica antes que él, fuimos bastante cercanos, aunque hemos perdido contacto hace unos años», señaló Tocornal ante el fiscal.

Sin embargo, afirmó que su testimonio no le parecía creíble: «No me logro terminar de explicar por qué él puede haber inventado algo así; me lo explico porque Jimmy es de personalidad fuerte, manipuladora, bastante temperamental; lo relaciono con conflictos de él relacionados con el tema o la historia de su padre, su fracaso matrimonial, el hecho de que no fue sacerdote u otros conflictos semejantes». Aunque admite que «en todo caso, para ser exacto, nunca vi que fuera una persona mentirosa ni tampoco creo que lo mueva un interés económico, lo veo como conflictos personales de él».

El párrafo dedicado a su antiguo amigo Juan Carlos Cruz apunta en el mismo sentido: «Lo conozco, iba a la parroquia y trató de ser sacerdote, fuimos amigos un par de años». Lo calificó de «algo infantil» y «de poco carácter». Y agregó: «No sé por qué habrá dicho lo que señala como abusado por Karadima, aunque no era mentiroso, ni tampoco veo que busque dinero con esto. Él se fue a vivir a Estados Unidos, donde entiendo se siente más cómodo para hacer su vida. No me parece que haya sido amigo de Hamilton».

Nada dice de la historia relatada por Cruz en su declaración referido al «tejado de vidrio» con que Karadima lo amedrentaba. Tampoco quedó registrada alguna referencia en el careo sostenido entre ambos el 11 de mayo de 2010 ante el fiscal Armendáriz. En la ocasión, Tocornal ratificó su declaración anterior: «Jamás he visto una conducta indebida del padre Karadima, ni alguna conmigo, menos que él diese golpecitos en los genitales a los jóvenes ni que diese besos indebidos o lo hiciese conmigo».

Regaloneos episcopales

Juan Carlos Cruz, sin embargo, confirmó lo que ya había denunciado el 7 de mayo de 2010 ante el fiscal: «La costumbre del padre

Karadima de tocar a los jóvenes en los genitales por encima de la ropa, incluso en público, era frecuente, y de dar besos medio "cuneteados". Eso vi personalmente que lo hizo con Juan Esteban Morales Mena —hoy párroco de El Bosque—, Diego Ossa Errázuriz, Jimmy Hamilton Sánchez, Gonzalo Tocornal Vial, Guillermo Ovalle Chadwick, Francisco Prochaska, Samuel Fernández Eyzaguirre y Hans Kast Rist. Lo que yo vi, lo hacía con jóvenes de su círculo más íntimo».

Esa mañana, horas antes de ir a declarar ante el fiscal Xavier Armendáriz, Juan Carlos Cruz me aseguró: «Yo lo vi besando a Juan Esteban y a Diego Ossa, y lo voy a declarar hoy en el proceso». Y así lo hizo.

En esa declaración menciona también Juan Carlos Cruz que a algunos los «regaloneaba», en el sentido de que «ponían la cabeza en el pecho de Karadima». Los aludidos son dos altas autoridades de la Iglesia chilena: Tomislav Koljatic Maroevic, obispo de Linares, y Juan Barros Madrid, actual obispo castrense.

«Tales conductas del padre Karadima efectivamente ocurrieron, era una costumbre suya, incluso con Gonzalo Tocornal acá presente», reafirmó el periodista en el careo[3] efectuado ante Armendáriz.

Gonzalo Tocornal replicó en esa oportunidad: «No es efectivo lo que escucho, respecto de golpecitos en los genitales ni a mí, ni a nadie que yo sepa. A lo más, el padre, en una situación de grupo, para apurarnos o algo semejante, me habrá dado un golpecito en el trasero, pero nada que fuese ni remotamente relevante».

Entre dudas y conflictos, y a pesar de su «tejado de vidrio», Juan Carlos Cruz logró finalmente entrar al Seminario Mayor de Los Santos Ángeles Custodios en Santiago.

---

[3] Careo ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, entre Gonzalo Tocornal Vial y Juan Carlos Cruz Chellew, 11 de mayo de 2010.

Seis jóvenes «listos»

Para Fernando Karadima, la designación del arzobispo Juan Francisco Fresno Larraín por Juan Pablo II, en mayo de 1983, fue motivo de alegría*. «Al nuevo arzobispo, un hombre bonachón y manipulable, se le consideraba "amigo de El Bosque". Y tras diversas reuniones y horas de politiquería se logró nombrar a uno de los discípulos de Karadima, Juan Barros Madrid, como su secretario personal», recuerda Juan Carlos Cruz.

«Juan Barros era uno de los cercanos a Karadima, no el preferido, pero bastante próximo y muy manejable», puntualiza Cruz. «Con eso, El Bosque adquirió acceso directo a todas las decisiones de la Iglesia de Santiago.»

Hacia 1984 —relata— había un grupo de unos seis jóvenes «que estábamos listos para entrar al Seminario. Karadima nos decía todo a último minuto, nadie podía hacer planes a futuro porque nuestro ingreso dependía de cuando "Dios lo dispusiese". Ese sería el día de nuestra entrada».

El grupo lo constituían Hans Kast Rist, Samuel Fernández Eyzaguirre, Javier Barros Bascuñán, Diego Ossa Errázuriz, Salvador Gutiérrez Isense y Juan Carlos Cruz Chellew.

Karadima continuamente invitaba a la parroquia a sacerdotes y «les mostraba a todos estos jóvenes listos, como él decía, estudiando carreras universitarias, de buenas familias… Le encantaba decir eso a todo el mundo. Sin embargo, nos seguía usando como un yo-yo político. Es decir, nos mostraba y decía todo eso, insinuaba que éramos increíbles vocaciones, pero que no nos mandaría al Seminario a no ser que cambiara todo. Se habló incluso de armar un Seminario nuevo, pero la idea fracasó».

Finalmente —cuenta— «nos invitaron a la casa del cardenal, donde nos presentó y le dijo a monseñor Fresno que ese sería

* El arzobispo Juan Francisco Fresno Larraín, que había sido arzobispo de La Serena desde 1967, reemplazó al cardenal Raúl Silva Henríquez. Fresno tomó posesión de su nuevo cargo en 1983. Fue arzobispo de Santiago hasta 1989, cuando renunció por razones de edad. Lo sucedió monseñor Carlos Oviedo Cavada.

el regalo de El Bosque a la Iglesia y al nuevo arzobispo. Pero, al mismo tiempo, le planteaba que había mucho que cambiar. El cardenal le aseguró que las cosas cambiarían. Había un nuevo rector, el padre Juan de Castro, a quien Karadima no quería nada, pero lo consideraba mejor que a Pereira».

En esa época entró como formador del Seminario Rodrigo Polanco, quien aún no se ordenaba sacerdote. «Polanco es desde ese tiempo uno de los cerebros detrás de la máquina de Karadima», según Juan Carlos Cruz, quien recuerda que Andrés Arteaga, otro de sus más significativos hombres de confianza, también se desempeñaba en esa función pedagógica.

Juan Carlos Cruz estaba feliz de que lo hubieran aceptado en el Seminario, «que Dios me hubiese llamado a algo tan grande. Sentía que tenía la vida por delante y una pasión increíble por entregarme a Dios, a la Iglesia. Me sentía seguro, pensaba que el padre Fernando velaría siempre por mí y que era cosa de echarle adelante y caminar hacia Dios».

En ese estado de ánimo, no tuvo espacio para una mirada más crítica. No le pareció extraño que le dieran instrucciones precisas para seguir en su nueva etapa. «Empezamos todo nuestro adoctrinamiento preSeminario. Se nos dijo que íbamos a estar controlados por Rodrigo Polanco, ya que él iba a vivir con nosotros como formador de todos los seminaristas de primer año en la casa del Propedéutico en Las Rosas. Se nos advirtió que la fidelidad a El Bosque y al padre Fernando debía ser incorruptible.»

Agrega que Karadima les explicó que tenían que escoger a un director espiritual en el Seminario. «Había cuatro opciones, pero nos dijo que solo podíamos elegir entre dos. Nos indicó que hablásemos con ellos solo de cosas generales de espiritualidad, pero nada sobre El Bosque, ni del padre Fernando, ni de nuestras cosas íntimas. Todo eso quedaba para los domingos, cuando fuéramos del Seminario directo a la parroquia y nos confesáramos con él.»

El ingreso de Juan Carlos Cruz y los otros cinco seminaristas al recinto de La Florida, en Walker Martínez 2020, fue finalmente el 5 de marzo de 1985. Esa tarde, cuando un terremoto sacudió la zona central de Chile, los jóvenes salieron corriendo de la Iglesia. Los vidrios rotos traspasaban como flechas los bancos de madera. Una nueva etapa se iniciaba así, enmarcada con extraños signos, en la vida de Juan Carlos Cruz.

Capítulo VI

CANTERA DE VOCACIONES

La oficina pequeña y austera del sacerdote que me recibe contrasta de inmediato con los salones y salitas de la parroquia El Bosque, donde hasta hace unos meses residía Fernando Karadima, rodeado de lujos y atenciones. El contrapunto habla de las diferencias que puede haber en la Iglesia Católica chilena. Tantas como la brecha que separa a los grupos económicos más poderosos de los sectores pobres del país. Lo curioso es que esta parroquia también se llama Sagrado Corazón. Pero no se ubica en Providencia, sino en la Alameda abajo, muy cerca de la Estación Central, en un populoso barrio santiaguino, entre edificios de poca altura mal cuidados y locales de cualquier cosa que compiten con los numerosos comerciantes callejeros.

Mi interlocutor tiene ochenta años, los mismos que Fernando Karadima, a quien conoció en la Facultad de Teología hace más de seis décadas. Es el padre Alfonso Baeza, ex vicario de Pastoral Obrera y después de Pastoral Social y hasta 2010 vicepresidente de Caritas Chile, uno de los pocos sacerdotes que no pidió *off the record* ni manifestó temores para conversar sobre el polémico cura de El Bosque, meses antes de que se supiera el fallo de Roma.

En su reducto en las dependencias parroquiales hay espacio solo para un escritorio, unos artesanales muebles con libros, su computador y dos sillas. En la muralla destaca un retrato del padre Alberto Hurtado.

Alfonso Baeza Donoso ya era ingeniero civil de la Universidad Católica cuando entró al Seminario a estudiar Teología a la misma UC. Recuerda que en su tiempo ingresaron muchos jóvenes con formación universitaria. Entre sus compañeros estaba el

sacerdote Mariano Puga Vega, que había estudiado Arquitectura y después se hizo «cura obrero». Y Juan de Castro Reyes, quien estudió Medicina antes de entrar al Seminario y después Psicología. De Castro llegó a ser decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica y en tiempos de Pinochet fue rector del Seminario y vicario de la Solidaridad[1]. Ambos provenían de los sectores más acomodados del país, lo mismo que el propio Alfonso Baeza, quien prefirió ser cura diocesano y no seguir los pasos de su hermano Francisco, uno de los primeros sacerdotes que el Opus Dei reclutó en Chile.

No era de esos Karadima. Ni por familia ni por formación universitaria el cura de El Bosque se parecía a Alfonso Baeza, a Mariano Puga ni a Juan de Castro.

De sorpresa en sorpresa

Alfonso Baeza recuerda que lo veía llegar a la Facultad de Teología de la Universidad Católica proveniente de El Bosque, a fines de los años cincuenta.

Para el ex vicario de Pastoral Social, conectado desde años con el mundo de la curia, fue una sorpresa gigantesca todo lo ocurrido con Karadima. Nunca había escuchado antes nada sobre abusos sexuales, en El Bosque, dice.

«No tenía idea de toda esta cuestión. Cuando una periodista me llegó a preguntar, casi me caí del asiento. Me lo topé este año, antes de que se denunciara esta situación. Nos vimos en el oculista, iba al mismo doctor que yo, en la Clínica oftalmológica

---

[1] Fray Juan de Castro Reyes nació en 1933, estudió en el Colegio de los Sagrados Corazones de Santiago. Tras egresar en 1950, entró a Medicina en la Universidad de Chile, donde estuvo hasta 1955, cuando ingresó al Seminario. Fue ordenado sacerdote en 1961. Se doctoró en Teología en Roma y posteriormente estudió Psicología. Fue decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica y profesor de esa facultad y de Teología. El cardenal Raúl Silva Henríquez lo nombró vicario de la Solidaridad y estuvo en ese cargo entre abril de 1979 y diciembre de 1983. Después fue rector del Seminario Mayor. En 2002 tuvo un cambio en su actividad religiosa y entró a la orden de los dominicos. Murió de cáncer en 2007.

Los Andes», dice Alfonso Baeza, quien gracias a los contactos de su hermano Francisco —explica— se atiende en ese centro vinculado al Opus Dei. «Y llegó Karadima mientras yo estaba esperando. Lo hicieron pasar antes que yo. Lo acompañaba un señor que hacía de chofer.»

También fue sorpresivo para Baeza que Karadima llegara a ser quien fue en términos de poder e influencia en la Iglesia Católica. Según él, no pintaba para eso en sus tiempos de estudiante.

Baeza entró a Teología en 1957. «Fernando era un tipo muy piadoso que siempre andaba con un rosario en la mano y en todos los temas poniendo a Dios en todas las cosas. Lo encontrábamos beato.» Pero confiesa que, en esa época, a ojos de sus compañeros no brillaba por su talento.

«Era un gallo muy sencillo», señala Alfonso Baeza. «Teníamos la impresión de que era poco dotado.» Por eso —dice— «la sorpresa para nosotros fue lo que pasó con él después, el poder que fue adquiriendo y la escuela que fue forjando».

Prehistoria de la Pía Unión

El presbítero Alejandro Huneeus había sido el brazo derecho del cardenal José María Caro, el primer cardenal que tuvo Chile, quien fue ungido en 1939, bajo el gobierno del presidente Pedro Aguirre Cerda. Alfonso Baeza conoció a Alejandro Huneeus, figura gravitante de la Iglesia chilena de esos años. «Don Alejandro, que era vicario general del Arzobispado, era un hombre de gran personalidad, y "muy piadoso".»

Baeza recuerda también que El Bosque «antes de ser parroquia era un hogar sacerdotal». La parroquia como tal nació en 1948. Su primer párroco fue monseñor Alejandro Huneeus y lo siguió su discípulo Daniel Iglesias Beaumont.

Según Baeza, la impronta piadosa de Huneeus —impulsor de la Pía Unión del Amor Misericordioso— caracterizaba a los sacerdotes de El Bosque. Además de Daniel Iglesias, que era profesor

de Sagrada Escritura, menciona a «Jorge Yacks, que fue capellán del hospital Barros Luco durante muchos años», y a otro sacerdote «que le decíamos El Pajarito Errázuriz».

Por esos signos insólitos que rodean esta historia, dignos de una novela de realismo mágico, hay dos sacerdotes que con el nombre de «Francisco Javier Errázuriz» han jugado un rol significativo en la vida de las víctimas de Fernando Karadima: el cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, y el confesor Francisco Javier Errázuriz Huneeus.

—¿El mismo Francisco Javier Errázuriz que ha vivido con Karadima todos los últimos años y que confesaba a los jóvenes? —le pregunto al padre Baeza.

—Debe ser ese. Uno delgadito, mayor que nosotros, era ya sacerdote en ese tiempo. En ese grupo tenía mucha influencia don Alejandro Huneeus.

Con cierta ironía acompañada de expresivos ademanes, Alfonso Baeza describe: «Todos eran de esos que andan con las manitos por aquí arriba [imita el gesto de cura con las manos juntas en actitud permanente de oración] o con el cogote ladeado [también hace el movimiento]. El Pajarito creo que debe haber sido Errázuriz Huneeus o algo así».

En efecto, Francisco Javier Errázuriz, el cura «Panchi», como lo conocieron después los jóvenes de El Bosque y los empleados de la parroquia, era sobrino de Alejandro Huneeus.

«El más suelto», a juicio de Baeza, era Daniel Iglesias, «que ya era cura y casi contemporáneo de don Alejandro». Mientras estudiaba Teología —aclara— Karadima vivía en El Bosque. «No estaba en el Seminario, sino en la Pía Unión. Yacks y El Pajarito y todos ellos eran parte de la Pía Unión e iban a estudiar Teología a la facultad de la Universidad Católica, como lo hacían los mercedarios o los de otras congregaciones».

Y agrega: «Así como nosotros íbamos desde Apoquindo, donde estaba el Seminario Mayor en esa época, ellos iban desde El Bosque, donde vivían como comunidad, a la Facultad de Teología

en La Alameda, frente a lo que es hoy el Centro Cultural Gabriela Mistral».

«Teníamos cuatro años de Teología», explica Baeza. «La diferencia que había entonces es que los del Seminario salían después de ese período y los que no lo eran, tenían que hacer una tesis».

Sentido de imitación

En prédicas y conversaciones, Fernando Karadima vinculaba su vocación al padre Alberto Hurtado, el segundo santo de la Iglesia chilena[2], con quien dice haber trabajado alrededor de diez años antes de iniciar sus estudios teológicos. El santo jesuita habría sido su «director espiritual» y, en cierto modo, este antecedente fue durante años un aval de presentación ante los jóvenes que llegaban a El Bosque en busca de orientación.

El padre Alfonso Baeza supo también «que había en él, consciente o inconscientemente, un sentido de imitación al padre Hurtado». Pero comenta que «el padre Hurtado no era tan dominante, a pesar de que se puede decir que generó un montón de vocaciones. El padre Hurtado fue famoso por sus retiros y las vocaciones que despertaba».

—¿Será cierta esa cercanía de Karadima con el padre Hurtado?

—Es posible que sí, pero no en cuanto a una preocupación más social, como la que puedo tener yo o muchos otros sacerdotes cercanos al padre Hurtado. Al parecer, Karadima toma el lado místico de un sacerdote muy piadoso que dirigía espiritualmente a mucha gente. Pero para nada el aspecto sociopolítico del padre Hurtado.

Alfonso Baeza también habla del padre Hurtado a los jóvenes, «pero cuando uno les habla del padre Hurtado les señala que su camino de santidad está relacionado con su aspecto social. He usado seguramente el otro lado de la moneda. Porque el padre

---

[2] La primera santa fue Santa Teresa de Los Andes, canonizada el 21 de marzo de 1993.

era un gran predicador de retiros, un gran director espiritual que influía en mucha gente, pero al mismo tiempo se jugó por la cuestión sindical, por los más débiles, fundó la revista *Mensaje*, él se preocupaba de la acción de la Iglesia en el sentido transformador del Evangelio y en conexión con la sociedad».

Cortados por la misma tijera

Hacia finales de los años setenta, el cardenal Raúl Silva Henríquez era arzobispo de Santiago y Alfonso Baeza era vicario de Pastoral Obrera. Fernando Karadima seguía en El Bosque, aunque todavía no era párroco. No obstante, ya se advertía como un cura con influencia. Se empezaba a hablar de los «Karadima *boys*», haciendo alusión a los «Chicago boys», tan mentados por esos años. Comenzaron en ese tiempo a entrar cada vez más jóvenes de El Bosque al Seminario. «Y jóvenes universitarios de esa clase alta que no son de mente muy abierta. En ese sentido uno llegaba a decir "alguna gracia tiene este gallo". Uno se extrañaba de tanta influencia».

«Lo que uno captaba y escuchaba es que todos los Karadima *boys* eran cortados por la misma tijera», dice Alfonso Baeza. «Todos los que son párrocos, por ejemplo, hacen una permanente referencia al padre Hurtado, pero en su parte más asistencial, no en la faceta en que fue conflictivo con la gente de la derecha, sino el padre Hurtado limpiecito, con el Hogar de Cristo, la piedad sacerdotal, la veneración a la Virgen María y la adoración al Santísimo, todo eso muy fuerte.»

Recuerda que un día, siendo vicario de Pastoral Obrera, visitó la parroquia San José de la plaza Garín, en la zona oeste de Santiago, y vio que al lado del altar tenían una capilla para el Santísimo en el tabernáculo. «Y había gente joven en adoración al Santísimo. Lo mismo que hacía Karadima en El Bosque. Y esto era en una parroquia muy popular. Me parece

que era Jaime Tocornal el que estaba ahí. Debe haber sido por el año 1980.»

Según Alfonso Baeza, todos los discípulos de Karadima son así. «En Santa Clara, donde estaba Javier Manterola, tenían el mismo estilo. Todos eran muy religiosos, pero no se metían para nada en la parte social, siempre separando, haciendo la dicotomía entre lo religioso y la realidad social. Eso es muy característico de ellos, aunque estuvieran en esas parroquias de sectores populares.»

—En los años setenta y ochenta, cuando empezaban a disminuir las vocaciones sacerdotales, el hecho de que Karadima fuera desarrollando esta fábrica de novicios, ¿lo hacía ser bien mirado por la Iglesia?

—Claro. Uno pensaba que si despertaba tantas vocaciones, eso tendría que tener algo de obra de Dios. Como él era tan devoto de la Virgen María y del Rosario —el Rosario y la adoración al Santísimo eran como sus dos bases fundamentales, según decía— y se empezó a ver esta proliferación de gente que entraba al Seminario, uno decía "algo tendrá que tener Fernando y no debe ser para nada de tonto ese gallo."

—¿Esa percepción la compartía otra gente dentro de la Iglesia?

—Creo que sí, porque nadie se atrevía a criticar a Karadima en ese tiempo, salvo que uno lo criticara pastoralmente, porque no entraba en la conflictividad social.

—¿Se advertía esa característica más espiritualista y conservadora del pensamiento de Karadima en ese tiempo?

—Sí, pero nunca he sido muy cercano a esa gente, yo no iba nunca al sector alto, así es que no tenía una percepción directa.

—¿No veían como un problema la posición conservadora y la influencia de Karadima dentro de una Iglesia que era más progresista?

—No, el problema tal vez empezó cuando comenzó a tener más autoridad en el Seminario. Nos empezó a preocupar a algunos de nosotros que tuviera tanta influencia. Y se fue generando

una división en el Seminario entre los que eran de El Bosque y los que no lo eran.

—¿En qué época?

—Desde los ochenta y hasta hace poco.

Influencia perdurable

Para Alfonso Baeza, una de las cosas que más llamaba la atención «es que la influencia de Karadima perdurara después de que los seminaristas ingresaban. Si yo ayudaba a alguno a entrar al Seminario, no seguía después con él. Podía irlo a ver o me iban a ver alguna vez, pero no existía esa dependencia tan grande. En cambio, entre estos "gallos" sí. Los seminaristas de El Bosque solo recibían instrucciones de Karadima y eso era muy impresionante. Y eso generaba distancia hacia los bosquianos».

El periodista Juan Carlos Cruz confirma las palabras del padre Baeza con sus propias vivencias. «Karadima había mandado ya a varios jóvenes al Seminario; los criticaban porque no se integraban, porque vivían para El Bosque y el padre Fernando, y no para la Iglesia de Santiago.»

Cuenta Cruz que él veía a los seminaristas de El Bosque ir y venir y reunirse con el cura incluso antes de que ingresara en el Seminario. «Como era de los que estaban cerca, escuchaba lo que decían. Él los "aleonaba" —término de El Bosque— y les decía cómo tenían que portarse. Cuando entré en el Seminario, viví las mismas cosas.»

Los seminaristas llegaban escondidos los miércoles a la parroquia —cuenta Cruz— y algunos sábados y domingos. «Siempre se iban en grupos chicos para que nadie los viera, y evitar así alimentar lo que ya se decía de ellos, que no se integraban.»

«Karadima hacía alarde —continúa Cruz— de que él mandaba los mejores seminaristas, que el Bosque era un hervidero de vocaciones y que quería hacer a la Iglesia de Chile arder con sus vocaciones por los cuatro costados. Que algún día estos jóvenes serían obispos y transmitirían todo lo que él les había enseñado.»

Tarjetas de negociación

Jimmy Hamilton, quien entró en El Bosque en 1983, también recuerda desde entonces que «Karadima mandaba sacerdotes al Seminario». Era su manera —dice— de tener un control. «Este es mi semillero, respétenme, yo corto el queque. Y si me molestan, no mando ninguno.»

«Eso ocurría —dice— en momentos en que las vocaciones sacerdotales escaseaban y Karadima mandaba de repente una oleada de siete jóvenes al Seminario para ser sacerdotes, lo que significaba que casi un tercio de los postulantes eran de El Bosque», indica.

Juan Carlos Cruz afirma que el cardenal Raúl Silva Henríquez, quien debió dejar su cargo de arzobispo de Santiago en 1983, nunca fue santo de la devoción de Karadima.

También recuerda esa tensión Jimmy Hamilton: «Entonces llegaba el cardenal Raúl Silva Henriquez a comienzos de los ochenta o el rector del Seminario y no les aceptaba ninguna cuestión. Si no, no les enviaba seminaristas o los sacaba y los mandaba al seminario de los Legionarios de Cristo, como muchas veces amenazó hacerlo».

Una vez, Hamilton fue con Karadima a una casa de los Legionarios en La Florida. «Llegamos y nos entrevistamos con los curas. Y nos explicaron que ellos trabajaban mucho la voluntad y nos dieron una charla. A Karadima no le gustó mucho el voluntarismo del que hablaban y nos retiramos. Y empezó a tantear otros terrenos donde poder derivar las vocaciones, si es que no era al Seminario Pontificio. Era su arma de negociación.»

Un mundo diferente

Dentro del Seminario, Juan Carlos Cruz empezó a compartir con otros jóvenes. Y, como él dice, eso le cambió la mirada. Sus compañeros venían de diferentes partes y de las más variadas experiencias

religiosas. «Para mí, fue un shock, porque yo estaba acostumbrado a que la fe y las expresiones de fe que yo aprendía en El Bosque eran la suma verdad.» Rodrigo Polanco estaba ahí «para decirnos qué hacer y cómo mantenernos fieles a Karadima. Pero me empezaron a caer bien muchos de mis compañeros y me empecé a hacer amigo de mis formadores», cuenta el ex seminarista.

En forma especial recuerda al padre Cristián Caro, «al que había conocido hace un tiempo y veraneaba en Algarrobo, igual que yo. Cristián siempre fue un tipo excelente, riguroso en sus prédicas y acertado en los consejos, sólido en su doctrina y no le venían con cuentos. Empecé a ver que los mejores curas no eran los de El Bosque, que la Iglesia tenía muchos sabores y gustos, y que todos contribuían. Creo que mis compañeros apreciaban esto en mí y muchos se hicieron amigos míos. Incluso había uno que era muy humilde y había sido el *caddy* de mi abuelo en el Club de Golf. Me hablaba de don Armando y lo bueno que era, eso me daba mucha vergüenza».

Así, Juan Carlos Cruz rompió las barreras y empezó a contar con nuevos amigos. Algunos también venían del barrio alto, dice, «pero eran gente abierta como Álvaro Vilaplana, Eduardo Howard, Rodrigo Tupper, Tomás Scherz. Me mostraron un mundo distinto. Me tocó ver lo del padre André Jarland en La Victoria, cosas que no me habría imaginado».

Con honestidad, Juan Carlos Cruz admite hoy: «Nunca en mi vida hasta ahí había salido de Las Condes. A lo más, había ido a Pudahuel para tomarme un avión a Europa. Vivía en una burbuja. Y yo cambié absolutamente. No me puse tan radical como para ingresar al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, pero se me abrió la mente y me liberé de todo lo que arrastraba. Ahora soy más liberal, demócrata en términos de Estados Unidos, pero igual tengo todavía algunas cosas de conservador, aunque me he ido abriendo». Y cuando veo todo esto —reflexiona— «me pregunto cómo en El Bosque los curas pueden pensar de una manera tan distinta. Entiendo que ese cambio de

perspectiva se relaciona también en gran medida con mi caída en desgracia para ellos, porque fui haciendo estos amigos; ellos no soportan a quienes disienten de lo que ellos predican». Por eso —afirma— «las redes de poder de Andrés Arteaga, de Juan Barros, me han tocado».

El paseo dominical

Cuando entró al Seminario, como todos los Karadima *boys*, Juan Carlos Cruz debía seguir yendo a El Bosque en sus días de salida. «El domingo, después de misa y desayuno, uno se podía ir a la casa», explica. Pero «los de El Bosque teníamos que partir todos a la parroquia a ver al padre. Llegábamos tipo diez y media y teníamos que ayudar en la misa de once y estar presentes en la de doce, que la decía Karadima. Antes, había que tratar de confesarse con él o quizás oír una arenga de cómo había que ser fiel y cómo él lo había sido al padre Hurtado y a sus directores, y así había llegado adonde estaba».

En esas ocasiones no faltaba el recuerdo del demonio. «Nos recordaba cómo el diablo estaba muy presente, buscando como león rugiente a quién devorar. Nos decía que lo que más le gustaba era destruir la obediencia que a su vez destrozaba la vocación. Nosotros escuchábamos atentos y nos recargábamos para la siguiente semana de Seminario.»

—¿Veían a la familia?

—Me empecé a dar cuenta de que si los papás venían a la misa de Karadima, me podía ir con mi mamá terminada la misa y no tenía que quedarme como muchos a que «el santo» los despachara. Le rogaba a mi mamá que me fuese a buscar. A ella no le gustaba la misa de Karadima y le cargaba cuando se acercaba el padre y le decía que era una santa por entregar un hijo a Dios y que se le acercaran todos mis compañeros a decirle cosas. Era parte de toda la máquina para mantener a las familias contentas y hacer cundir la hipocresía. Yo perpetuaba eso con tal de que mi

mamá me fuera a buscar para irme lo más luego posible a la casa. Me encantaba almorzar con mi familia.

Claro que Juan Carlos Cruz reconoce que en esa época todavía «era un fanático y trataba todo el tiempo de evangelizar a mis pobres hermanos y a todos en la casa. Y lo hacía con el hacha de Karadima, con su arrogancia y sintiéndome que yo estaba al otro lado y que venía a salvarlos. Por supuesto, mi familia me quería y aceptaba, pero seguro me encontraban si no raro, un loco... y con razón».

La tarde dominical la pasaba en la casa, y ya a las seis estaba haciendo la maleta para llegar a El Bosque tipo siete y participar en la misa de ocho. «Comíamos con "el santo", recibíamos más doctrina, hablábamos con el que estaba descarriado esa semana, y seguíamos adelante. Ahí nos tomábamos la micro para el Seminario, donde había que llegar antes de las once de la noche. Los miércoles también podíamos salir en las tardes, pero eso no se lo debíamos decir a la familia, porque era sagrada la visita a El Bosque, donde pasaban casi las mismas cosas que los domingos.»

Entretanto, la vida en el Seminario continuaba para Juan Carlos Cruz. El contraste con la figura de Karadima lo marcaban para él otros sacerdotes como Vicente Ahumada, Juan de Castro y Sergio Correa, y entre los jóvenes de entonces, además de Cristián Caro, recuerda con aprecio a Pedro Ossandón —actual obispo auxiliar de Concepción—, Cristián Contreras —obispo auxiliar de Santiago—, Francisco Astaburuaga, Tomás Scherz, Eduardo Howard, Rodrigo Tupper —actual vicario de Pastoral Social. «De cada uno de estos personajes aprendí tanto y me ayudaron en momentos difíciles. Esto sacaba roncha en el Bosque y Polanco se aparecía a cada rato a retarme por algo. Me llamaba la atención porque era muy amigo de fulano o me había reído mucho con mengano.»

Para los bosquianos, en los ochenta el clima se enrarecía en la medida en que tomaban contacto con otros curas o seminaristas ajenos a la influencia de Karadima. «Te imaginas la angustia que me producía vivir en un constante estado de que te

iban a delatar, y nosotros nos protegíamos, pero uno nunca podía confiar mucho en los otros, porque con tal de hacer méritos también te podían delatar. Era un sistema de constante autodefensa y de destrucción de tu libertad».

Juan Carlos Cruz era buen alumno y era querido en el Seminario. Sin embargo, afirma que Rodrigo Polanco, «que oficiaba como funcionario de una policía secreta, me vivía encontrando faltas que me hacían sentir mal. Me acusaba cada cierto tiempo a Karadima y me tenía que humillar delante del "santo", oyendo sus filípicas sobre cómo yo era inmaduro y que no podía lograr la santidad con tanto amigo y que le debía fidelidad solo a él. Se encargaba de recordarme lo que él sabía de mí y que mi vida dependía de él. Yo prometía fidelidad y el miedo me mantenía "fiel" a El Bosque y sus mandatos por un tiempo; pero pronto volvía a estos amigos que había encontrado que me hacían ver una Iglesia tan distinta y libre. Vivía, así, una suerte de doble vida, y Karadima a veces me insinuaba que podía estar gustándome alguna de esas personas y que debía separarme de ellos».

En su declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz, Juan Carlos Cruz enfatizó: «Mi conducta en el Seminario fue intachable, nunca se me castigó por nada y nadie me puede imputar algo indebido en esa época».

Vicarios y obispos

Ajeno a lo que sucedía dentro de la parroquia de Providencia, el padre Alfonso Baeza advertía que los sacerdotes de El Bosque iban tomando más relevancia dentro de la curia.

«Después que Juan Barros fue nombrado secretario de Fresno, empezaron a designar en cargos importantes a otros miembros de este grupo. Horacio Valenzuela, el actual obispo de Talca, fue vicario de la zona oeste. Después conocí a Andrés Arteaga, que pasó a ser obispo auxiliar de Santiago y el arzobispo Francisco

Javier Errázuriz lo puso también de vicegrancanciller en la Universidad Católica», señala.

«Tomás Koljatic tiene una relación estrechísima con Karadima. Y me imagino que Juanito Barros también. Y en el Seminario había sacerdotes que dirigían que también eran de El Bosque, como Rodrigo Polanco, que llegó a ser rector», comenta Alfonso Baeza.

—Parece que con Fresno tuvieron su primer tiempo muy halagador…

—Claro, Fresno era muy piadosito. Con él empezaron esos nombramientos de vicarios de zonas de los de El Bosque, y después continuaron con Carlos Oviedo.

—¿Ustedes no sabían que dentro de la parroquia El Bosque se juntaba Karadima con el nuncio Angelo Sodano?

—No, no tenía idea… Por eso será que hay tantos obispos de El Bosque. Pero los nuncios consultaban, así es que deben haberle preguntado su parecer a un sacerdote que tenía tanta influencia.

—Se interpreta entonces que la cantidad de vocaciones de Karadima eran una suerte de arma de presión, una «tarjeta de presentación» que usaba para influir…

—Claro. Yo creo que hacía eso.

—¿Ustedes abordaban estos temas?

—Comentábamos «siguen nombrando obispos de El Bosque»; por supuesto que llamaba la atención.

—Y dentro de esos comentarios, ¿les parecía derechista la línea de El Bosque?

—Sí, desde luego. No se veían tan sólidos como el Opus Dei, pero de derecha de todas maneras.

—¿Qué opinión tienes de Rodrigo Polanco, actual vicedecano de la Facultad de Teología?

—No lo conozco mucho, pero la otra cosa que tienen los de la Conaf —así les decíamos también a los de El Bosque en alusión a la Corporación Nacional Forestal— es que son muy educados. Te tratan a ti con un afecto notable. Y en eso está creo

la influencia de don Alejandro Huneeus, que costaba imaginar que fuera hacer un pelambre.

—¿Y a Samuel Fernández, que fue decano, lo conoces?

—Sí, tiene las mismas características, un tipo muy educado, muy caballero. Samuel ha sido un investigador del padre Hurtado, ha sacado muchos libritos.

—Todos se los dedica a Karadima, su director espiritual…

—Y una de sus características es que no profundiza nunca en lo social del padre Hurtado. Muy poco. Se nota la onda de El Bosque en estas cosas. Puede ser muy buena su investigación, pero ha destacado siempre al padre Hurtado en el aspecto de la oración, de la santidad entendida como tradicionalmente se hace, como un sacerdote místico y caritativo, pero no como él lo fue y nada sobre justicia. El padre Hurtado decía que la caridad empieza donde termina la justicia.

Bacarreza y el diablo

Una de las historias casi legendarias entre los ex integrantes de la Acción Católica es la disidencia de uno de los cinco obispos formados por Fernando Karadima con su ex director espiritual: Felipe Bacarreza. «Un tipo brillante —dice Juan Carlos Cruz—. Se fue a Roma a estudiar cuando ya era sacerdote. Al poco tiempo, empezó a trabajar en la curia en Roma y le fue increíblemente bien. Sin embargo, no fue lo mismo en el Bosque.»

La leyenda dice que Fernando Karadima pregonaba que a Felipe Bacarreza, uno de los primeros sacerdotes nacidos de su semillero, «se le había metido el diablo» en los años ochenta. Juan Carlos Cruz asegura haber escuchado a su ex director espiritual proferir esa sentencia, a la vez que lo calificaba de extremadamente orgulloso.

Jimmy Hamilton agrega más antecedentes a la historia del actual obispo de Los Ángeles: «Fue uno de los primeros sacerdotes de El Bosque y tenía dirigidos espirituales, entre los cuales

se encontraba Francisco Gómez[3]. Entonces se produjeron unos celos espantosos de Karadima con este sacerdote que es mucho más inteligente que él y empezó a aumentar la rivalidad».

Bacarreza se fue a Roma, donde se doctoró. Se quedó en Roma hasta que fue nombrado obispo. Fue obispo auxiliar de Concepción y rector de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, pero se alejó de El Bosque. «Karadima y los de El Bosque nos decían que también se le había metido el demonio. Que se puso orgulloso, porque "tanta ciencia ahí en Roma lo había vanagloriado". No es parte de esta maquinaria. Karadima lo consideraba "medio loquito", nos decía. "Muy inteligente, pero loquito, m'hijo, ensoberbecido." Cualquier persona que se le cruzara en el camino a Karadima era una persona que descalificaba. Alguien que a él le desagradara o que le llevara la contra en lo más mínimo.»

Recuerda Juan Carlos Cruz: «Las relaciones entre Karadima y Felipe se congelaron, y cada vez que venía a Santiago e iba a El Bosque teníamos que ser cordiales con él, pero por ningún motivo dirigirle la palabra. Nada de amistad con él o cercanía. Yo le tenía terror, porque no sabía qué pasaba, ya que nunca supe el meollo de la pelea, salvo lo del orgullo. Yo conocía a su hermano, Juan Carlos Bacarreza; era de mi edad y me caía excelente, fue uno de mis primeros amigos en los veraneos en Concón, donde ellos tenían casa. Y por supuesto que sabía de este hermano cura que le decían Pilo. Sin embargo, para mí y los de El Bosque, era Lucifer».

Cuando Juan Carlos estaba en el Seminario, el padre Felipe Bacarreza fue invitado a celebrar misa y tomar desayuno con los seminaristas de primer año. «Por supuesto Karadima supo esto de inmediato por Polanco, que informaba todo. Ese domingo se nos advirtió en la parroquia que por ningún motivo nosotros

---

[3] Francisco Gómez Barroilhet fue una de las primeras personas que intentó denunciar a Fernando Karadima, junto a otros jóvenes de El Bosque en 1984, según consta en su declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz efectuada el 12 de mayo de 2010. Más antecedentes en capítulo IV: «El demonio y el Seminario». Gómez declaró ante la ministra en visita Jessica González, el 28 de marzo de 2011.

debíamos hablar con Bacarreza, ni hacerle preguntas, ni la menor observación. Además, en el Seminario, Polanco fue pieza por pieza a reafirmarnos la prohibición de acercarnos a Bacarreza.»

Terminada la misa, Juan Carlos fue a su habitación a dejar sus libros. Se demoró unos minutos y llegó tarde al comedor. Todos estaban sentados. Los de El Bosque —recuerda como si fuera ayer—, bien lejos cada uno en mesas distintas, pero muy distantes de Felipe, tal como les habían ordenado sus jefes. «En eso, veo que el padre Cristián Caro me llama y me dice: "Juan Carlos, siéntate acá". Y era justo la mesa donde estaba sentado Bacarreza. Bajo la mirada atenta de Polanco y de todos mis amigos de El Bosque, me tuve que sentar a tomar desayuno con ellos. Fui amable, hablé cuando correspondía, pero no dije nada de lo que considerarían inapropiado. Al terminar el desayuno, me despedí y me fui a clases sin saber lo que me esperaba.»

Bajo vigilancia

Tras el hecho, Polanco llamó con rapidez a Karadima para informarle cómo había sido el encuentro con Bacarreza, relata Cruz. «Y aprovechó de acusarme porque me había sentado con Felipe y los demás. Se le dio la orden inmediata de hablarme fuerte y duro. Como a las dos de la tarde, llegó Polanco a mi pieza. Me dijo que quería hablar conmigo y que fuéramos al lago, porque ahí era tradicionalmente donde nos llevaba para que nadie oyese lo que estábamos conversando. ¡Para qué te cuento la que me llegó! Desde llamarme traidor hasta que el padre Karadima estaba tan dolido conmigo. Me decía que hasta cuándo yo iba a hacer mi voluntad, que era un rebelde, que tenía que rezar más, porque con toda claridad no estaba haciendo lo suficiente y el diablo me estaba tomando entero. Me dejó increíblemente preocupado y angustiado. No pude dormir. Solo pensar en que todavía me quedaba enfrentarme a Karadima me daba dolor de estómago.»

Llegó el día del encuentro con el párroco. «Yo iba armado de un sinfín de excusas y disculpas por mi "mal actuar"; varios ya sabían de mi "maldad" y no me hablaban o me daban consejos para obedecer mejor. Karadima me ignoró —cosa común con el que está en desgracia— y al final me trató con dureza, me repitió lo del tejado de vidrio… yo le pedí perdón y seguimos adelante. Pero este episodio que surgió a partir de una situación tan simple sembró algo en mí que me ayudaría en los años siguientes a salirme de esta secta.»

Pero faltaba aún tiempo para que Juan Carlos Cruz perdiera el temor a todo lo que implicaba El Bosque para él. «Los meses siguientes se me hicieron difíciles a causa de Rodrigo Polanco, a cada minuto vigilaba mis acciones. Lo peor era que tenía acceso a las reuniones de formadores, donde se discutía tu caso, tu desarrollo, lo que te faltaba… Obviamente eso significaba línea directa con Karadima, así que aprendí a cuidarme y cuando hablaba con algún formador lo hacía de manera que ellos discutiesen lo menos posible en la reunión donde estaba Polanco.»

Y describe otra situación que fundamenta el apelativo de «secta» que da a la convivencia de El Bosque: «Por desgracia, una manera de subir en el escalafón ante Karadima era delatar a otros. Mis amigos que entraron conmigo al Seminario se convirtieron en informantes, y no solo respecto de mí, sino también en relación con ellos mismos. Nadie podía vivir en paz. Y lo triste es que uno pensaba que eso era tu vida, eso era lo que te había tocado y había que vivir con eso. Sin darme cuenta, me ponía cada día más triste y esa felicidad enorme de estar haciendo la labor que Dios me pedía, se disipaba».

Don Vicente vetado

Una de las personas que más lo ayudó en esa dura etapa —cuenta el ex seminarista— fue monseñor Vicente Ahumada, «uno de los grandes apoyos que he tenido en mi vida». Por aquel entonces,

bordeaba los ochenta años y gozaba de un gran respeto intelectual. «Sin embargo, no lo podíamos tener de director espiritual, ya que Karadima lo tenía vetado», dice Juan Carlos Cruz.

«De a poco don Vicente me empezó a mostrar lo que era la verdadera santidad, lo que significa ser humano. Aceptar las caídas que te hacen mejor. Que Dios te quiere a pesar de todo lo que uno considere malo. En fin, una teología de amor y tan humana que me cautivó. Pasábamos horas hablando de Santa Teresa, de los benedictinos, de la contemplación, de la humanidad… Me enseñó a quererme y a aceptarme con todas mis faltas. No tengo palabras para decir los que este hombre santo hizo por mí», señala.

Pero como percibía los ojos vigilantes encima, Juan Carlos Cruz trataba de ver al padre Ahumada en secreto, «para que nadie de El Bosque me acusara. Evitaba sentarme en la misma mesa en las comidas y almuerzos para que nadie me llamara la atención».

Cuenta que, «escondido de los de El Bosque, iba a las Carmelitas, donde el padre Ahumada celebraba misa. Ellas son mis amigas hasta hoy, y me presentaron a las oblatas que él fundó. Sin embargo, esto no podía durar mucho y me pillaron. Me acusaron a Karadima y se me prohibió ser amigo de don Vicho».

Pero esta vez Juan Carlos no obedeció. «Seguí siendo su amigo y más encima le pedí que fuese mi director espiritual. Él no era para nada tonto y sabía que yo le hablaba de los peces de colores en mis confesiones y charlas espirituales. Sin embargo, él siempre se las ingeniaba para hacerme ver la fe libre, la Iglesia libre y mi propia vida en libertad. De a poco, me fui sincerando con él y le conté sobre las presiones de El Bosque y que me sentía tan atrapado.» Pero el temor persistía: «Nunca hablé mal del padre Karadima, porque sentía que él de alguna forma me podría pillar».

En medio de esas tensiones, la salud de Juan Carlos Cruz se deterioró. Se le complicó una cirugía de apendicitis. Se fue a cuidar a su casa, pero no mejoraba. «Mi cuerpo, como si supiese, empezó a llenarse de infecciones y heridas que no sanaban. Me operaron varias veces y la herida no se curaba», indica. «El padre

Fernando no quería que estuviese en mi casa con mi mamá, pero los médicos y el rector del Seminario me pedían que me quedara en la casa para que me cuidaran bien.»

Cuando iba a conversar con Karadima —recuerda Juan Carlos—, «apenas me preguntaba por mi salud, pero me hacía insinuaciones sobre cómo tenía que ser leal, porque él tenía tanta información mía».

La angustia se hizo cada vez más fuerte. Sentía que no daba más. «Decidí que me quería suicidar», confiesa. «Pensé en tantas formas de hacerlo, pero ninguna me convencía. Pensé en tratar de no mejorarme de mis heridas e infecciones, y así eso sería una muerte digna y se hablaría de este pobre que se murió y Karadima nunca más me podría amenazar, dirigirme la vida, tenerme de rehén, tocarme y darme besos. Pensé que si él pretendía dañarme, podría decir mi secreto, pero yo ya no estaría ahí para ser rechazado y quedarme solo».

No obstante, el joven seminarista logró salir adelante, dejando atrás las ideas suicidas. «Quería mucho a mi familia. Mi mamá no se recuperaría nunca de mi muerte, y a mis hermanos, aunque peleábamos harto, los quería mucho para hacerles eso. Después pensé también que no iba a dejar a Karadima salirse con la suya y lograr lo que durante tanto tiempo había tratado conmigo y con otros: sacarnos de nuestras familias y dedicarnos solo a él.»

Juicio en El Bosque

Un episodio decisivo para Juan Carlos Cruz ocurrió el 25 de octubre de 1987. Se estaba reintegrando de a poco al Seminario después de su enfermedad y antes de salir recibió un llamado para una reunión en El Bosque.

Se fue de su casa a la parroquia antes de partir al Seminario. «Cuando subí a la pieza de Karadima para saludarlo, me mandaron a la capilla para que rezara porque el santo quería hablar conmigo. Esperé en la capilla y sentí sus pasos. Entré a una de las

salas donde me esperaban todos mis compañeros del Seminario que pertenecían a El Bosque, un grupo de doce personas, bastante intimidante. Al padre Fernando lo rodeaban todos como en un semicírculo; había una silla al medio para mí, como en un juicio», relata.

Registra en su memoria los nombres de casi todos los presentes: Andrés Arteaga, Rodrigo Polanco, Juan Barros, Javier Barros, Samuel Fernández, Diego Ossa, Salvador Gutiérrez, Andrés Ariztía, y algunos más. «Ese día empecé a ser un nuevo "traidor" para El Bosque.»

Karadima tomó la palabra «diciendo que esto era por mi bien y que nadie le había dicho nada, pero que todos creían que debía hablar conmigo», recuerda Juan Carlos Cruz. «Empezó a indicarme que mi conducta dejaba mucho que desear. Que no era leal a El Bosque, que tenía muchos amigos que no eran de la parroquia, que no estaba rezando suficiente y que yo le debía todo a El Bosque y a mi padre espiritual que me había dado tanto.»

Mientras escuchaba a Karadima —señala Juan Carlos Cruz—, «pensaba en toda la preparación que hay detrás de algo como esto y cómo el padre personalmente prepara o "aleona" —por usar su término— a alguien que va a enfrentar a otro porque se ha salido de la "correcta doctrina" que es actuar como lo manda El Bosque. Yo pienso que estaba todo urdido y organizado, porque yo lo había hecho a otras personas. Él te prepara y dice: "Tú m'hijito dirás esto y esto y esto otro y yo no diré que he hablado con ustedes". Él instruía antes sobre lo que tenían que plantear».

«El padre seguía con su discurso. Decía que mi enfermedad era una excusa para no estar por completo dedicado a El Bosque, mientras yo estaba sentado muriéndome de enfermo sin saber qué hacer. Se me vino todo al suelo. Y escuché las palabras tan repetidas en otras oportunidades: "Mira, Carlitos, tú tienes tejado de vidrio y tú sabes muy bien por qué. Yo voy a ir al Seminario a contar esto para que te echen si tú no cambias y te vuelves absolutamente obediente a mí otra vez. He sabido que estás de

amigo de otro sacerdote, supe que te confiesas con el padre Vicente Ahumada"», continúa Juan Carlos Cruz.

«Yo seguía muerto, por lo que él sabía y lo estaba hablando delante de todos esos otros. Y los otros me miraban fijamente», agrega.

En su memoria está grabado, como que hubiera ocurrido hace unas horas, ese «juicio», como él lo llama. No puede olvidar la gran sala circular y los más de veinte ojos clavados en él.

Después de hablar el cura —recuerda—, tocó el turno a cada uno de los sacerdotes presentes de la Pía Unión. El hoy cuestionado Diego Ossa —dice— abrió el fuego: «Es que tú no rezas suficiente y estás siendo muy infiel al padre Fernando que te ha dado todo, es nuestro padre espiritual», manifestó según Cruz. Otro espetó: «Tú estás muy amigo del padre Cristián Precht, de Rodrigo Tupper y te ríes mucho con ellos y ellos critican a El Bosque y al padre». Uno de más allá le enrostraba que no estudiaba suficiente, y el «acusado» tenía un promedio de 6,7 en el Seminario.

Antes las críticas, «me quedé helado frente a todo lo que ocurría. Tenía un miedo horrible, no solo porque me podían echar del Seminario, sino por lo que Karadima me dijo y las insinuaciones sobre cosas que sabía en confesión. Estaba aterrado por mi reputación y lo que dirían mis amigos y mi familia. Delante de todos prometí cumplir con lo que se me estaba pidiendo y pedí públicamente perdón. ¿De qué? Nunca supe... pero bien humillado delante del grupo, pedí perdón. Y le dije: "Padre, yo le debo todo a usted", como querían que dijera».

Esa noche de vuelta al Seminario, Juan Carlos Cruz no durmió ni una pestañada. «Esperé una hora decente para que el padre rector Juan de Castro despertara y le fui a golpear la puerta para pedir su ayuda y saber qué hacer ante esta situación que me estaba matando.» El rector se portó muy bien, dice Cruz.

«Le conté de toda la manipulación de El Bosque, menos de los abusos sexuales. Entonces me dijo ándate a la pieza de don Vicente, cuéntale a él, no vayas a misa ahora, yo me voy a encargar. Fui a

ver a don Vicente y también le conté. Ese mismo día tuvieron reunión de formación. Y como Polanco y Arteaga eran formadores del Seminario se enteraron de inmediato que yo había contado. Y fueron donde el cura Karadima y le dijeron que yo había hablado con De Castro y Ahumada. Entonces el párroco dio la orden de que ninguno de El Bosque me hablara nunca más en el Seminario.»

Y la sentencia fue cumplida: «Yo caminaba por uno de esos eternos pasillos y cuando me topaba con uno de El Bosque me daba vuelta la cara. Yo me sentía enfermo, angustiado. Pero, por otro lado, en esa época estaban Tupper, Fernando Chomali —que después no se ha querido quemar ayudando a víctimas, porque como tantos, está en una carrera por el poder—, y otros amigos; y mi verdadero padre espiritual, don Vicente Ahumada. Ellos me apoyaron mucho.

Los de El Bosque no le hablaron más —dice—, aunque muchos de ellos eran sus amigos desde los quince años. «A partir de ese momento me ignoraban. Y la única vez que recibí alguna comunicación fue cuando Andrés Arteaga se me acercó y me dijo que el padre Karadima estaba muy dolido y que yo le había hecho mucho daño. A pesar de ser formador del Seminario, se portó pésimo conmigo y obviamente me hablaba solo cuando era necesario.»

Secreto de confesión violado

Pero las tribulaciones no terminaban para Juan Carlos Cruz en su acontecido paso por el Seminario. Después del «juicio» del 25 de octubre de 1987 en la parroquia El Bosque, el rector Juan de Castro y el padre Vicente Ahumada lo mandaron llamar. «Dos semanas después me llamó el padre Juan a la pieza de don Vicente. Y él me dijo: "Quédate muy tranquilo por lo que vas a oír, pero te tenemos que decir algo". Me dijeron que había llegado una carta escrita por Juan Barros, entonces sacerdote y secretario de

monseñor Fresno. Juan Barros se la había dado a Fresno y el arzobispo la mandó al Seminario.»

La carta era una bomba de tiempo que al final rompía el mentado «tejado de vidrio» tan temido por Cruz. El rector del Seminario, Juan de Castro, se la mostró. «En ella decía que dos jóvenes de la Acción Católica fueron a hablar con el padre Juan Barros para decirle que Juan Carlos Cruz había hecho intentos de seducirlos, que los había acorralado o algo así. Como Karadima tenía secreto de confesión sobre lo que yo le había contado que no era precisamente eso, es posible que los dos "jóvenes" fueran manipulados por Karadima para hablar con Juan Barros.»

«¿Y esto es verdad?», le preguntó Juan de Castro. «Yo le respondí, "padre, algo hay, pero no fue así". Me dijeron que me creían. Yo no me había atrevido a contarle a nadie los abusos ni toqueteos de Karadima. Ni a ellos. En esa época nadie me iba a creer, pensaba yo.»

De Castro y Ahumada, según Cruz, hablaron con monseñor Sergio Valech, «quien intervino para que no me echaran del Seminario. Se portó súper bien».

Juan Carlos Cruz concluye: «Karadima cumplió su promesa de cagarme y de revelar el secreto de confesión, como dije en el tribunal eclesiástico».

«Si tú tienes un director espiritual que no es tu confesor no estaría obligado por el secreto de confesión, aunque éticamente no debería hablar. Pero como él nos confesaba, él estaba obligado a no revelar nada. Por eso, como es tan perverso, manipulaba a otros, y como cada uno le obedece ciegamente, hacen las barbaridades en nombre de la santidad de Karadima. El endiosamiento es de él. Es el dios, es el santo, el omnipotente», indica Juan Carlos Cruz.

«A mí me arruinó, me enfermé de nuevo, me tuvieron que volver a operar. Estaba tan enfermo, tan flaco, que dije "esto me lo está mandando Dios como para irme con dignidad y no causarle más dolor a mi mamá", que era lo más que me preocupaba.»

Después de la reunión de octubre de 1987, dejó de ir a la parroquia. Se mantuvo un tiempo más entre su casa y el Seminario, pero ya alejado de El Bosque, hasta que a fines de 1989 decidió dejar el Seminario. «Ya no daba más de la tensión, viviendo enfermo y con la presión de que los de El Bosque no me hablaban y me hacían la vida imposible. Eran muchos y amigos míos de la infancia, algunos me daban vuelta la cara cuando pasaban por los pasillos del Seminario.»

Entre ellos, menciona a Diego Ossa, Samuel Fernández, Salvador Gutiérrez —«quien se salió después de cura»—, Andrés Arteaga y Rodrigo Polanco —que eran formadores. «Ellos eran los que te delataban al padre si tu hacías algo en el Seminario.»

Periodista en Estados Unidos

En 1990, Juan Carlos Cruz entró a la Universidad Diego Portales a estudiar Periodismo. Pero las dudas continuaron. «No terminé de estudiar en la Portales, porque consideraba que todavía tenía vocación.» Y se fue a la Universidad de Notre Dame, a la Holy Cross, en Estados Unidos, «a probar si yo podía ser sacerdote». Estuvo otro año estudiando Teología «que fue el más feliz de mi vida. Conocí una realidad maravillosa, pero me di cuenta de que el sacerdocio no era lo mío».

Volvió a Santiago y terminó en la Universidad de Las Condes. Me reconocieron todo lo que había hecho y terminé en vespertino, porque necesitaba trabajar, y salí como licenciado en Ciencias de la Comunicación. Después, en Estados Unidos el Estado me convalidó mis estudios y quedé con un Bachelor of Journalism and Communication.

En Chile alcanzó a trabajar en el canal La Red en los años noventa, con Gemma Contreras y Fernando Paulsen, recuerda. «Me encantaba lo que hacía. Pero alguien que nunca supe quién fue me llamó para decirme: "Sé que tú eres maricón y yo voy a contarlo". Tenía todas estas tensiones y decidí irme de Chile.

No podía estar en este país. Ya tenía claro que yo era homosexual, pero no lo tenía asumido y me daba un miedo espantoso, me daba vergüenza por lo que dijeran y que humillaran a mi familia. Y con lo que me decía Karadima, creía que todo era culpa mía. Entonces me fui de este país para empezar de alguna forma en otro lado.»

Partió como sobrecargo en la línea aérea United y llegó a ser el gerente de Relaciones Públicas. Tras un paso por el Banco Popular de Puerto Rico, desde hace dos años es director de comunicaciones en las Américas de Manpower. Vive en Milwaukee, Wisconsin, a una hora veinte de Chicago, donde está la sede mundial de Manpower. Viaja por todo el mundo para dar a conocer los estudios que realiza la compañía, en particular sobre asuntos laborales, y participa en importantes foros internacionales.

—¿Fueron tus contactos en Estados Unidos los que llevaron la historia al *New York Times* en abril de 2010?

—Sí. Yo estaba tan angustiado con esto de que la Iglesia no hacía nada, y que ya me andaban difamando porque filtraron los nombres. Y me intentaban descalificar diciendo que Juan Carlos Cruz es un homosexual enfermo, que su declaración no es válida...

«Entonces me preocupé, porque no solo me estaban descalificando a mí, sino que pensaba en mi familia y mis amigos que iban a oír eso. Además, ya estaba dispuesto a presentar la querella en la justicia civil», señala.

Tomó contacto «con la gente de SNAP[4], que es una fundación que ayuda a gente abusada por sacerdotes, a hombres y mujeres en todo Estados Unidos. Me junté un viernes con ellos y no podían creer lo que les contaba. Acababan de llegar de Roma, porque descubrieron toda la historia del padre Laurence Murphy que abusó de doscientos niños sordos en Milwaukee, en mi ciudad. Entonces me propusieron: «Nosotros vamos a llamar al *New York Times*, ¿te importa?». Y yo llamé a Jimmy Hamilton y le

---

[4] Sitio web www.snapnetwork.org/ de The Survivors Network of those Abused by Priest.

conté que me habían planteado esto. «Ya, hagámoslo, me dijo.» En ese momento, José Andrés Murillo quería hablar nomás, pero no aparecer en la televisión, y Fernando Batlle no se atrevía. Así es que aceptamos los dos. Y la periodista que es la experta de asuntos de religión en Nueva York se interesó tanto y me pareció tan sólida, que le conté todo. Es Laurie Goodstein. Entonces ella habló con su editor y mandaron un periodista a Chile que hablara español. Entrevistó a los otros e hizo el reportaje.»

«Así se gestó eso —comenta Juan Carlos Cruz— y hasta el día de hoy Laurie me pregunta cómo estoy, cómo fue la ida a Chile. Y han ido haciendo un seguimiento con la historia nuestra cuando hay noticias.»

El hecho de que Juan Carlos Cruz fuera periodista lo ayudó también en la acogida que su situación tuvo en medios chilenos. El denunciante era conocido de muchos profesionales de los medios de comunicación. Sin ir más lejos, Paulina de Allende Salazar, la periodista de *Informe Especial* que desarrolló el impactante reportaje, y Pilar Rodríguez —la editora del programa, quien después se trasladó al Canal 13—, son amigas suyas desde muchos años.

Capítulo VII

EL INFIERNO DE JIMMY HAMILTON

Durante la semana «mechona» de 1983, James Hamilton conoció a Pilar Covarrubias, una estudiante de Medicina que, sin él imaginarlo, sería decisiva en el vuelco que tendría su vida.

Él tenía diecisiete años y había entrado a estudiar Tecnología Médica en la Universidad de Chile. Aspiraba llegar a Medicina, pero a pesar de que dio una buena Prueba de Aptitud Académica, su promedio de notas de enseñanza media de la Alianza Francesa no le permitió alcanzar el puntaje.

Pilar vivía a dos cuadras de Jimmy en Vitacura y empezó a llevarlo en auto todos los días a la facultad de la avenida Independencia. En las conversaciones que sostenían en el trayecto, le habló maravillas de un cura al que le decían «santo»: Fernando Karadima Fariña.

Junto a su primo hermano, el hoy sacerdote y vicario de la zona centro del Arzobispado de Santiago, Francisco Javier Manterola, Pilar Covarrubias formó un grupo de estudiantes de Medicina y Tecnología Médica que participaba en las reuniones de la parroquia del Sagrado Corazón de El Bosque.

Una tarde, Jimmy aceptó la invitación de Pilar y fue hasta la iglesia colorada de Providencia.

La llegada a la parroquia y la convivencia con otros jóvenes significó para Hamilton «un reencuentro muy anhelado con la fe». Se incorporó con entusiasmo al grupo de «los médicos», como lo llamaban.

Un miércoles de ese otoño de 1983, unos doscientos jóvenes devotos y atentos repletaban el salón parroquial. James Hamilton

estaba al final del recinto, apoyado contra la pared, en una actitud que denotaba cierta timidez.

Fernando Karadima, vestido con sus ropajes sacerdotales, estaba sentado tras una mesa. De pronto, levantó la vista e indicó con el dedo, mientras fijaba su mirada en Hamilton: «Tú, espérame para conversar conmigo».

El aludido miró hacia el lado para ver a quién se refería. «¡Y era a mí!», cuenta mostrando la sorpresa que le provocó.

Lo sintió como un «acto de elección de Dios». El joven interpretó el gesto como un signo divino inequívoco: «Era Dios que estaba fijándose en mí, que me decía "tú". Fue un acto de reparación en mi corazón. ¿Cómo yo, tan indigno, merecedor de cualquier cosa con mi abandono de toda la vida, con mi necesidad de amor, era elegido por este santo sacerdote?».

En ese instante venía «Dios en persona, a través de su mensajero», a decirle «contigo quiero hablar, quiero que tú me sigas, quiero que tú te entregues, porque esto es lo que Dios quiere».

Ya no era para Jimmy Hamilton un problema que su papá —a quien no veía desde 1976— ni su mamá, ni la gente de su alrededor se fijaran en él. Ya no tendría que estar buscando reconocimiento de ellos, sino que se había involucrado en algo superior: «Ganarme el reconocimiento divino, ser merecedor de esta elección».

Ambiente erotizado

«Al llegar a participar en la parroquia, conocí al presbítero Fernando Karadima, a quien consideré una persona maravillosa», declaró James Hamilton el 2 de agosto de 2010, ante el juez suplente Leonardo Valdivieso, del Décimo Juzgado del Crimen. «Él era un líder indiscutido, carismático en grado absoluto, nadie lo contradecía ni discutía sus dichos; todos los adolescentes que participaban en la parroquia querían estar cerca de él, ser sus discípulos más cercanos y se referían a él como "el santo". Yo lo

admiraba por su sana doctrina y apego a la Iglesia, y personalmente también lo consideraba como un santo. Como él mismo lo decía a todos», expresó el médico en su testimonio judicial[1].

Poco después, Fernando Karadima lo designó —como muchas veces lo había hecho con otros jóvenes— «su secretario personal». Y le señaló que él sería su confesor y director espiritual. Jimmy confió plenamente en este guía, que venía del Cielo. El cura, además, le pidió que lo llamara «papá» y que lo saludara de beso, «como un hijo con su padre».

Era tal la satisfacción espiritual y psicológica de Jimmy Hamilton que nada de eso le pareció extraño. Estaba hechizado. «En verdad me sentía frente a un verdadero santo de la Iglesia, con un papá preocupado y representando a Dios. Y, al poco tiempo, tuve el honor de ser elegido dentro de su círculo más cercano; no había para mí una alegría mayor.»

Pasaron algunos meses antes de que el cura empezara con «toqueteos» y otras manifestaciones físicas hacia él. Con ojos de hoy, James Hamilton admite que en el círculo interno de Karadima se vivía «un ambiente erotizado.»

—¿Desde el comienzo captaste eso o es tu reflexión posterior?

—Yo cachaba algo y me incomodaba un poco. Hay gente que dice «no, pero este huevón estaba grande». Pero no se tiene idea de lo que ocurre cuando se está viviendo eso y uno confía en las personas. ¿Cómo no iba a confiar en este hombre? ¿Por qué iba a pensar mal?

Al comienzo —señala—, «habría sido como pensar mal cuando un papá le da un beso o llena de besos a sus hijos. A mí, como hijo, nunca me dieron un beso. Tampoco recibí una caricia. Nada. Entonces, cuando tú no has tenido nada, no tienes un punto de referencia. Por lo tanto, cualquier cosa que sea distinta de eso es perfectamente posible. Y no me parecía tan extraño, aunque

---

[1] Querella criminal presentada por James Hamilton Sánchez ante el Décimo Juzgado del Crimen de Santiago, 2 de agosto de 2010.

en mi fuero interno había algo en las tripas que me llamaba la atención».

Eran pequeñas cosas, tal vez intuiciones, dice hoy, «pero que no tenían importancia al lado del maravilloso premio de ser elegido por este hombre santo. Podría haber dejado pasar de largo ochocientas cosas. Además, había otros jóvenes de mi misma edad, cabros maravillosos, inteligentes, líderes, a los que les pasaba lo mismo».

En ocasiones —recuerda—, «me confundía con ciertas actitudes del cura, como que golpeara sutilmente en los genitales a los jóvenes del grupo más cercano, lo que nos causaba risa, y con el hecho de que los más íntimos se quedaran en su pieza hasta tarde».

«Jugueteos» y «cuetos»

Muy luego, como en otros casos, cuando Jimmy Hamilton saludaba al sacerdote Karadima, él empezó con la práctica de los «besos cuneteados», como le sucedió a Luis Lira, a Juan Carlos Cruz y —afirman ellos— a muchos otros.

El médico describe así esas situaciones: «Como me había pedido que lo saludara de beso, varias veces corría la mejilla y me daba un beso en la boca. Después él se reía y ante mi asombro me indicaba que solo eran jugueteos». También fue testigo desde ese tiempo de los golpes en los genitales a otros jóvenes del círculo íntimo. «Me llamaba la atención que no se inmutaban, era como una prueba a su templanza sexual.»

Tenía diecisiete años —y así lo especificó también en su declaración ante la Iglesia para la nulidad de su matrimonio religioso—, cuando «empezaron los toqueteos en mis genitales», lo que en el contexto anterior no le causó gran escándalo.

El 17 de agosto de 2010, tras ratificar su denuncia efectuada ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, Hamilton declaró también ante la actuaria del Décimo Juzgado del Crimen: «Conforme a lo que recuerdo, el primer episodio de abuso de índole sexual

que sufrí por parte de Fernando Karadima Fariña, ocurrió cuando yo tenía unos diecisiete años de edad, es decir, el año 1983. Esto —indicó— «ocurrió al interior de la parroquia El Bosque, yo diría que en la casa del sacerdote y consistió en toqueteos sobre mi ropa en la zona genital y besos cerca de mi boca».

—¿Comentaban entre ustedes sobre alguna situación extraña?

—Se comentaba e incluso había hasta palabras para la risa. La cosa de los toqueteos se llamaba «el cueto». No me acuerdo por qué se llamaba así, pero se llamaba «cueto» y todos se reían.

La referencia al «cueto» se repite en muchos testimonios de diferentes épocas entre los jóvenes bosquianos. Por lo que se puede concluir, Karadima se «inspiró» en el nombre del profesor español radicado en Chile, Enrique Cueto Sierra, quien trabajó en la Universidad Católica hasta antes del golpe militar y fue uno de los primeros en efectuar charlas de educación sexual y preparación para el matrimonio en colegios católicos desde la década del sesenta. Cueto fue rector del Instituto Carlos Casanueva, vinculado a la UC, donde se formaban las orientadoras familiares y juveniles desde 1952 a 2002. En los años sesenta, cuando nació la televisión universitaria, y hasta comienzos de los setenta, tuvo un programa en Canal 13, *Reflexiones al cierre*.

En el círculo más próximo a Karadima se entendía el sentido que el ex párroco daba a esa expresión, aunque algunos sostienen que también la utilizaba para hablar de demostraciones de cariño sin connotación sexual.

«De repente llegaba alguno y decía "toca cueto". Eso significaba que llegaba el cura en esa onda», continúa Jimmy Hamilton. Pero precisa que «no era con todos, porque a él le gustaban solo algunos, y a otros los despreciaba. O le servían como vocaciones sacerdotales que mandaba al Seminario y aumentaba su prestigio dentro de la Iglesia. Pero solo algunos eran sus cercanos y los saludaba de beso».

—¿Y entre ustedes se gustaban?

—Yo no me sentía atraído por los hombres. Siempre me gustaron las mujeres. Pero pensaba «qué choro tener a este gallo de amigo». Tener un amigo como Gonzalo Tocornal, como Francisco Proshaska, como Guillermo Tagle o Hans Kast. Sentía que era un privilegio compartir con ellos.

En ese inquietante mundo de El Bosque, Karadima les inculcaba «el deseo de santidad», como relata Jimmy Hamilton. Y ponía a los santos de ejemplo: «Leíamos evangelios, libros espirituales, como *Introducción a la vida devota de San Francisco de Sales* y muchos otros. Me sentía capaz de transformar el mundo, y si era obediente como Teresa de Ávila, no tenía cómo equivocarme. Con mi guía espiritual y confesor monseñor Karadima, tenía mi camino a la santidad casi asegurado».

Su gran tema de confesión —como el de tantos chiquillos de su edad— era la masturbación. Su confesor lo orientó hacia una «vida célibe» con la intención de que se preparara para el sacerdocio. «Dejé de salir con niñas y pensé que podía ser ejemplo de muchos de mis nuevos amigos que también pertenecían al movimiento y aspiraban al sacerdocio.»

Había pasado menos de un año de la llegada de Jimmy Hamilton a El Bosque. Se quedaba con frecuencia a comer en la parroquia con diez o quince jóvenes que reverenciaban a Karadima. «Siempre me sentía algo culpable, ya que en mi corazón no lograba participar de esa actitud en la que se le consideraba un santo, como le decían algunos.»

Cuando hizo sus primeras declaraciones en la Iglesia, en 2005, «lo que anoté fue lo que me pasó desde los dieciocho años para adelante, que era el tema de las masturbaciones. Pero no me había percatado que todos esos toqueteos de los genitales y los besos chuecos en que te corría la cara eran abusos y no gestos de amor paternal. Eso lo tuve claro después de conversarlo con los abogados», comenta. Y lo incluyó en las declaraciones ante la justicia.

Oraciones y culpas

En marzo de 1984, James Hamilton Sánchez entró finalmente a Medicina en la Universidad de Chile. «Inicié mis estudios con el corazón dividido entre mi carrera y la aspiración al sacerdocio.» En su casa se le veía poco. Apenas llegaba a dormir. «La vida de "secretario personal" empezó a hacerse intensa y me quedaba hasta tarde en El Bosque, comía en abundancia y dejé de hacer ejercicio, además, era mal visto gastar tiempo en ello.»

Muy pronto fue ascendido a vicepresidente de la Acción Católica, el grupo selecto de estudiantes universitarios de familias acomodadas, altos y guapos, dispuestos a servir a Dios al modo de Karadima.

Jimmy Hamilton estaba feliz. Rezaba mucho y sentía un gran placer en la vida espiritual. «Deseaba ser un santo como los de los libros, como San Bernardo y "la familia que alcanzó a Cristo". Realmente creía que en algún momento me llegaría la vocación y podría cristalizar mi vida en la más absoluta entrega.» Sin embargo, sentía frustración al ver a sus amigos ingresar cada año al Seminario, y «yo no era capaz de tocar a fondo el tema con mi director espiritual».

Los lunes, la rutina era diferente. Los sacerdotes y los seminaristas formados en la parroquia se juntaban y algunos solían ir fuera de Santiago. Los acompañaban estudiantes de la Acción Católica. Al atardecer salían en auto para llegar a comer a algún lugar. «Era una real aventura y me sentía con verdaderos hermanos. Después de la comida, nos quedábamos en la sobremesa hablando temas de espiritualidad y de la realidad política. Todos éramos pinochetistas y bastante conservadores, y el resto del mundo, gente equivocada, incluidos gran parte del clero y, en particular, los directores del Seminario de Santiago de la época», cuenta Jimmy Hamilton.

En el país se habían iniciado en 1983 las protestas nacionales en demanda de democracia. La represión se hacía sentir, los derechos humanos eran pisoteados y arreciaba la crisis económica

con el consiguiente desempleo. En las universidades, en los sindicatos, en los colegios profesionales y en las poblaciones prendía un movimiento opositor al régimen militar. En El Bosque se vivía un mundo ajeno a todo eso. «Pinochet es un enviado de Dios», repetía Karadima.

Dudas en medio del túnel

Durante un paseo a Viña del Mar, un día de otoño de 1984, en el que no asistió a clases, «el infierno comenzó» para él.

Fueron al departamento de Jorge Karadima, uno de los hermanos del cura. Era hora de comer y decidieron cocinar allí. «Los seminaristas y un sacerdote que los acompañaba fueron a comprar al supermercado. Karadima me pidió que me quedara con él», recuerda Jimmy Hamilton.

El joven aceptó gustoso. Creyó que por fin había llegado el minuto de tener la conversación que ansiaba hacía tiempo. Su director espiritual le daría la oportunidad para ayudarlo a descifrar el misterio de su vocación, confiaba. «Uno de los factores más importantes de la influencia que tenía sobre nosotros era su autoatribución de que él era capaz de detectar la vocación, en su forma más germinal, lo que comparaba con un embarazo», señala el médico.

—¿Lo decía así?

—Tal cual. Decía que él era capaz de saber cuándo una persona tenía una vocación recién gestada en sí. Y que para uno poder verlo, igual que la embarazada, tenían que pasar como cuatro o cinco meses para notarlo. Y sostenía que él era el único capaz de verlo antes.

—¿Qué exigencias les ponía en ese período de «gestación»?

—Nos hacía en el fondo una suerte de ejercicio que era como entrar a una especie de túnel en el que uno tenía que dejar todas las actividades, entre comillas, humanas o mundanas, para dedicarse enteramente a la parroquia y a él, por el riesgo de que

se perdiera ese germen. Y siempre nos advertía que si se frustraba esa vocación, miles de almas no podrían salvarse y se irían al Infierno por culpa nuestra, lo que nos provocaba terror.

La incertidumbre continuaba —explica Hamilton—, porque «nunca nos decía si teníamos o no vocación, sino que nos mantenía en la duda durante un largo período. Y a diferencia del embarazo, podían ser cinco años en esta espera, en el discernimiento y en cuidar la vocación. Y solo él —con esa especie de atribución mágica que lo empoderaba— era quien sabía cuál sería el momento. Él sabía lo que Dios quería para uno».

Jimmy Hamilton buscaba ingenuamente momentos de soledad con su director espiritual para abordar estos temas que lo inquietaban. Quedarse solo con él era una oportunidad de conversar para tratar de ver si tenía o no vocación. «Me sentía lleno de energía y generosidad, quería entregar mi vida, tenía ganas de encauzar los atributos que creía tener. Y él retenía este flujo para su propio beneficio. Nos mantenía en un estado de limbo en este túnel oscuro del que queríamos salir lo antes posible para definir nuestras vidas y enfocar toda nuestra energía.»

En ese momento «era impensable la posibilidad de que pudiera pasar algo distinto a una conversación espiritual, a una decisión vocacional. En ese estado estaba yo en ese departamento en Viña», sostiene Jimmy Hamilton.

A solas en el sofá

El cura y el joven «secretario personal» se instalaron en el sofá del living del departamento del hermano de Karadima a ver las noticias de la tarde. «Me apoyó la mano en el muslo con suavidad y seguridad, con una actitud que me podía parecer cariñosa, como la de un padre.»

Pero a los pocos minutos, la escena cambió de tono. «Comenzó a acercar su mano a mis genitales y me empezó a masturbar... Rápidamente tuve un orgasmo. Quedé pasmado. Nunca imaginé

una situación así, menos que me produjese placer. Fue profundamente perturbador. Perdí las referencias de lo apropiado, de lo bueno, lo malo, y me sumí en una gran confusión», señala Jimmy Hamilton con serenidad y un brillo en sus ojos azules, mezcla todavía de enojo y dolor. Con similares palabras, su conmovedora confesión impactó a medio Chile cuando la reveló en Televisión Nacional, la noche del 26 de abril de 2010.

Mira de frente, se detiene unos segundos, toma aliento y su relato continúa: «Llegó el resto del grupo y me sentía abrumado, exhausto. Nos sentamos a comer y Karadima permanecía imperturbable. Después de la comida, los seminaristas se devolvieron a Santiago».

Juan Esteban Morales, en ese entonces estudiante de Medicina de la Universidad Católica, y Jimmy Hamilton, que paralogizado no atinaba a nada, se quedaron a alojar. «No era capaz de tomar ninguna decisión y la compañía de Juan Esteban me daba algo de calma. Nos quedamos en la pieza contigua y durante la noche revisaba mentalmente lo que había ocurrido.»

Desvelado e inquieto, barajaba la posibilidad de volverse solo, pero ni eso pudo decidir. Al final se quedó. «No era capaz de hilar una explicación congruente y me sentía culpable por haber desencadenado algo así. Tenía que ser una equivocación. Imposible, un hombre tan santo… debía ser una prueba divina para mi obediencia y templanza, un hecho de importancia menor en mi camino a la santidad. Debía ser una excepción... debía estar siendo aleccionado o probado.»

Al día siguiente, «un sentimiento de horror inundaba mi alma, solo la culpa afloraba. Monseñor no daba muestras de perturbación. Era impresionante», relata.

Partieron de regreso a Santiago después del desayuno, como si nada hubiese ocurrido. Hasta que al tomar el camino de vuelta, Fernando Karadima hizo detenerse el auto en la parroquia de Agua Santa, que tiene un santuario de Lourdes. «Me pidió que lo acompañara. Me dijo que lo que había pasado había sido un error

y que nunca se repetiría, que no tenía ninguna importancia», cuenta Jimmy Hamilton.

Entraron ambos a la iglesia y Karadima pasó a hablar con un sacerdote, recuerda el médico. «Luego me indicó que me confesara con uno que estaba en el confesionario y que solo le dijese que había tenido un pecado de pureza, y así todo quedaría arreglado.»

«Ese fue el principio del horror, del terror, de la culpa y mi transformación», señala Hamilton.

Entre culpas y «mañas»

A las pocas semanas del episodio viñamarino, Jimmy Hamilton fue premiado con un gesto de máxima confianza: «Fui incluido en el grupo íntimo que ingresaba a su pieza».

Por esa época, también Karadima le sugirió restablecer contacto con su padre James Hamilton Donoso. Así lo hizo y retomó el vínculo familiar. Fue acogido por él y su segunda mujer, Isabel Cruchaga, y conoció a los cuatro hijos del matrimonio, a los que asumió como hermanos. Pero nada imaginaban ellos de las inquietudes y sufrimientos del estudiante de Medicina, mientras continuaban los premios de su «director espiritual». Tampoco su madre, Consuelo Sánchez, sospechó nunca algo extraño.

Las contradicciones aumentaban entre el sentirse parte de ese grupo y elegido de Dios, y lo que iba ocurriendo con el cura, explica Jimmy Hamilton. «Mi vida era la parroquia y él era mi director espiritual; decenas de sacerdotes habían salido de allí, numerosos seminaristas le seguían, amigos míos compartían esa vida, esos principios y añoranzas, algo o alguien debía estar equivocado... sin duda era yo. A pesar de no entender lo que pasaba, seguramente era mi culpa, yo lo desencadenaba.»

En su declaración ante el Décimo Juzgado del Crimen, James Hamilton señaló: «A partir de entonces, se inició un período muy largo de mi vida de contradicciones, angustia, repugnancia y culpa por aquello que yo sentía que estaba provocando, y por

otra parte, Karadima seguía siendo mi guía espiritual y estaba totalmente sometido a su voluntad».

Las noches se le hacían cada vez más largas, dormía poco, pero la juventud —dice— le permitía aguantar. «Ya no solo me quedaba a comer, sino también permanecía hasta la madrugada en la pieza de monseñor, quien sufría de insomnio. Esperábamos hasta que le entrara el sueño para irnos. Fue en una de esas noches, en que me pidió que lo acompañara un poco más, que se produjo el segundo evento. Esta vez no solo me masturbó, sino que me pidió que lo masturbara a él y le practicara sexo oral. Me resistí al comienzo, pero el temor de perder su favor fue mayor. De ahí ya no tuvo vuelta, no fue de sorpresa, no podía resistirme. Me odiaba a mí mismo y la repugnancia de los hechos la dirigí hacia mí», manifestó James Hamilton en su denuncia ante el fiscal regional el 21 de abril de 2010.

Más distanciados al comienzo, frecuentes después, los «episodios» continuaron. En algunas ocasiones incluyeron la penetración por parte del cura, como quedó consignado en la declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz. En términos técnicos, Karadima sería un «sodomita activo». Al médico le cuesta hablar de esto. Solo asiente con la mirada cuando le digo que leí completo el expediente. La preocupación por sus hijos está presente: «¿Has pensado que tu libro lo pueden leer mis niños?», me pregunta.

Describe Jimmy Hamilton el proceso que vivía en esa época: «Mi mente se fue carcomiendo y mi alma perturbando profundamente. Ya no era el mismo, mi fe se fue debilitando y no lograba orar como antes. Cumplía con los ritos y trataba de ausentarme e irme a la capilla. Ni eso lograba darme paz, me sentía profundamente solo y no podía confiar».

«Me enfoqué en mi carrera —continúa— y traté de resistir numerosas veces, pero cada vez que lo hacía y evitaba subir a su pieza, él me recriminaba que estaba con la "maña" y como consecuencia me quitaba su favor, lo cual para mí era terrible, y volvía a ceder», confiesa.

En una oportunidad —recuerda Jimmy Hamilton—, Karadima mandó a varios sacerdotes, entre ellos al hoy obispo auxiliar de Santiago, Andrés Arteaga, que era el presidente de la Pía Unión Sacerdotal, a hablar con él. Estaba también el actual obispo castrense Juan Barros Madrid. «Eran al menos seis», señala. «En una de las salas de reuniones de la casa contigua al templo, me indicaron que mi fe flaqueaba y que monseñor no estaba contento conmigo, que debía rezar más y comprometerme con la parroquia.» Cuenta que la arremetida fue superior a sus fuerzas «y cedí nuevamente».

Esa noche, Jimmy Hamilton, «angustiado y maltratado psicológicamente por Arteaga y los otros sacerdotes», tocó la puerta de la pieza de su «director», quien lo acogió. «Trataba de resistir todas estas cuestiones sexuales de él, que sabía que estaban mal, pero no lo lograba.»

Se sentía atrapado en estas prácticas a las que había sido inducido por quien oficiaba el rol de padre, guía espiritual y representante de Dios en la tierra. Casi Dios mismo.

En nombre de los santos

—Cuando Arteaga y los demás te daban el recado de que «andabas con la maña» ¿era una cosa tácita? ¿Arteaga sabía de qué estaba hablando? —le pregunto.

—Quizás no, porque es posible que esto operara como células en que la información estuviera compartimentada.

Pero tanto Jimmy Hamilton como otras víctimas y testigos aseguran que Andrés Arteaga era muy enérgico para hacer cumplir la voluntad de Karadima. Y en el ambiente en que se vivía, una persona inteligente —como se le consideraba a él— era difícil que no captara algo extraño en las relaciones del cura con los jóvenes.

—¿Supiste de alguna otra historia similar anterior a la tuya?

—A mí el cura una vez me reveló que le había pasado antiguamente algo similar con un famoso médico al que yo conocía, pero que había sido un momento, que esto no le había ocurrido con nadie más, y que solo le sucedía conmigo. Eso reforzaba en mí la sensación de que yo estaba dañado. Que por mi manera de ser alegre, estaba generando en él esos sentimientos. Lo interpreté como actitud coqueta, provocadora mía. Entonces me fui a la mierda. Porque me sentía el culpable de todo lo que ocurría y él me mandaba a confesarme.

—¿Cómo siguió el proceso? Al comienzo te sorprendió desprevenido…

—Sí… como te decía, la primera vez yo esperaba tener un espacio para hablar de mi vocación, para discernir si sería sacerdote, y terminó en esta pesadilla. Después la frecuencia fue muy variable. Al principio, transcurrió un buen tiempo en que después del primer evento no pasó nada. Y tuvo una actitud como de premio. Me nombró vicepresidente de la Acción Católica.

No fue lo único. También le llegaron otras gratificaciones. «En ese tiempo, el marido de mi mamá me había regalado un auto, un Suzuki jeep chico; yo nunca tenía plata para bencina y el cura me llevaba a echar bencina, me invitaba a comer, me regalaba alguna radio. Había una serie de premios, que yo los interpretaba como muestras de cariño. Yo venía generando una especie de relación de dependencia muy fuerte hacia él, muy *power*», cuenta.

Jimmy Hamilton trata de explicar ese dominio que el sacerdote ejercía sobre él: «Él tenía la llave para abrir el libro sagrado que decía hacia dónde iba a ir yo, qué es lo que Dios quería de mí. Eso estuvo siempre presente. Era permanente. A pesar del daño que me generaba y de lo atroz de todo esto, yo no me daba cuenta de que era tan brutal. Sabía que estaba mal, pero él me decía: "No hay que preocuparse, son pecadillos menores. Piensa en San Agustín, que tuvo una vida licenciosa durante tantos años y después fue santo de la Iglesia; piensa tú en San Pablo, que decía

"me regocijo en mis debilidades, porque me acercan a Dios", me planteaba».

—¿Citaba a los otros santos para justificarse?

—Claro, tenía toda una batería de santos y de citas para minimizar estas cosas. Decía que no tenían importancia. El camino a la santidad, insistía, era un camino de humildad y obediencia. Y había que ser ciento por ciento obediente al director espiritual y ser humilde para reconocer todas estas debilidades que uno tenía.

—¿Se ponía en su rol de director espiritual en todo momento?

—Siempre. De hecho, yo tenía que preguntarle hasta si me podía comprar un par de zapatos nuevos.

—¿Y qué pasaba si no le hacías caso?

—Me quitaba su gracia. Dios me quitaba la gracia. Yo me transformaba en una persona réproba, un ser del demonio. Si yo no hacía lo que él quería, yo caía en las redes del mal y me aterrorizaba con la posibilidad de caer en las manos del maligno y de perder mi alma. Él manifestaba que solo junto a su camino, bajo su dirección y su discrecionalidad tenía la posibilidad de la salvación y de encontrar la santidad.

Agrega Jimmy Hamilton: «Aunque esta cuestión parezca inentendible para muchos, te aseguro que la mitad de la clase alta chilena vinculada fuertemente a la Iglesia Católica, que sabe de directores espirituales y todo esto, entiende de lo que estoy hablando; del sentido de obediencia que generan estos personajes; en especial, los que forman parte de los Legionarios de Cristo, del Opus Dei, o los schoenstattianos. Diría que se salvan los jesuitas y otras pocas congregaciones. Pero del resto… hay muchos que conciben así a los directores espirituales. Y lo que me inquieta más es que hay muchos dirigidos por pupilos de Karadima».

Presidente de la Acción Católica

En 1987, el año de la visita del papa Juan Pablo II a Chile, James Hamilton fue nombrado presidente de la Acción Católica

de El Bosque. «Tenía debajo a los vicepresidentes y secretarios; frecuentemente me tocaba realizar charlas de espiritualidad y cristianismo a los jóvenes del movimiento. En verdad sentía que el mundo podía transformarse a imagen de las enseñanzas de Cristo.» Los asiduos a El Bosque lo veían como uno de los más cercanos al párroco. Y muchos jóvenes envidiaban su posición.

«En ese tiempo ya no solo acompañaba a Karadima los lunes y a comer después de la misa, sino que también a las casas de sus amigos fuera de Santiago, incluso los fines de semana», declaró ante el fiscal Armendáriz. A pesar de su profundo desgaste interior, James Hamilton se sentía todavía un elegido. Seguía en Medicina, aunque durante un tiempo disminuyó su interés por la carrera e incluso pensó dejarla, porque no abandonaba la idea de ser sacerdote.

Los demás integrantes de la parroquia «vivían su vida como siempre, aparentemente sin sospechar nada, pues todo seguía el sistema establecido con anterioridad. No era extraño que un joven de confianza se quedara hasta altas horas de la madrugada, muchos lo hacían», continúa Jimmy Hamilton.

Transcurrió así la década de los ochenta y la estrecha relación de James Hamilton con su «director espiritual» continuó.

Confesiones con el padre Panchi

Durante toda esa época, debía confesarse con el padre Francisco Javier Errázuriz Huneeus, el padre Panchi, quien vivía en la casa parroquial. «Un sacerdote viejo de El Bosque, que tiene un alcance de nombre con el cardenal», aclara Jimmy Hamilton.

Por designio de Karadima, como relatan todos los denunciantes, Errázuriz —el sobrino del fundador de la parroquia, monseñor Alejandro Huneeus—, se convirtió en el «confesor oficial» para estos casos. «Él me indicaba que tuviese paciencia. Además, cuando nos íbamos a confesar teníamos que decir que los culpables éramos

nosotros. Lo más impresionante de todo era que Karadima confirmaba esa culpabilidad nuestra», señala Hamilton.

—¿Le contabas al cura Panchi en confesión lo que pasaba realmente?

—Le contaba como me decía Karadima que le dijera: que había tenido «un pecado de pureza». Pero más de alguna vez le mencioné con quién, aunque no lo nombraba, le decía «con el párroco». Entonces me decía: «M' hijo, no te preocupes, ten paciencia».

Muchas veces, cuenta Jimmy Hamilton en su denuncia, «debía ayudar en la misa y a dar la comunión, sin embargo había estado la noche anterior con él y ocurría que no lograba ubicar a Panchi, como llamábamos al padre Francisco Javier, con quien me mandaba a confesarme; entonces subía a la pieza de Karadima y le pedía que me absolviera por pecados de pureza».

A pesar del estado de subyugación en que se encontraba, James Hamilton tuvo en ese tiempo su minuto de desobediencia. «Un buen día me fui a confesar a escondidas con un sacerdote dominico que encontré en el templo de Pompeya. Le conté lo que estaba ocurriendo, aunque no le mencioné el nombre de Karadima. Me indicó que me alejara de "ese sacerdote". Cuando le conté a "mi director", me reiteró que solo me debía confesar con el padre Panchi.» Y una vez más obedeció.

—¿En qué momento empezó a asomarse en ti una mirada crítica?

—Desde que comenzó con los abusos mayores. Desde ese primer abuso en Viña, empecé a tener internamente un dolor que nunca más me abandonó. Se comenzó a resquebrajar mi alma y yo vivía en la culpa, en el temor, en el miedo de ser desconocido por él. Porque se genera un vínculo. Y cuando él me quitaba su gracia, con todo este tipo de reuniones con estos «matones» espirituales que me mandaba —dice refiriéndose a los otros sacerdotes enviados por Karadima para llamarle la atención—, me destruía.

Se sentía abandonado por el mundo. «No tenía a nadie más. Me había alejado de mi familia, de mis amigos de colegio. Lo único que tenía eran mis estudios en la universidad, pero nunca salí con mis compañeros de Medicina. Durante siete años dejé de salir con mujeres, porque tenía que mantener el celibato, probando si me iba o no de sacerdote.»

—¿Te planteaba Karadima lo del celibato?

—Él me lo exigía. Y en esos siete años fui célibe, salvo para sus gustos.

Con el correr del tiempo, tampoco estaba tan motivado por el sacerdocio como en la primera época. «Y pensaba que todo era consecuencia de mi falta de generosidad para con Cristo, al no haberme ido al Seminario cuando recién salí del colegio. Ya no tenía respeto por mí mismo y tampoco por Karadima, pero sentía que me dominaba. Pensaba que solo me quedaba tener paciencia y que en el fondo todo podría ser explicable. Fui insensibilizando mi corazón y dejando de sentir. La tristeza, la alegría fueron reemplazados por la angustia y la ansiedad. Me concentré en los estudios de Medicina, casi como un escape.»

—¿Él no te comentaba la posibilidad de irte al Seminario?

—No, yo muchas veces traté de conversarlo con él, pero a la vez era tanta la podredumbre dentro de mí que me decía: "Cómo estoy pensando en el Seminario", si ya no creía en nada. Trataba de rezar horas y horas con la esperanza de encontrar un consuelo. Pero me daba cuenta de que no tendría nada que hacer en el Seminario. Porque cuando tú estás dañado y sientes que eres desechable, no existen proyectos.

«Vivo al día»

En una de las conversaciones que sostuvimos después de hacer pública su denuncia, Jimmy Hamilton me señaló: «Hasta el día de hoy, si tú me preguntas cuál es tu proyecto de vida, no tengo. Vivo al día. ¿No quieres ser el mejor doctor, no quieres ganar plata?

¿No quieres ser un dirigente político? No, no quiero. Yo, feliz me dedicaría a viajar por el mundo, me encantaría estar excavando ruinas como arqueólogo, metido en la naturaleza… Y solo. Ni siquiera me encuentro capaz de mantener una relación estable».

«Y mi daño —continúa— me hizo sentir durante años que era incapaz de ser un buen papá. Para mí es un milagro que mis hijos estén como están y probablemente ese milagro se debe a su madre. El daño para mí ha sido profundo y total. ¿Cómo te explico que no hay daño mayor?»

El médico se detiene unos instantes detrás del escritorio en una consulta de la Clínica Santa María. Está vestido con el delantal blanco y busca las palabras para expresar lo que ha sentido: «A la mujer que la violan, la violan contra su voluntad. Ella sabe que la están violando. Al que lo meten preso por política, por una causa y le hacen cualquier cosa, es contra su voluntad, no están destruyendo su ser y sus creencias. A uno le destruyen todo. Y al final, pasan por arriba de la voluntad de uno».

—Dices «no tengo proyecto», pero quieres salir adelante con tu vida…

—Mi proyecto hoy es, te lo voy a decir de una manera que puede ser un poquito ingenua, que me gusta operar, me gusta atender pacientes. Adoro a mis niños, me encanta la naturaleza, me gusta pintar, me gusta salir en una moto al aire, pero vivo al día. No soy una persona que diga voy para allá, quiero hacer eso. Quizá los designios de Dios no son esos. El plan de Dios quizás es otra cosa.

—¿Crees todavía en Dios?

—Claro que tengo esa especie de sombra como de un diosito que está acá encima de mí.

—¿Te sientes católico?

—No me siento católico. Me siento cristiano… bueno, ni siquiera. Siento que hay algo en mí que está metido en mis entrañas que si me ponen dentro de una iglesia y de una misa voy a tener recogimiento. Si me dan la comunión, la voy a recibir con amor, pero… como puedo recibir con amor también una

ceremonia de iniciación indígena en el Amazonas o una ceremonia de tambores por los apaches en Norteamérica. Porque siento que es parte de mi cultura, entonces no me puedo desarraigar de todas sus cosas.

—¿Qué sentías tú por el cura Karadima?

—Al principio sentía que era mi opción de salud espiritual. Mi opción de sanación humana. Mi opción de imagen de padre. Mi opción de completar un pedazo enorme de mi vida y de mi estructura que había quedado ausente por mi falta de padre y porque tuve una mamá un poco ausente. Ella se casó a los diecisiete años, cuando todavía no terminaba el colegio y luego se embarazó; mi sensación eterna desde niño era de abandono permanente. Recuerdo haberme escondido a los seis o siete años en el jardín de mi casa a llorar debajo de las plantas con profundo dolor, porque sentía que no me querían. Y toda mi vida me acompañó esa sensación de no ser digno de amor.

»Llegué entonces a un lugar donde un sacerdote, nada menos que un hombre que consideraban todos un santo, un hombre de Dios, se fija en mí y me pone el dedo, y me dice "tú", cuando yo estaba al final de la iglesia. Este hombre, que era representante de Dios y —como se decía— heredero de un hombre santo que era el padre Hurtado, provoca una transformación profunda, sentí que era mi gran opción espiritual.

—¿Ese embrujo explicaría tu permanencia en El Bosque por tantos años?

—Obvio. Para mí era la moral adecuada a la sana doctrina. Uno sabe que hay algo que está mal, le duele, se quiere resistir. Pero al mismo tiempo, está todo este otro argumento casi teológico espiritual con el temor y la culpa. Yo creo que ni hasta hoy me he sacado esa culpa. Entonces esa pseudoética es lo que prima. Se crea una nueva moralidad a la pinta del perverso Karadima. Y este perverso inicial convierte a la gente.

—¿No había algunos que se retiraban de El Bosque? ¿No te llamaba la atención eso?

—Se iban retirando algunos y me llamaba la atención, pero siempre había una explicación, llamémosla teológica, psicológica o psiquiátrica. O se iba porque tenía «la maña», lo que significaba que tenía «el demonio adentro», o se retiraba porque era un porfiado y un soberbio, porque quería hacer lo que a él le parecía. O se iba porque era «loquito». Además, el cura se presentaba como pitoniso, con capacidad profética de determinar quién tenía vocación. Y si alguien se iba, venía una situación de desacreditación total de la persona. Y a nosotros nos entregaba la versión oficial, como cuando Pinochet decía «en Chile no hay detenidos desaparecidos», o en Chile «no se cometen atrocidades». Nosotros vivíamos con esa versión oficial.

Jimmy Hamilton señala que ha reflexionado mucho para comprender por qué se quedaba. «Tal vez era porque cuando uno entra a este lugar realmente uno entra a una familia. Por eso, se me viene a la cabeza esta idea de Colonia Dignidad. Porque uno empieza a tener su vida adentro y, como en toda pseudofamilia, uno empieza a aceptar las cosas como son, a adaptarse, casi a encontrar normal ciertos hechos y situaciones. Siempre hay una intuición interna que a uno le dice esto está mal. De hecho, cada vez que Karadima abusaba de mí, como te contaba, me mandaba a confesar donde Francisco Javier Errázuriz, al que llamábamos Panchi. Pero yo me tenía que confesar, confirmando que yo era el culpable.»

«Que otro sacerdote me forzara a esta situación de que había que tener paciencia y que no lo consideraran "pecado grave" también influía en esa pérdida de sentido», indica.

La culpa y el miedo, entretanto, hacían de las suyas. «Cualquier cosa debía ser asesorada por Karadima —dice Jimmy Hamilton— y ni siquiera la ropa podía ser a su disgusto. Muchas veces criticaba abiertamente a otros integrantes de la Acción Católica e incluso los echaba del "movimiento" por la más mínima acción autónoma que no contara con su beneplácito. Les decía que se les había metido el diablo y los mostraba como

ejemplo de falta de humildad y de cómo era fácil caer en las manos del demonio. Si yo no obedecía, me decía que yo estaba poseído por el demonio.»

—El demonio volaba por El Bosque…

—Era su aliado permanente. Si estábamos en cualquier cosa en desacuerdo con él, era porque estábamos cayendo en manos del demonio. Esto era de vida o muerte, de salvación o de condenación eterna. Y aparecía siempre presente la amenaza del Infierno. Entonces, era la perversión perfecta, donde la moralidad la crea él. El dominio total de las conciencias, de los cuerpos y de los espíritus lo tiene él; él crea un nuevo mundo, una nueva cultura, una nueva realidad. Y es una realidad totalmente centrada en él.

Un señor feudal de El Bosque, cuya voluntad absoluta era la ley por la cual todo se regía, hasta que el escándalo estalló.

Capítulo VIII

MATRIMONIO INTERVENIDO

En esta sórdida historia que se empezó a tejer hace ya varias décadas, hay un personaje que impactó a todos los que han seguido la situación vivida en torno a la parroquia de El Bosque. Es Verónica Miranda Taulis, médico e ingeniera de cuarenta y tres años, ex mujer de James Hamilton Sánchez, y madre de sus tres hijos: Verónica, de diecisiete años; Diego, de quince, y Teresita, de catorce.

Verónica Miranda apareció en el programa *Informe Especial* de abril de 2010, apoyando los dichos de su ex marido. Su testimonio, precisamente por haber estado casada once años con Jimmy Hamilton, contribuyó a afianzar la credibilidad en la atónita audiencia.

El abogado querellante Juan Pablo Hermosilla, quien ha acompañado a los denunciantes desde esa fecha, la califica como «un personaje notable. No conozco a nadie que no le haya impresionado. Es un portento».

Delgada, de pelo largo castaño, que acentúa su figura menuda, alguna vez pensó en ser monja, hasta que se enamoró de James Hamilton en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. «Con un amor infinito por Jimmy, entendió lo que le había pasado y que él no habría podido desahogarse con ella, porque estaba atrapado por Karadima. Salir en la televisión apoyando a su ex marido, después de todo lo ocurrido, muestra que es una mujer notable», afirma el abogado.

Fue ella la primera en conversar con un cura amigo sobre lo sucedido y formalizar una denuncia ante la Iglesia Católica en 2004. «¡Y cómo ha cuidado y apoyado a sus chiquillos! Tú la

ves y te acuerdas de esa gente en dictadura que era pura entrega. Cero beneficio», agrega Juan Pablo Hermosilla.

Aunque no esté caratulado así en ningún proceso y sus declaraciones para la justicia sean las de una testigo, basta recorrer desde fuera lo que ha vivido para comprender que esta mujer ha sido una de las principales víctimas de Fernando Karadima.

Pololeo culposo

En marzo de 1990, cuando se iniciaba la recuperación de la democracia en Chile, James Hamilton cursaba el séptimo año de Medicina. A pesar del infierno interior que vivía, había vuelto a poner su foco en los estudios. Poco le faltaba ya para titularse, cuando conoció a Verónica Miranda, estudiante de cuarto año de la misma facultad. Siete meses después empezaron a pololear. «Despertó sentimientos y deseos durante mucho tiempo olvidados por mí. Fue esperanzador y renovador», cuenta Hamilton.

Pero el impulso inicial no duró mucho. «Al tercer día de pololeo, Jimmy me dijo que no podía pololear conmigo», señaló Verónica en su declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz[1].

Jimmy, sin saberlo Verónica, había contravenido una regla importante: Karadima se arrogaba la atribución de dar el pase a cualquier decisión afectiva de sus niños de la Acción Católica. Ellos tenían que consultar cuándo podían pololear, con quién hacerlo y si podían tomar la mano o dar un beso a la polola. Cualquier paso debía ser sometido a consulta y contar con la aprobación del «santo» que dirigía sus vidas.

«Sentía culpa, ya que no era aprobado por mi director espiritual que yo conociera a alguien; debía ser planificado y solo podía hacerlo cuando Dios lo dispusiese para mí», explica Jimmy Hamilton. «Tanta fue la pugna interna, que me puse a pololear de manera oculta. Pero luego se lo confesé a Karadima.»

---

[1] Declaración de Verónica Miranda Tauhs ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 24 de mayo de 2010.

La confidencia desató una nueva crisis, cuenta Hamilton. «Me citó con un grupo selecto de sacerdotes de su confianza al restaurante Villa Real, en Providencia, adonde iba a menudo, y me ordenó que dejara la relación.»

Después de eso Jimmy Hamilton quedó mal. «Y me pareció que la única posibilidad de seguir con Verónica era incorporarla a la parroquia, así que la invité a las reuniones de los miércoles. Poco a poco empezó a participar.»

Unos días después se volvió a acercar a Verónica en la universidad y la invitó a El Bosque, donde él seguía siendo presidente de la Acción Católica. Hasta ese momento, «Jimmy no me había llevado nunca para allá. Sin embargo, la religión no era nueva para mí, pues estuve en un colegio católico y, de hecho, antes de entrar a la universidad había estado pensando en ser monja», dice ella.

Cuando comenzó a ir a misa a El Bosque, solía sentarse en los bancos del fondo de la iglesia. No conocía a nadie. Sintió entonces la inquietud de conversar con algún sacerdote. Jimmy le propuso a Andrés Arteaga, en aquella época vicario parroquial, con la idea de que se transformara en su director espiritual. Ella no sabía mucho de qué se trataba todo esto, pero le pareció una buena idea. Alcanzó a sostener algunas conversaciones con Arteaga, pero Karadima decidió que ella también estaría bajo su tutela.

Verónica Miranda declaró el 4 de junio de 2004 ante Eliseo Escudero y Gustavo Adolfo García Fuenzalida, de los Sagrados Corazones, quien actuó como notario ad hoc. Es la primera acusación ante la justicia eclesial sobre este caso. En el escrito, elaborado por los sacerdotes García y Escudero —que lleva sus firmas y la de Verónica Miranda—, se consigna: «El padre Fernando le sugirió que su director espiritual debía ser él, porque ya lo era con Jimmy y que era conveniente que así fuera. Ella asintió sin poner mayor dificultad, pensando que así tenía que ser, aunque habría preferido al padre Andrés»[2].

[2] El documento tiene fecha 5 de junio de 2004. Establece la comparencia de Verónica Miranda Taulis ante el promotor de justicia presbítero Eliseo Escudero Herrero y el notario nombrado ad hoc, padre Gustavo Adolfo García Fuenzalida, SS.CC. Como

Indica el documento del promotor de justicia eclesiástica que «la dirección espiritual comenzó con una confesión general. Allí el padre indagó toda la vida de Verónica, diciéndole que él debía conocer todo lo que le había sucedido hasta ese instante. Le preguntó incluso sobre lo que ya había sido confesado con el padre Andrés, y si había sucedido "algo" durante el pololeo con Jimmy».

La relación de los jóvenes estudiantes de Medicina se reanudó unas tres semanas después de que ella empezó a ir a la iglesia. «Jimmy me invitó para lograr la aprobación de Karadima de nuestro pololeo, según me dijeron otros jóvenes y sacerdotes de la parroquia», consigna Verónica en su declaración ante el fiscal Armendáriz [3]. Y expresa que por la cercanía de Jimmy con el cura, «rápidamente tomé confianza y, de hecho, como mujer, tuve muchos privilegios que ninguna otra tenía en El Bosque, como entrar y tener libertad para circular en los pasillos interiores y el comedor».

Las esclavitas

La situación privilegiada a la que alude Verónica Miranda se relaciona con el ostensible segundo plano en que Fernando Karadima relegaba a las mujeres.

«En El Bosque las mujeres eran "las esclavitas", como les decía él. Servían para limpiar los copones y lavar la ropa», señala Jimmy Hamilton. «Las tenía ahí con la expectativa de que algunos de estos "lolos" no se fueran de cura y las podía casar con ellos. Había una perfecta manipulación de todo. El tipo es despiadado. Le importaba un pucho lo que pasara con ellas o con nosotros. La única persona de la galaxia a la cual él le tenía

---

todos los documentos ante la justicia eclesiástica, este era reservado. No obstante, cuando Verónica Miranda concurrió a declarar ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, acompañó este escrito. Por lo tanto, es parte de la indagatoria de la Fiscalía y tiene carácter público.

[3] Declaración de Verónica Miranda Taulis ante el fiscal regional Xavier Armendáriz, 24 de mayo de 2010.

miedo era a su madre. Hoy creo que amor no sentía por nadie. Todos éramos objetos.»

—¿Cómo era la madre de Karadima?

—Doña Elena Fariña era una madre terrible, dominadora, déspota, afirma Hamilton.

El periodista Juan Carlos Cruz recuerda con nitidez el rol menoscabado que el sacerdote atribuía a las mujeres. «A sus jóvenes que no enviaba al Seminario, él les elegía estas mujeres de buenas familias pero en extremo sumisas. Les organizaba literalmente los matrimonios. Les decía "es la voluntad de Dios" que tú pololees con ella. A las mujeres las miraba en menos. Las llamaba "las esclavitas" y decía que las tareas menores que les encomendaba les hacían bien para practicar la humildad. Para lo único que servían en la parroquia era para limpiar los copones y hacer catequesis.»

Este desprecio por las mujeres es una característica que surge en diferentes testimonios. Otros agregan que también les encomendaba repartir medallitas y pasar la colecta.

Según Juan Carlos Cruz, muchas de las niñas de El Bosque habían querido ser monjas, «veían al padre como lo veíamos nosotros, como este santo enviado de Dios. Ellas también le decían "santo o santito". Y nunca cuestionaban que se quedara tanto tiempo con sus maridos. Si alguna reclamaba, decía: "Está con la maña", y hacía que otras mujeres o algún otro cura hablara con ella; o él mismo las encaraba. Y, para variar, decía que se les había metido el demonio. Y como eran sumisas y querían hacer la voluntad de Dios, acataban».

«Cásate pu'h m'hijo»

En 1991, Jimmy Hamilton ganó una beca de cirugía en la Universidad de Chile, en la sede del Hospital del Salvador de Santiago. «Durante ese año, a pesar de mi pololeo, las cosas no cambiaban, salvo que ahora debía esconderme para que Verónica no se enterara de lo que ocurría con monseñor.»

Al mismo tiempo, relata, «la intensidad del pololeo se hacía mayor y constantemente me tenía que confesar con el padre Fernando por lo que consideraba "mis pecados de pureza", más allá del respeto mutuo que nos manteníamos; probablemente pasaba lo mismo con Verónica».

Ese año, al llegar el verano, un día en el estacionamiento de la casa sacerdotal en El Bosque, «tratando de ver cómo resolvía estos "pecados", le pregunté a Karadima qué podía hacer de mi vida, a lo que me contestó: "Cásate pu'h m'hijo". Después del drama interno que me suponía mi supuesta vocación sacerdotal, todo se resolvía de pronto al sacar el auto para acompañarlo a alguna de sus actividades».

Meses más tarde, Hamilton siguió el consejo. Venía llegando de un viaje a Nueva York, junto con Gonzalo Tocornal, al que fue invitado por Karadima. Entonces, a su regreso, le propuso matrimonio a Verónica Miranda. Pero no obtuvo una respuesta definitiva. «Para mi sorpresa, Verónica me indicó que se iba de viaje a Europa con su hermana Claudia y que me contestaría a la vuelta. Solo años después supe que, como había pensado en ser religiosa, iba a decidir sobre su vocación allá, cosa que supongo sabía Fernando Karadima.»

Ese verano, Jimmy Hamilton tuvo muchos turnos médicos después de dos semanas de vacaciones. Se sentía angustiado por el trabajo, la duda ante la respuesta de Verónica y la presión siempre presente de Karadima. Estaba agotado y deprimido. Durante su viaje, ella le mandó algunas cartas y en ocasiones hablaron por teléfono.

Verónica tuvo un nuevo acercamiento a la Iglesia y a la idea de dedicarse de lleno a ella. Por eso, tras la propuesta matrimonial, prefirió tomarse un tiempo para despejar sus dudas. Y comentó el asunto con Karadima. «Él como que fue desinflando mi vocación», dice. Ya de vuelta de Europa, a principios de marzo, Verónica aceptó el matrimonio.

«Luego Jimmy me regaló un anillo de compromiso y me decidí. Nos casamos en diciembre de 1992, en un matrimonio muy bonito», declaró Verónica Miranda ante el fiscal.

Sin embargo, para Jimmy Hamilton, ya antes de efectuarse el matrimonio, «la comunicación entre Verónica y yo estaba bloqueada; todo pasaba por nuestro director espiritual común, por lo que nunca logramos establecer una intimidad cómplice».

La ceremonia religiosa realizada en El Bosque, oficiada por el propio Karadima, con prédica incluida, fue «una puesta en escena grandiosa, una misa con decenas de sacerdotes salidos de la parroquia», describe.

«El día del matrimonio —cuenta Jimmy— yo estaba muy ansioso y angustiado, estaba haciendo lo que Dios quería, pero no estaba contento, sentía que era el premio de consuelo por no haber sido sacerdote... no hubo caso, no lo podía disfrutar. Durante la prédica del padre Fernando, yo trataba de olvidarme de toda la historia previa y trataba de ver el futuro con esperanza y añoranza de libertad.»

Después hubo una celebración en el Hotel Hyatt. Brindis, exquisiteces y bailes. «Fue una gran fiesta, pero yo sufrí desde el principio. Lo único que quería era irme de luna de miel», dice el novio.

En la «colonia virtual»

Las cosas no mejoraron. La dependencia frente al director espiritual seguía. De vuelta a Chile, tras un viaje a México, el sometimiento de la pareja respecto del cura siguió intacto. Jimmy y Verónica se instalaron en Santiago. «Llegamos a un departamento arrendado que monseñor mandó a pintar, lo que genuinamente agradecí, como las numerosas ayudas en bencina para mi auto, invitaciones a comer y algunos regalos más. Lo que yo pensaba que había acabado, continuó. La rutina era la misma, pero ahora se agregaba Verónica, que nos acompañaba a comer al comedor de la casa sacerdotal; después de la comida, el padre me pedía que lo fuera a examinar a su pieza», señala Jimmy Hamilton.

Jimmy y Verónica iban a menudo a la parroquia. Después de un tiempo se cambiaron de casa, pero tuvieron que decidirse por un nuevo domicilio cerca de El Bosque. Así lo dispuso Fernando Karadima. «No nos podíamos ir de la parroquia, teníamos que estar dentro de lo que era su jurisdicción. Teníamos que ir todos los días a misa de ocho de la tarde o llegar al Rosario veinte para las ocho», comenta Jimmy. Y Verónica agrega: «Llegué a ir para allá en la mañana y en la tarde, es decir, dos veces al día a misa; la verdad, era mi casa».

«El padre Fernando siempre quiso que como matrimonio vivieran cerca de la parroquia, los quería tener allí», señala el informe ante el promotor Escudero que consigna el testimonio de Verónica. «Incluso le pidió a un sacerdote que comprara un departamento en el barrio para luego arrendárselo a ellos. Ellos estaban viviendo en otro lugar entonces, pero a instancias del padre tuvieron que trasladarse al que él les ofrecía», señala.

Durante un tiempo en que vivieron «lejos de El Bosque, en el barrio alto, iban a misa a la parroquia del lugar (...), pero el padre Fernando les cobraba sentimientos y comentaba que esas misas no eran válidas; lo peor del caso es que se los decía en serio», señala el informe.

«El mundo de El Bosque era muy encerrado. De hecho, en tiempos de mi matrimonio nos teníamos que cambiar de casa para estar cerca de la parroquia», confirma Jimmy Hamilton. «La casa donde vivíamos era de los papás de Gonzalo Tocornal, que se la había regalado aparentemente a Francisco Proshaska, otro de los chiquillos de la parroquia, pero decían que era administrada por Fernando Karadima. Y nosotros pagábamos el arriendo a Proshaska. No tengo idea dónde terminaban esas platas. Pero esa fue la última casa que tuvimos en común con Verónica.»

—Curioso el sistema de vida...

—Completamente controlado. Había un control total. Karadima era una especie de Paul Schäfer, pero El Bosque es una Colonia Dignidad sin rejas a su alrededor. Hay en este caso

un límite inmaterial, pero a mucha gente nos mantenía dentro de esta especie de colonia virtual, incluso desde el punto de vista físico.

Padrino de bautismo

«Nuestra cercanía con Karadima era total —continúa Verónica Miranda en su testimonio ante el fiscal—, él nos influenciaba totalmente a ambos, no quería que fuésemos a otras misas; él decidía lo que yo debía decirle a Jimmy, no podía pensar ni hacer nada de forma autónoma. Karadima sabía nuestra intimidad como matrimonio y hablaba de ello, era como una preocupación permanente de él. Ahora lo pienso como si hubiese sido un matrimonio de a tres. Por esto, también siento una suerte de abuso psicológico y espiritual hacia mí.»

El documento del procurador Eliseo Escudero y el notario Gustavo Adolfo García señala en uno de los primeros párrafos: «Al nacer la hija mayor de Verónica y Jimmy, el padre Fernando les pidió ser padrino de bautismo de la guagua, pero en esa ocasión Jimmy no aceptó tal petición». No obstante, al nacer el segundo hijo, la insistencia continuó y «se lo entregaron como su ahijado».

Aunque en el ambiente de El Bosque se asumía con naturalidad ese pedido de Karadima de ser padrino —y de hecho innumerables matrimonios son «compadres» del cura— es una costumbre que llama la atención incluso dentro de la Iglesia, ya que lo habitual es que el sacerdote bautice a un niño, pero que los padrinos sean familiares o amigos.

—¿Qué rol le daba él a Verónica? —le consulto a Jimmy.

—Como la meretriz de los hijos que yo le iba a entregar a él. De hecho me pidió ser el padrino de mi hijo hombre. Y a mí me hubiera encantado darle a otra persona la posibilidad de ser el padrino. Pero era imposible…

—¿Lo bautizó y fue el padrino?

—Sí, claro. Pero no le podía decir que no, porque por cualquier cosa que fuera en contra de sus deseos me hacía un berrinche, era quitarnos su favor, era quitar el favor de Dios.

—¿En qué se manifestaba el berrinche?

—De alguna manera, te dejaba de hablar, o si tú ibas a misa y lo ibas a saludar, no te devolvía el saludo. O te decía: «Estoy muy ocupado, tengo que hacer, m' hijito». Siempre había como una ley del hielo. Un chantaje emocional. Y era una situación que al principio me afectaba muchísimo; sin embargo, en la medida en que fue pasando el tiempo, uno ya se somete como por entero, pero trata de que estas cosas no perturben el resto de tu vida. Pero cuando uno empieza a insensibilizarse con todo esto, comienza también a insensibilizar su corazón. Empieza a olvidarse de que es persona. Y que vive y tiene sentimientos. En cierto modo, uno deja de vivir.

La intromisión del cura en el «matrimonio de a tres», como lo define Verónica, se manifestaba en todos los planos. Incluso en cuestiones domésticas.

Jimmy relata un episodio que sucedió después de casado, cuando se le ocurrió comprar un televisor. «Vivíamos muy justos, pero había ganado unos pesos y compré un aparato de televisión. Karadima nos hacía invitarlo a comer a la casa. Y un día llegó y vio el televisor nuevo; me llamó a un lado y me dijo: "M'hijo, no me consultaste lo de tu tele". Entonces yo le contesté: "Pucha, en realidad padre, no se me ocurrió". Y su respuesta fue: "Recuerda que me tienes que consultar". Para todo era así.»

Relaciones trianguladas

Entretanto, bajo su «dirección espiritual», Verónica «se ciñó a todas las directrices que el padre le daba», anota el informe eclesiástico. En alguna oportunidad, cuando no le hizo caso, Verónica fue «recriminada por Jimmy, su esposo, quien le pidió que fuera obediente con el padre. Ella acató la orden».

«El problema era que Jimmy no se atrevía a contradecir al padre —continúa el documento— y hacía exactamente lo que le ordenaba, incluso hasta las pequeñeces más nimias, como qué lápiz usar en la camisa. (…) Y si al padre no le gustaba el lápiz, simplemente no lo usaba más.»

Señala la denuncia de Verónica, registrada por el procurador Escudero y el notario García: «El padre utilizaba a Verónica o a otro sacerdote para averiguar información sobre Jimmy cuando este andaba de mal talante: le gustaba indagar el porqué de su estado de ánimo y por qué no quería ir a conversar con él».

Jimmy Hamilton ratifica: «Mi ex mujer —que es una mujer notable, honorable, buena— y yo llegamos a confesar a Karadima secretos personales, problemas propios del ser humano, puesto que él era nuestro director espiritual y confesor. En este juego entre la dirección espiritual y la confesión, de repente era él quien definía qué cosas se le habían dicho en confesión y qué otras en dirección espiritual. Se daba una situación de profunda confusión y dominación».

—¿Cómo establecerías tú la diferencia entre confesión y dirección espiritual?

—El director espiritual es una suerte de consejero, un *coaching*, pero en estos casos se atribuye la visión de Dios. El director espiritual le dice a su dirigido lo que a él, de acuerdo a su intuición y su inteligencia, le parece que es lo que Dios quiere para su dirigido. Es un *coaching* divino. Pero el confesor es el que te quita las culpas. Le cuentas tus pecados mortales y veniales; con quién fuiste infiel, a quién le mentiste, a quién robaste, a quién mataste… toda la gama de lo que se consideran pecados dentro de la Iglesia.

Jimmy Hamilton explica que algunas congregaciones «dividen estos roles casi de manera obligatoria y no dejan que la persona del confesor sea a la vez el director espiritual. Acá, este hombre cumplía ese doble rol. Según su teoría, esta era la única

manera de conocernos en profundidad para poder ver qué era lo que Dios quería de nosotros. Establecía así un control total sobre la vida de nosotros, porque él era, además, la voz divina».

Vestuario dirigido

«Ese proceso —agrega Hamilton— generó dentro del matrimonio una situación en la cual no quedaba claro lo que uno le decía en confesión al director espiritual, porque al final él tenía la discrecionalidad de definir. Y con la información que obtenía podía chantajear a uno de los dos. Verónica le había contado cosas que yo supe después de quince años.»

«Y como teníamos una comunicación muy inmadura, de niños muy chicos ambos —dice—, él tenía sobre ella la amenaza permanente de que si no hacía las cosas que a él le parecían o se vestía como él quería, podía tener consecuencias...»

—¿Ella se vestía como él quería?

—Sí, claro. De repente, si llegaba en minifalda y consideraba que a mí me podía gustar, encontraba que ella estaba muy provocativa. Entonces, en cierto modo, él le fue matando su feminidad. Fue destruyendo su feminidad para mantenerme en una situación de frustración en este aspecto, lo que por otra parte facilitaba el abuso. A pesar de llevar algunos años casado con Verónica, la presión de Karadima seguía y en ocasiones nos juntábamos en su pieza.

El asunto de su vestuario y aspecto externo también lo abordó Verónica con Escudero y García en 2004. El informe lo resume así: «Verónica vivió una influencia fuerte del padre Fernando, quien opacó mucho su feminidad. Siempre le decía que no es posible que una mujer casada vaya pintada o tan bien arreglada. Al principio, lo tomaba como una broma, pero al final le comenzó a molestar. Sin embargo, logró cambiar sus costumbres para ser una mujer que pasaba más bien desapercibida. Esta situación se repetía con otras mujeres. Los padres de Verónica advirtieron ese cambio y se lo cuestionaron».

Jimmy Hamilton señala que Karadima dejaba entrever la complicación de que «cosas mías que él sabía también se las podía contar a Verónica». Entonces, dice, «se genera una ruptura total de comunicación en la pareja. Cero complicidad, cero intimidad. Toda esa situación atentaba contra lo más profundo que puede haber en una pareja, como lo es el mundo de la lívido y la energía del eros, que es una energía vital. Esta triangulación en el fondo lograba impedir cualquier tipo de matrimonio como corresponde».

En el documento que recogió la denuncia de Verónica hay otros antecedentes que pueden haber contribuido al distanciamiento afectivo de la pareja: «El segundo y tercer embarazo fueron dificultosos, con largos periodos de cama».

Información cruzada

Pero la «triangulación» no ocurría solo en el espacio del matrimonio, según Hamilton. «Esto mismo también lo hacía con amigos. Siempre estaba cruzando la información, porque era director espiritual y confesor de todos.»

—¿Con cuánta gente cruzaba información?

—Con todos los que circulaban en torno a la parroquia, cuarenta y cinco o cincuenta personas. Además, sin contar a los sacerdotes, los obispos y la periferia que constituye su red de influencias que pueden ser miles de personas a las que confesaba cada cierto tiempo.

—¿Con qué frecuencia tenías tú estas sesiones de confesión y dirección espiritual?

—Semanalmente y cuando tenía alguna duda o necesidad de consultar algo, podía ser más seguido. Por ejemplo, si era invitado a un congreso o me estaban ofreciendo una beca…

—¿Todo eso pasaba por la dirección espiritual? ¿Un congreso médico también?

—Todo. Porque él sostenía que quizá no convenía que yo viajara, porque el congreso me podía aumentar la vanidad. Entonces,

por humildad yo tenía que dejar de ir al congreso. Había que hacer pruebas de humildad. Él contaba que una vez que lo habían invitado a viajar, el padre Hurtado le había hecho romper los pasajes porque no convenía que él viajara en ese momento. Siempre estaba dando ejemplos de cosas que le habían hecho a él y heroicamente había obedecido a su director espiritual que, según él, era el padre Hurtado.

»Teníamos una doble referencia de santos: el padre Hurtado que ya era Siervo de Dios o Santo en vida, a quien después la Iglesia canonizó, y luego venía este otro santo que se decía heredero de toda la doctrina del padre Hurtado. Pero lo que hacía la Iglesia, en relación con la defensa de los derechos humanos, tenía que ver con curas comunistas.

Un hombre triste y opacado

El informe basado en la denuncia de Verónica Miranda reitera la estrecha vinculación que Verónica y Jimmy mantenían con Karadima: «Lo acarreaban a diferentes lugares, cenaban juntos en su casa... No eran muchos los matrimonios que mantenían este grado de intimidad». Destaca también que «tenían cargos especiales en la parroquia. Jimmy fue durante cinco años presidente de la Acción Católica. Lo fue desde antes de su matrimonio. Después de casados se les encargó impartir charlas de preparación a los novios para el matrimonio».

Pero mientras daban charlas para los demás, la situación de ellos como pareja en este «matrimonio intervenido» se hacía imposible. «Seguimos yendo juntos a misa y tras la llegada de nuestros hijos todo siguió igual… Me sentía profundamente solo, en una casa con una buena mujer, lindos niños, pero no era mi hogar. Me volqué con intensidad a mi trabajo, el cual me consumía gran parte del tiempo y energía. Nos cambiamos varias veces de casa, siempre con la orden de que fuese cerca de la parroquia. Me gustaba pintar óleo y tenía varios cuadros... nunca quise ponerlos

en las paredes, no tenía el sentimiento de pertenencia», relata Jimmy.

Según él, en ese tiempo «como papá era pésimo, no era capaz de acompañar a mis hijos en nada, ni siquiera me dediqué a mirarlos desde el jardín si es que jugaban afuera o en la calle. Llegaba solo a dormir siesta y me empecé a deprimir. Despertaba agotado en las mañanas, engordé, choqué en un año como cuatro veces por quedarme dormido, incluso contraté a un chofer... Y solo tenía treinta y cuatro o treinta y cinco».

En ese estado de ánimo decidió recurrir a un siquiatra, «pero monseñor me sugirió que era mejor aumentar la oración en la capilla». Al final, acudió al médico personal de Karadima, Santiago Soto, «a quien no fui capaz de contarle lo que me ocurría y me recetó un antidepresivo y ansiolíticos». Los empezó a tomar, pero el asunto era bastante más de fondo.

«En el tiempo que vivía su problema, Jimmy era un hombre más bien triste, opacado, cansado, de mal genio. Imaginaba que todo el mundo estaba enojado con él», describió Verónica Miranda al promotor Eliseo Escudero. «Sin embargo, antes de ocurrir estos hechos, él no era así; era un hombre bueno para compartir con sus amigos. Incluso sus compañeros de colegio contaban que al entrar a la parroquia él se transformó, volviéndose un hombre más reservado y con menos vitalidad», apunta el informe.

«A Verónica le ha tocado lo mismo que a otras señoras: esperar a sus maridos mientras estos conversan con el padre Fernando en su dormitorio, arriba en el segundo piso de la casa (...) esa espera le parecía normal y no producía sospechas», dice el documento del proceso eclesiástico. «Estas subidas al segundo piso Verónica no las veía con maldad. Las esperas y subidas se suponía eran cosas espirituales y no le provocaban ni dudas ni sospechas.»

Escenas de doble vida

En una de las numerosas conversaciones sostenidas con Jimmy —varias en mi casa, otras en la Clínica Santa María o en la Universidad de Chile—, seguimos profundizando en esa doble vida que llevó durante años, tratando de desentrañar lo inexplicable. La persistente pregunta sobre el tiempo que estuvo bajo la influencia o el hechizo de Karadima, vuelve a la mesa repetidas veces.

«Cuando me casé, pensé que nunca más me iba a presionar… pero si uno no le aceptaba la invitación a su pieza te quitaba el favor. Empezaba con la ley del hielo, el demonio, el Infierno, que no estabas con Dios, que estabas con la maña y te ibas a condenar. Toda la vida aplicaba la teología de la condenación», señala.

—¿Esos acosos o eventos eran menos frecuentes después de que te casaste?

—Sí, porque yo tenía excusas para no ir. Si iba a misa tenía excusas para no quedarme, pero tarde o temprano empezaba una presión que aumentaba hasta que finalmente ocurría.

—¿Cómo fue eso que publicó uno diario que el abuso ocurría incluso en tu propia casa?

—En realidad no era que hubiera sido en mi propia casa, sino en el segundo piso del edificio de la parroquia, donde estaba la pieza de Karadima. Él nos invitaba a comer y yo iba con mi señora y mi guagüita en coche.

A propósito de esas aproximaciones en distintos escenarios, cuenta que, poco antes de romper con todo, «él nos exigió que nos fuéramos de vacaciones a Puerto Varas a unas cabañas al lado suyo, ya que a él le habían cedido una propiedad los Kast y le habían construido una casa para su descanso en los veranos. Invitaron también a Francisco Prochaska a esas cabañas. Y nos convidaron una tarde a tomar té. Estaban Andrés Arteaga, Tommy Koljatic, estaban todos, "la corte", como la llamábamos. Y ahí recuerdo que hasta en esas circunstancias intentaba toqueteos o besos, pero yo ya me resistía».

—¿Cuándo fue eso?

—El verano de 2003 o quizá de 2002… Si esto ocurrió desde que yo tenía diecisiete años hasta que yo me fui a principios de 2004. Fue continuo. Desde 1983, cuando llegué a esa parroquia, empezaron esos toqueteos y los besos. Como era «mi papá» y era un gesto que se daba con otros jóvenes, no me di cuenta de que eran abusos. Después vino lo demás.

Verónica Miranda nunca sospechó lo que pasaba entre su marido y Karadima. Aunque «ahora recuerdo —le indicó al fiscal Armendáriz— que Karadima a menudo tenía dolencias físicas y quería consultarle a Jimmy como médico, pero él le hacía el quite, y Karadima me pedía que yo hablara con Jimmy (…) Yo lo retaba, porque Jimmy siempre ha sido muy atento con sus pacientes; su negativa ahora me calza».

Cuenta Verónica, en su relato ante la justicia eclesiástica, que el ex párroco «se operó de una hernia y lo iba a intervenir Jimmy, pero al final no pudo hacerlo. Y como detalle recuerdo que Karadima nunca aceptaba que le dieran ninguna anestesia cuando le tocaba hacerse endoscopías; él decía que era como una mortificación, pero yo pienso que quería evitar decir cosas impropias bajo los efectos de la anestesia».

La distancia entre Jimmy y Verónica era cada vez mayor. Ella llegó a pensar que él tenía a otra mujer. Así se lo hizo saber a su director espiritual en una conversación, pero Karadima le aseguró que no había nadie más, que nunca había existido otra mujer y le pidió que se confesara por haber dudado de su fidelidad.

El día que se perdió Diego

Aunque Jimmy Hamilton sostiene que en ese tiempo era «un mal padre», afirma que la «única pequeña brújula que me quedaba es la que me orientó a proteger a mis hijos».

Verónica Miranda dejó consignado en su declaración como testigo ante el fiscal un hecho ocurrido en 2003: «Cuando mi

hijo Diego tenía unos ocho años, se perdió dentro de la parroquia y no lo encontraba. Al rato apareció y nos dijo a Jimmy y a mí que había estado en la pieza del "curita", que así le decíamos a Karadima, frente a lo cual a Jimmy se le desencajó la cara, lo increpó y le dijo que nunca más lo hiciera».

El cura —dice Jimmy Hamilton— «siempre me decía "mándame a Dieguito, a mi hijo, mándame a los niños a saludarme". Pero yo nunca les permití que fueran solos a saludarlo a la pieza. Siempre estuve con ellos, siempre los acompañé. Nunca dejé que se fuera a establecer un nexo como el que tuvo con otros niños con los que se quedaba solo».

Y relata una situación que le impresionó: «Al hijo de Jorge Álvarez, al Toté, Karadima lo iba a buscar en auto desde los tres años todos los días, con alguno de nosotros; lo llevaba a pasear, a comprarle cosas, era una obsesión de una persona de sesenta años con un niño de tres. Era tan patológico, que cuando Jorge Álvarez se fue a Canadá para hacer una especialización, Karadima se quedó sin este niño de tres o cuatro años y lo suplantó por el hijo de un cuidador de autos de la parroquia que se parecía. Y empezó a ir a verlo y nos llevaba para que lo acompañáramos a ver a este niño, a comprarle cosas y a tratarlo igual que al otro que se había ido».

El niño de tres años de entonces, hijo del doctor Jorge Álvarez, ahora es un joven que pertenece a la Acción Católica y que en estos años ha sido uno de los más próximos a Karadima.

Para Jimmy, el temor que tuvo cuando su hijo estuvo perdido en la parroquia fue uno de los puntos de quiebre que le permitió empezar a mirar su propia situación con otros ojos, según ha reflexionado después.

Veinte años, tanto tiempo…

Verónica supo lo que ocurría recién el 25 de enero de 2004, como consta en su declaración ante Escudero. «La confesión se

produjo después de un viaje de cinco horas solos y en medio del silencio más absoluto. Nada se conversó durante todo el trayecto. Finalmente, a eso de las once de la noche, se inició el relato, partiendo por el incidente de Viña del Mar, ocurrido veinte años antes», relató Verónica al promotor de justicia de la Iglesia.

«La gente se pregunta por qué veinte años… tanto tiempo. Yo voy a ser muy sincero. Creo que si no llega a ocurrirme una circunstancia de vida muy especial en un momento en que sentí que mi corazón estaba muerto, hasta el día de hoy podría estar ahí metido», explica James Hamilton. «Esa situación tan fuerte rompió el statu quo en que me resignaba a que era lo que me tocaba vivir.»

—¿Te sentiste atraído por otra mujer?

—Sí, volví a sentir un afecto profundamente. Cuando uno tiene el corazón muerto durante años, frío, lo han usado y todo deja de ser, y el bien y el mal no tienen una especie de separación ya que hay un relativismo absoluto, y uno nota que el corazón siente algo de nuevo, uno se aferra a eso como a una especie de tabla de salvación.

»Y más que el hecho de que uno se haya sentido atraído por una mujer, la pura sensación de volver a sentir algo en el corazón es como decir no estoy muerto, tengo esperanza, hay una posibilidad. Y curiosamente esa especie de llamita fue lo que de manera súbita me hizo alejarme —señala.

«En el verano de 2004 me fui», agrega Hamilton. «Si no, podría estar ahí metido igual que esos jóvenes que aparecen en la tele vestidos de chaqueta y corbata, como nazis, o como Juan Pablo Bulnes, dando testimonio en contra de nosotros. Por eso, hay que tener compasión y comprensión con muchas víctimas que siguen ahí y no tienen la capacidad de darse cuenta de qué está bien y qué está mal o, si ya lo han clarificado, no se atreven a confesar lo que han vivido.»

Reconoce que asumirlo y contarlo «ha sido un proceso desgarrador. Me imagino amigos míos —todavía los considero

así, porque les tengo aprecio— que siguen ahí adentro y que de manera súbita descubren que todo lo que ellos han visto y vivido es una perversión. Y que está fuera de Dios. Debe ser horrible también».

Verónica Miranda, ante el fiscal Xavier Armendáriz, manifestó: «En enero de 2004, Jimmy me contó lo que pasaba con Karadima, me señaló que todo empezó en Viña del Mar y que tuvo intimidad con Karadima en adelante, incluso durante nuestro matrimonio».

Admitió con la entereza que lo caracteriza: «Esto obviamente me pareció tremendo y lloré mucho, lloramos juntos… Cuando Jimmy me contó, me calzó todo, como que por primera vez vi a Jimmy al desnudo. Desde ese momento estuvo inquieto, angustiado, sin saber qué hacer. Le dije que esto lo íbamos a solucionar juntos».

Un llamado de Morales

En 2004, Verónica Miranda se encargó de poner la situación vivida por ella y su marido en conocimiento de la jerarquía católica. La situación entre Jimmy y Karadima «se la conté ese mismo año al padre Adolfo García, que es familiar político, quien fue a hablar en persona con el cardenal Errázuriz», señaló Verónica. A partir de eso se inició un proceso eclesiástico, «por lo cual fui a declarar con el sacerdote que estaba a cargo de la investigación, el padre Eliseo Escudero», señaló ante el fiscal.

El 24 de mayo de 2010, Xavier Armendáriz le preguntó a Verónica Miranda si había hablado de esto con Karadima. Su respuesta fue negativa. «La verdad, no soy capaz. Hasta hoy me siento intimidada de hacerlo, dada la tremenda influencia que tuvo en mí», fue su respuesta.

Relató, en cambio, una conversación con Juan Esteban Morales, el actual párroco de El Bosque «y una persona totalmente de la confianza de Karadima». Morales la llamó por teléfono y quedaron de conversar. La reunión se efectuó en la casa de sus padres.

Contó Verónica al fiscal: Morales quería «por encargo de Karadima, que volviésemos a El Bosque, lo cual obviamente yo no podía hacer, y también que volviéramos a ser pareja. Le señalé que ni yo ni mis hijos jamás íbamos a volver a ese lugar». Le contó que se había «enterado de algo muy delicado. Ante eso, sin existir ni la más leve insinuación mía, Morales dijo que "si era porque hubo algo sexual entre Jimmy y Karadima, que esto era algo sin importancia". Con esto me descolocó y supe que Morales sabía lo que pasaba entre ambos. Le dije a Juan Esteban que él era sacerdote y que debía actuar como tal y di por finalizada la conversación».

De esta manera, «me reafirmó que la gente del círculo de Karadima ya no se cuestiona nada y no distingue lo que es propio de lo impropio. Por esto y por todo, además, me di cuenta de que lo que hubo con Karadima no fue una infidelidad de Jimmy».

En la primera declaración de 2004, le preguntaron si podría haber otros casos. Verónica Miranda respondió ante el promotor de justicia Eliseo Escudero que sí: «Hay un cierto patrón que se repite en ciertos matrimonios que pueden estar viviendo más o menos lo mismo».

El fiscal Armendáriz le planteó similar interrogante. «A su pregunta, de otras personas que hayan pasado este tipo de situaciones, puedo tener sospechas con varias, por ejemplo, con Morales o con Francisco Prochaska, pero no me consta», fue su respuesta.

Y agregó Verónica Miranda en esa oportunidad: «Sí, recuerdo que aproximadamente el año 2002 fuimos con Jimmy de improviso a la pieza de Karadima, tocamos la puerta y él se demoró mucho rato en abrir, y cuando al fin lo hizo, estaba sentado en su sillón, pero con características de haber hecho mucho ejercicio, y estaba con él un sacerdote, no recuerdo quién, como que me bloqueé, pero la situación se me quedó grabada».

—¿Crees que hay otros hombres casados a los cuales les puede estar pasando algo como lo que tú viviste? —le pregunté a Jimmy Hamilton.

—Sí, claro. Sin duda. El tema del matrimonio no es un obstáculo. Yo pensé que podía ser mi salvación…

En noviembre de 2009, Jimmy Hamilton y Verónica Miranda se divorciaron de común acuerdo. Desde el primer instante ella ha apoyado a su ex marido y a sus hijos. En 2009 iniciaron también el proceso de nulidad religiosa que se vinculó estrechamente a la investigación de la Iglesia contra Karadima, al reconocer que por el abuso del director espiritual el matrimonio se anulaba. Fue un preámbulo de lo que vendría después.

«El curita perdonó a tu papá»

Para Jimmy Hamilton, sus tres hijos están hoy en el primer lugar de sus prioridades. Con ellos estaba en febrero en Val d'Isère, en Los Alpes franceses, cuando se conoció el veredicto del Vaticano. Después de unos días en la montaña, continuaron las vacaciones en la casa de su hermano Philip, quien los invitó a Londres, Inglaterra, donde reside con su familia.

Una semana antes de que estallara el caso, Jimmy había tenido la primera conversación con sus hijos, en la cual les contó «sin mayores detalles lo que me había pasado». Dice que fue «una reacción maravillosa y una de las experiencias más lindas que he tenido en mi vida». Los dos mayores incluso vieron el programa *Informe Especial* en abril. Y han vuelto a hablar sobre el asunto.

Pero las secuelas de El Bosque alcanzaron incluso a sus hijos en el último tiempo.

«Te voy a contar algo bastante truculento», me dijo Jimmy una tarde: «Después del programa *Informe Especial* se le acercó a mi hijo Diego, que estudia en el Verbo Divino, un niño cuyos padres son incondicionales de Karadima. Llegó el cabro de catorce años a decirle a Diego que su director espiritual, Juan Esteban

Morales, el párroco de El Bosque, lo invitaba a las reuniones de la parroquia».

«Nada de tonto, Diego —quien quiere a su amigo al que le dicen Jamón—, le contestó: "¿No te dai cuenta, Jamón, que estás siendo el niño de los mandados? No me digái estas cosas, déjalas entre los grandes y nosotros sigamos siendo amigos". Pero eso no bastó, y en una segunda oportunidad llegó ese mismo niño con otro, hijo de Gonzalo Tocornal, diciéndole: "Mi padre espiritual te manda decir que el curita —refiriéndose a Karadima— ya perdonó a tu papá". ¡Imagínate la manipulación! Y como si eso fuera poco, le contó que el padre Juan Esteban lo había subido en el escalafón y lo había nombrado encargado de todos los primeros medios de la Acción Apostólica del Verbo Divino para llevar a los niños a la parroquia de El Bosque.»

Jimmy Hamilton se indigna al recordar el episodio. «¿Te das cuenta el impacto para mi hijo que le vengan a decir una cosa así de parte de un sacerdote? Le transmitían a mi hijo la información de que yo era un criminal al que el padre había perdonado. Es de una atrocidad tan grande el que trataran de afectar mi relación con mi hijo que solo eso es inquietante. Es una perversión meterse en algo tan íntimo y tan sagrado como es la relación entre un hijo y un padre.»

«Eso demuestra que hay sacerdotes que mantienen esa perversión, un concepto de una nueva moralidad, en que lo bueno y malo dependen del criterio de la persona», señala. Pero, a la vez, cuenta orgulloso que su hijo Diego fue a declarar a la Fiscalía, y tuvo la valentía de hacer público ese episodio ante el fiscal, con la encargada de protección de testigos frente a él.

Según Jimmy Hamilton, lo que ocurrió con Diego refleja cómo «operan las redes de esta trama casi delictual de lavado de cerebro a los jóvenes que después quedan en un estado como el que yo estaba y que son perfectamente susceptibles a todo tipo de abusos».

Y agrega: «Hay un proceso que se inicia con los niños chicos abiertos, generosos, cuando están en su despertar de adolescencia;

empiezan a manipular todo su despertar sexual, a decirles que esto es malo, que la masturbación es mala, que esto y esto otro. Y de repente, viene el doble discurso, les empiezan a hacer toqueteos en la confesión o donde sea y ahí comienza un drama como el que he vivido».

El domingo 20 de marzo, desde las cámaras del programa *Tolerancia Cero* de Chilevisión, el doctor James Hamilton Sánchez dio cuenta en parte de ese drama. En esa ocasión aludió al episodio de su hijo Diego y los recados del párroco Juan Esteban Morales, incondicional de Karadima.

Esa noche, a raíz de las demoras, silencios y posibles complicidades de la jerarquía de la Iglesia, apuntó directamente con su voz acusadora al cardenal Francisco Javier Errázuriz, a quien calificó de «criminal» por sus omisiones ante las denuncias formuladas desde hace siete años. Y advirtió de la eventual complicidad o encubrimiento de otras altas figuras de la Iglesia Católica, en particular de los obispos de El Bosque. «Que no se olviden de Tomislav Koljatic, Juan Barros, Horacio Valenzuela, Andrés Arteaga. Ellos son obispos que, como nosotros, vieron las mismas cosas, que los besos, los toqueteos. No estaban metidos en la pieza, porque no creo que se hayan metido de a cuatro, pero vieron las mismas cosas cuando besaba a este o le corría la boca o le agarraba los genitales al otro», señaló Jimmy Hamilton en *Tolerencia Cero*.

A la vez, James Hamilton habló de otros protectores del cura, entre los que están los integrantes de uno de los grupos económicos más influyentes del país, los Matte. Señaló que una persona de ese clan había llamado a su ex jefe de la Clínica Santa María, el doctor Juan Pablo Allamand, para indisponerlo tras el programa *Informe Especial*, bajo la falsa acusación de un acoso sexual en la Clínica Alemana. El impacto de sus palabras y su sinceridad desataron tal vendaval en la sociedad chilena, que sus consecuencias aún no se pueden dimensionar.

Pocas veces alguien había dicho las cosas por su nombre con esa fuerza. Los panelistas Fernando Villegas, Fernando Paulsen y Matías del Río, y quienes veían el programa, quedaron atónitos. Y cuando el abogado Juan Carlos Eichholz trató de recordarle, «estamos en televisión», la respuesta del doctor Hamilton se transformó en una frase que marcará época: «La verdad no se actúa. Es. Y no se enjuicia, es». Y agregó: «Nosotros tomaremos las decisiones que queramos frente a esa verdad. Pero si uno calla estas cosas, ¿quién las dice, cómo proteges a tus hijos?».